

EL ESPAÑOL

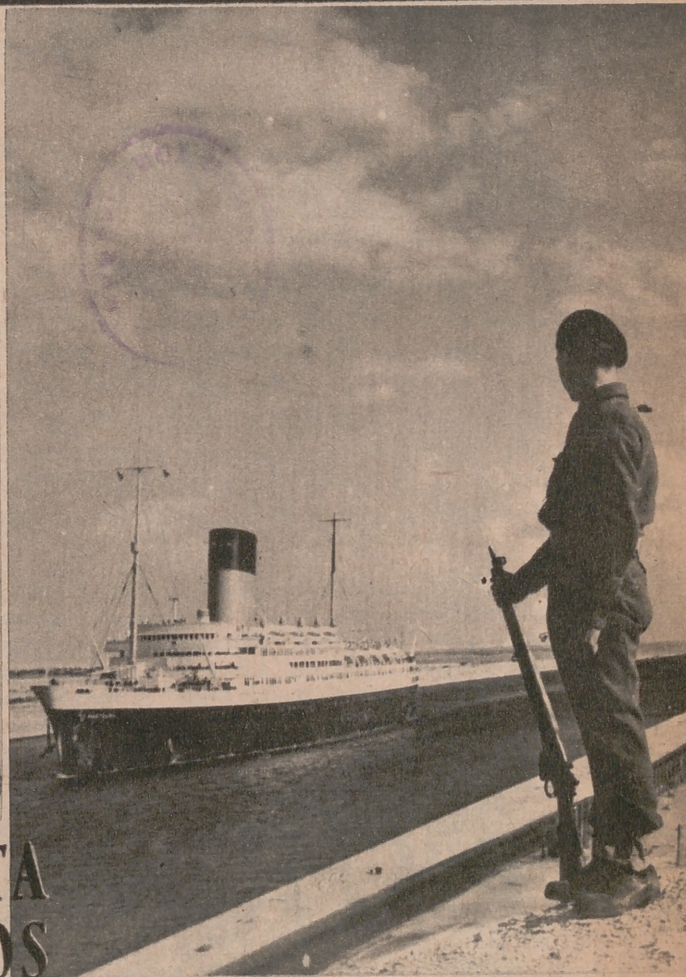
3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 12 - 18 agosto 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 402

SUEZ, PARALELO 30



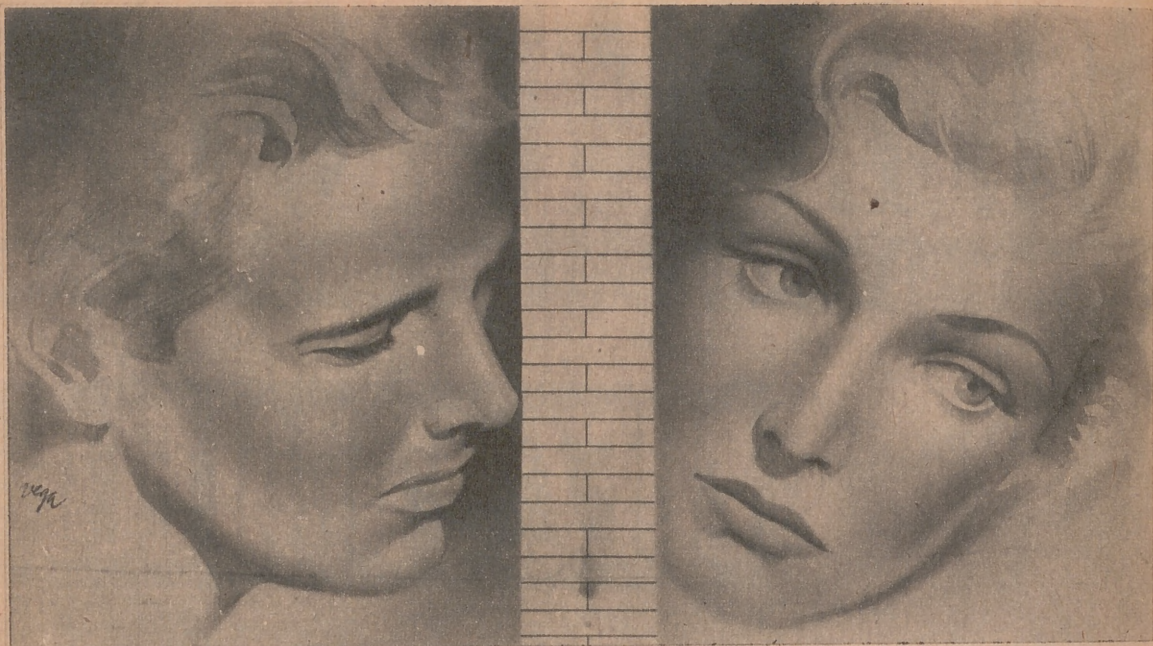
ALERTA EN LA RUTA DE LOS PETROLEROS

SECRETO DEL PROBLEMA: UN TRAFICO ANUAL DE 115 MILLONES DE TONELADA

Influencia de la radiactividad en las leyes de la herencia, por el doctor Octavio Aparicio López (pág. 49)

México, por Gerardo Rodríguez (pág. 54) * La vida de Antonio Domingo Parra, torero de Montjuich (pág. 57)
Menéndez Pelayo nació, trabajó y murió en Santander, por Diego Jalón (pág. 7) * Después del Protectorado en el Norte del Magreb, por Rodolfo Gil Benumeña (pág. 13) * La Costa Brava, por Blanca Espinar (pág. 17) * Crítica de la rectificación, por J. M. Fontana (pág. 22) * Entrevista con Pedro de Lorenzo, por E. de la Montaña (pág. 23) * Las fiestas de L. A. de Vega (pág. 27) * Méjico, antiguo y señorial, por Enrique Ruiz García (pág. 32) * Las monjas de clausura, por Gerardo Rodríguez (pág. 54) * La vida de Antonio Domingo Parra, torero de Montjuich (pág. 57)

EL SENORITO, novela por Anselmo de Virto



Un muro entre los dos...

Entre dos personas que se estiman se levanta, a veces, un muro infranqueable. No se han perdido la simpatía, ni el cariño, pero... hay defectos que no se perdonan. ¡Es tan desagradable reconocer el sudor por el olfato! Lo peor es que uno mismo no lo nota. Sólo nos enteramos cuando advertimos el desvío de los demás

ODO-RO-NO encausa la transpiración impidiendo que el sudor se concentre en sitios como las axilas, donde la piel se irrita y los vestidos sufren.

ODO-RO-NO, además, no "enmascara" como otros productos corrientes. Ataca la causa; desvía el sudor y sus efectos son duraderos y seguros.

ODO·RO·NO

**ELIMINA LOS DESAGRADABLES
EFECTOS DEL SUDOR**

ODO-RO-NO Normal (Rojo)

Para aplicaciones prolongadas. Seca en 20 minutos. Sus efectos duran hasta 4 días.

ODO-RO-NO Instant (Incoloro)

De acción más breve, pero instantánea. Sus efectos duran 48 horas y a veces más.

CREMA ODO-RO-NO

Se aplica como una crema de belleza. Práctico y cómodo. Tan eficaz como el líquido.

ATOMIZADOR ODO-RO-NO

Última novedad. Se maneja como los pulverizadores.

MUY PRACTICO PARA HOMBRES
y uso rápido y frecuente.



Concesionarios:

FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

SUEZ, PARALELO 30

ALERTA EN LA RUTA DE LOS PETROLEROS

EL SECRETO DEL PROBLEMA: UN TRAFICO ANUAL DE 115 MILLONES de TONELADAS

HAY medios extranjeros donde no acaban de comprender la nerviosa reacción de ingleses y franceses ante la nacionalización del canal de Suez; quizá tampoco la comprendan muy bien los propios ingleses y los propios franceses, fuera de las «altas esferas gubernamentales». Tal vez el mismo coronel Nasser se haya sorprendido por esta inusitada reacción de Londres y París.

Inglaterra, sin ir más lejos; es decir, sin remontarse a la pérdida de la India todo un continente, se resignó casi con mansedumbre, y desde luego sin desenvainar la espada, a perder su petróleo y su refinería de Abadán, que había costado 300 millones de libras esterlinas; los barcos de la Home Fleet, enciados en el golfo Pérsico, no dispararon un solo cañonazo, y aunque por poco tiempo, el lloriqueante Dr. Mussadeq, «ese hombre con una mala salud de hierro», como dijo de él Herriot, enterró para siempre a la Anglo-Iranian Oil Company.

Más adelante, vimos a los ingleses evacuar pacíficamente la zona del canal de Suez, con sus importantísimas y costosísimas instalaciones militares, tras el patético responso que sir Anthony Eden pronunció en los Comunes: «No podemos permanecer ilimitadamente sobre un territorio rodeado de gentes que nos son hostiles.» Tampoco en aquella ocasión John Bull desenvainó la espada.

Esto, en lo que se refiere a los ingleses. En lo tocante a los franceses, la cosa es todavía más oscura para dichos medios extranjeros. En estos últimos años han visto a Francia resignarse al abandono de Indochina, de Marruecos y de Túnez. Un abandono a tiros, por supuesto, pero sin que la sangre tiñera las aguas del río. El mismo día que se supo en París la capitulación de De Castries en Dien Bien Fu ante los ejércitos comunistas de Chiap, el «todo París» había agotado las localidades de la Opera para asistir a una represen-

tación del «ballet» ruso que dirige Galina Ulanova. El mismo síntoma de descomposición interna que nosotros conocimos en España en el 98, cuando nuestros soldados morían en Cuba y el público de Madrid vociferaba en la plaza de toros...

Después, de estas experiencias se preguntan muchos: «¿Quién podría imaginarse que el viejo león británico, al que no despertaron las estocadas, iban a despertar los alfileretazos? ¿Quién podía suponer que el gallo francés, después de dejarse desplumar en todas partes, iba a defender tan fieramente su cola?»

Decididamente, detrás de todo este zafarrancho de combate debe haber algo más. Pero ¿qué?

LAS VERDADERAS CAUSAS

Vamos a suministrar a nuestros lectores probablemente la



Nasser, en Bandung, en los días de la conferencia afroasiática

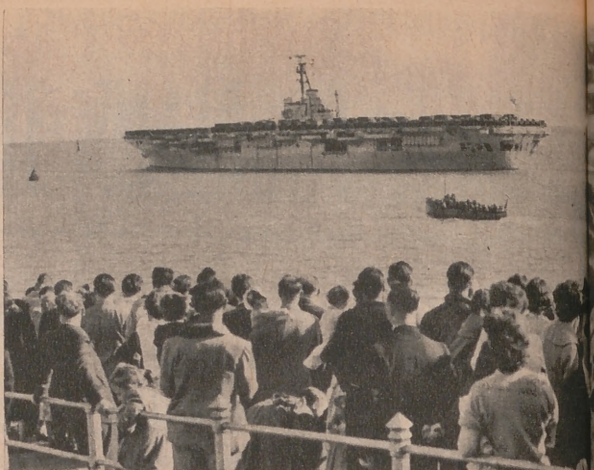
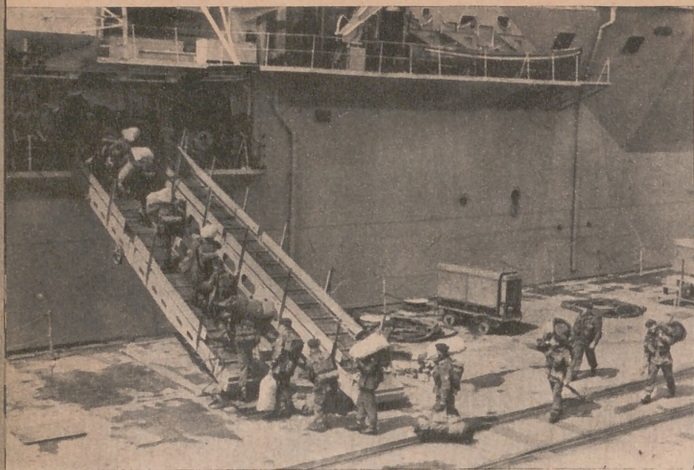
versión más correcta de las verdaderas causas de tanto ruido. Se necesitan pocas palabras.

Francia, al enfrentarse con Egipto, trata simplemente de salvar a Argelia. Para los franceses, el culpable de la rebelión norteafricana, que ha llevado la independencia a las tierras de Túnez y una guerra despiadada a Argelia, es El Cairo, hoy símbolo de las aspiraciones árabes. Todo el mundo sabe que Pineau fué a la capital egipcia a pedir una «no intervención» en Argelia, estando París seguro de que abandonados a sus propias fuerzas, los nacionalistas argelinos se desmoronarían.

Naturalmente. El Cairo no ha podido prometer nada a Pineau en ese sentido, y entonces la crisis de Suez se presenta como



Dulles saluda a Pineau y Eden antes de iniciarse las conversaciones sobre Suez



A la izquierda, unidades de la 16 Brigada Independiente de paracaidistas suben a bordo del portaaviones «Thessens», en Portsmouth, que parte de misión para el Mediterráneo; a la derecha, el «Thessens» camino de su destino

la esperada ocasión para intentar hacerle correr a Nasser la misma suerte que en su día corrió Mussadeq. Detrás de la trepidante actividad de Faruk en estos días pasados, dejando sus actividades normales por los «negocios de Estado», es muy posible que haya un sueño de restauración y regreso a Ras-el-Tin.

Por su parte, los ingleses han tenido ocasión de convertirse en expertos en nacionalizaciones. Saben que tras ésta del canal de Suez vendrían otras. Desde que Inglaterra evacuó la zona del canal de Suez el Foreign Office ha venido haciendo prodigiosos esfuerzos para mantener su política y su influencia en el Oriente Medio. Esfuerzos mal «pagados», pues sólo han dado como resultado, por ahora, la destitución de Giubb Pachá como comandante de la Legión Árabe y el desdénso alejamiento progresivo de Jordania de la tutela británica y ahora la nacionalización del Canal.

Con razón, los ingleses temen que a estos hechos consumados sigan otros de consecuencias más graves. Entre otras cosas, el pleito de Suez ha tenido la virtud de «destapar» esa hirviente cacerola del Oriente Medio: Irak, el

más sólido aliado de John Bull en esa región del globo, miembro, contra el parecer de Egipto, del famoso Pacto de Bagdad, ha aprobado la nacionalización del Canal en el preciso instante en que el Rey Feisal era huésped personal del duque de Edimburgo, y en varios países árabes se ha hablado ya de «nacionalización del petróleo».

Todo esto es muy alarmante. ¿Quién tiene la culpa? Pues, se contestan ellos. El Cairo. Habrá que ir a un «delenda est Cairo», antes de que la hoguera inflame ese petróleo. Y he aquí cómo por unas y otras razones. Londres y París se disponen a repetir el «bombardeo de Alejandría», seguros de que cercenando las aspiraciones de Nasser se siegan otras muchas cabezas inquietantes.

Vamos a asistir, señores, a la última batalla por una hegemonía; batalla incruenta, en el terreno diplomático, y quizá batalla de verdad más adelante. Las circunstancias, para algunos comentaristas, trabajan a favor de la violencia, pues como nuestros lectores saben, estamos en plenas vacaciones parlamentarias tanto en Francia como en Inglaterra, y cuando llegue la

hora de las decisiones no habrá en los Comunes ni en el Palacio Borbón esas «Casandras» de la prudencia que nunca faltan y que a veces son útiles, como sería en esta ocasión.

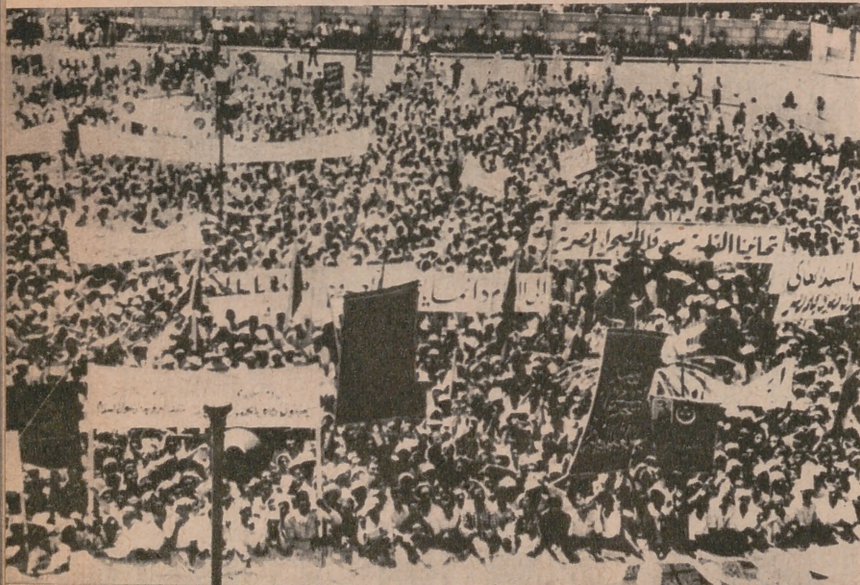
EL «ARGUMENTO DE PAJA»

Una vez explicadas así las cosas, vayamos al Canal en sí mismo, protagonista visible del conflicto, pero, según hemos columbrado, «argumento de paja» en esta historia.

—¿Cuál es, actualmente, su importancia estratégica? Cualquiera que sean nuestras ideas sobre esta materia, hemos de decir primero cuál es la opinión de los estrategas ingleses, entre ellos la del famoso Liddell Hart: ninguna, o prácticamente ninguna. La segunda guerra mundial demostró de una manera elocuente que en caso de emergencia se da la vuelta por el cabo de Buena Esperanza y en paz. Y aun suponiendo que se quiera seguir utilizando el Canal, en caso de conflicto armado, un enemigo eventual puede bloquearlo fácilmente, sembrándolo de minas, bombardeando instalaciones o, simplemente, haciendo puntería sobre los barcos en tránsito. Estos barcos tienen que navegar a una velocidad de ocho o nueve nudos (que es muy poca) bajo la dirección constante y cuidadosa de un práctico, y en el recorrido —106 millas— se invierten unas cincuenta horas. Para la moderna aviación, un blanco infalible. Sin hablar de otros recursos militares más decisivos, como es la bomba atómica por ejemplo. En caso de «major war», de guerra grande, como dicen los anglosajones, todo el mundo está conforme en que lo más sensato sería soslayar el Canal. La ruta del Cabo es mucho más larga, pero en la misma proporción es más segura, y seguridad es lo que se busca por encima de todo cuando los ejércitos están en juego. Así, más o menos, hablan otros expertos, aunque no faltan quienes mantienen puntos de vista más favorables sobre el valor militar de este pasillo marítimo.

LA RUTA DE LOS PETROLEROS

La importancia del Canal es fundamentalmente económica.



Una vista general de El Cairo, a la llegada de Nasser desde Alejandría, donde anunció la nacionalización del Canal de Suez



El proyecto de la presa de Assuan; a la derecha, la central eléctrica; a la izquierda, el aliviadero

Esta es la verdad. Y esta importancia económica se llama petróleo. Desde la terminación de la guerra ha aumentado el volumen económico del Canal en la proporción en que se ha incrementado la producción petrolífera del Oriente Medio, tan estimulada, por cierto, por la nacionalización de la Anglo-Iranian Oil Company. Hace unos doce años, el tráfico del canal de Suez y el del canal de Panamá marchaban paralelamente. En la actualidad, el primero casi triplica el del segundo. Ello se debe, repetimos, al petróleo. Anualmente, desde hace esos doce años, el tráfico por el canal de Suez aumenta de un 10 a un 12 por 100.

El ahorro de tiempo y de dinero que supone el no tener que dar la vuelta por el Cabo, es desde el punto de vista comercial muy estimable. Un ejemplo: Un petrolero medio tarda en ir del golfo Pérsico a Liverpool, en Inglaterra, pasando por el Canal, diecinueve días; por el Cabo tarda, en cambio, treinta y cuatro. La diferencia, en cuanto al consumo de combustible por el petrolero en cuestión, es de un 60 por 100.

Esto significa que pudiendo pasar por Suez, a nadie se le ocurre doblar el Cabo. Así, el Canal, según la Compañía que hasta ahora lo explotaba, registró en 1955 el tránsito de 14.666 barcos, 40 diarios más que el año anterior. Mientras dijimos que en los últimos doce años el tránsito de petroleros ha aumentado en un 10 ó un 12 por 100, en cambio, el tránsito de barcos de otra «especialidad» sólo ha aumentado, en el mismo período de tiempo, en un 5 ó 6 por 100.

«No hace mucho tiempo—escribía J. F. A. Frost en «Daily Telegraph», de Londres—, cuando el Ejército británico estaba evacuando la zona del canal de Suez, me senté en un pretil, en Port Said, y estuve contemplando barcos de todas las nacionalidades, haciendo cola para pasar en convoy por el canal de Suez. Había en total 21 barcos, de los cuales 15 eran petroleros...»

El principal país usuario del Canal es, por ahora, Inglaterra. De los 115 millones de toneladas transportadas en 1955 por Suez, 33 millones lo hicieron bajo pa-



Arriba: 15 de agosto de 1869: Las aguas del Mediterráneo llegan a los Lagos Amargos.—Abajo: El puerto de Suez en 1869

bellón británico. La mitad de esta cifra correspondió a Noruega; 14 millones de toneladas a Liberia, en conexión con Compañías americanas, y sólo 10 millones de toneladas correspondieron a Francia, un poco más que a Italia.

Simultáneamente, la producción petrolífera del Oriente Medio ha aumentado en 24 millones de toneladas. O sea, un 18

por 100 con relación a 1954. También en un año, el petróleo bruto transportado por el Canal ha pasado de 65 a 75 millones de toneladas. Diez millones más.

Estas cifras son muy elocuentes. Está en juego un negocio muy importante, al lado del cual los ingresos de la Compañía ahora nacionalizada por Nasser resultan francamente ridículos: unos 100 millones de dólares al

ano, descontando, además, gastos de mantenimiento y servicios.

LAS ALTERNATIVAS

Fuera de la «alternativa» de la ruta del Cabo, anticomercial, como hemos visto, salvo para los países sudamericanos y quizá para los mismos Estados Unidos, ¿existe alguna otra manera de soslayar el Canal? De esto precisamente se ha hablado mucho en estos últimos días, incluso en la Cámara de los Lores.

Si, Hay, a la larga, otra alternativa satisfactoria y quizá más barata: los «pipe-lines» (oleoductos). Desde mucho tiempo antes de plantearse la crisis de Suez, ciertas Compañías petrolíferas con muy buen criterio, tanto comercial como político, han venido recurriendo a este procedimiento.

Una cuarta parte de la producción petrolífera del Oriente Medio (150 millones el total de toneladas anuales, de las cuales exactamente la mitad se consumen en la Europa occidental) llega al Mediterráneo sin pasar por Suez, utilizando oleoductos. Así, por ejemplo, la Iraq Petroleum Company, inglesa en gran parte, envía unos 25 millones de toneladas desde los pozos de Kirkuf a sus terminales, en el Mediterráneo, de Siria y Líbano. La americana Tappin Company envía 15 millones de toneladas, también por «pipe-line», desde la Arabia Saudí.

Otros «pipe-line» están siendo construídos o proyectados. La ya citada Iraq Petroleum Company proyecta el tendido de un oleoducto colateral hasta Trípoli, lo que significaría nueve millones de toneladas más. Este proyecto sólo espera un acuerdo final entre los Gobiernos del Líbano e Inglaterra.

Finalmente, se ha sugerido que en caso de necesidad podrían transportarse siete millones y medio más de toneladas de petróleo utilizando el oleoducto de Haifa, desviándolo hasta Sidón. Como es sabido, dicho oleoducto ha sido paralizado por el boicot árabe al Estado de Israel.

Pensando de nuevo en la ruta del Cabo, su rentabilidad podría mejorarse notablemente aumentando el tonelaje de los petroleros, que van adquiriendo ya proporciones gigantescas, pues algunos astilleros europeos tienen en cargo de construir algunos de hasta 100.000 toneladas.

Soluciones éstas de emergencia. Y echando por delante una serie de suposiciones, entre ellas una bastante gratuita; la de que el Canal en manos egipcias se hiciese, por unas razones que no vemos claras, intransitable. Remitimos a nuestros lectores a la versión po-

lítica del pleito y de sus causas aparentes y reales.

ASSUAN

Y del lado egipcio, ¿que indujo al coronel Nasser a precipitar unos hechos que debían producirse inexorablemente en 1968, fecha en que termina la concesión de noventa y nueve años otorgada en 1888? Lo de la presa de Assuan es una respuesta. Pero debe haber otras. Insinuemos una: la de que Nasser estuviese plenamente convencido de que no tenía objeto esperar hasta 1968, dado que, cumplido el plazo estipulado en la Convención de Constantinopla, Londres y París tratarían por todos los medios de no perder el control del Canal. ¿Acaso no decía este Convenio que el Canal «permanecerá siempre abierto y libre, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, para todos los barcos, tanto comerciales como bélicos, sin distinción de nacionalidad», cuando él sabía que los ingleses abrieron y cerraron el Canal cuando les pareció bien?

Cierto que la aludida cláusula es poco realista, pues uno no se imagina que durante la pasada guerra navegasen por el Canal en convoy, unos detrás de otros, los acorazados de S. M. Británica y los cruceros de bolsillo de la «Kriegsmarine» del III Reich. Pero no es menos cierto que si el Convenio de Constantinopla sufrió tales «rectificaciones» en 1914 y en 1939, bien podría ocurrirle otro tanto en 1968.

De todas maneras, la causa fundamental de la nacionalización de Suez puede ser el propósito de Nasser de construir, pese a todas las dificultades, la gran presa de Assuan y otros planes de industrialización, única manera de aumentar el nivel de vida de la población egipcia, que es uno de los más bajos del mundo. Los jefes de la revolución egipcia han descubierto que una cosa es proclamar la República y otra proclamar la prosperidad; como han descubierto también—interesante experiencia—que la reforma agraria, consistente en acabar con los latifundios y en repartir las tierras entre los pobres fellahs, es una solución mucho más precaria que la de ampliar el área de las tierras cultivables. Esto último vendría a significar Assuan: más hectáreas de cultivo.

Ahora bien; ¿puede financiarse la construcción de la presa de Assuan con los ingresos obtenidos de la explotación del canal de Suez?

Hemos leído informes contradictorios; pero los menos sospechosos de parcialidad—Osgood Caruthers en el «New York Times», por ejemplo—dan una respuesta afirmativa, aunque condicionada. La gran presa de Assuan costaría 1.300 millones de dólares. Y los ingresos actuales producidos por la explotación del Canal se elevan a 100 millones de dólares al año, menos gastos. El lector puede echar cuenta, pensando, claro está, en que el Gobierno egipcio no puede dedicar íntegramente esa cantidad a Assuan, descurriendo otros muchos aspectos de su industrialización. En general, los economistas hablan de déficits importantes y de un largo período de austeridad para el pue-

blo egipcio. A no ser que Nasser aceptara otras conocidas ofertas. Ahora se anuncia que el Presidente egipcio llegará a Moscú precisamente el día 16, fecha para la que Francia e Inglaterra intentan la Conferencia de Londres, reunión que hasta ahora se presenta problemática.

EL ALIADO IMPOSIBLE

¿Qué papel han jugado o están jugando en esta crisis los Estados Unidos? Los mismos americanos se han cuidado bien de no precisarlo demasiado. En realidad se encuentran entre dos fuegos: por un lado, no puede desasistirse por completo a sus «aliados para todo» en Europa so pena de provocar una fisura más en la ya frágil estructura de la alianza atlántica; por otro, América no puede renunciar a su tradición anticolonialista, base misma de su conciencia nacional y tuétano del que pudéramos llamar «misionismo americano». Finalmente, la política americana se encierra a atraer al Oriente Medio al bloque occidental anticomunista, y en Washington, entre bastidores, se tiene la evidencia y también el presentimiento de que si esa baza todavía no se ha ganado, ha sido por culpa de Francia y de Inglaterra, países coloniales que pretenden, de una manera gratuitamente dialéctica, conciliar lo inconciliable: la libertad, esencia del mundo libre, y la servidumbre de los pueblos coloniales.

Pero hay más. Hay que apenas pasan barcos norteamericanos por el canal de Suez y que son desconfiables las acciones de la Compañía que están en manos norteamericanas (el 44 por 100 de ellas pertenece al Gobierno británico; de las 800.000 acciones existentes, sólo 2.000 ó 2.500 corresponden a los Estados Unidos).

Si a todo esto añadimos la depreciación, a juicio de no pocos técnicos, estratégica del Canal (sólo el hablar de estrategia en este caso constituye una violación de lo estipulado en Constantinopla, como recordará el lector), encontraremos bastante razonable la actitud cautelosa de Washington.

En París y Londres la reacción americana produjo, primero, consternación y, después, indignación. No obstante, París y Londres sabían de antemano que no podían esperar otra cosa, porque Washington, a su vez, sabe también que detrás de tanta algarabía y excitación hay algo más que el Canal: hay Argelia y hay la dramática pérdida de pie y de prestigio de Inglaterra en el Oriente Medio. Como escribía Harold Callender en el «Times»: «Algeria and the Canal Company seizure are linked in French minds.» («Argelia y la incautación de la Compañía del Canal están ligadas en la mente francesa.»)

El viejo Herodoto dijo ya en la antigüedad que Egipto es el Nilo, y, parafraseándolo, podemos decir nosotros hoy que Egipto es el Canal, incluso más allá de la geografía. Después de haber abandonado Inglaterra la zona del Canal para Nasser, la nacionalización de éste venía impuesta por la lógica de las cosas. Sería deplorable que, una vez más, el petróleo encendiese las calderas de la guerra.

M. BLANCO TOBIO

LEA TODOS
LOS MESES
POESÍA
ESPAÑOLA

UN GENIO UNIVERSAL CON LOS PIES Y EL ALMA EN SU TIERRA

**Menéndez Pelayo
nació, trabajó
y murió en
Santander**



Al tratar Unamuno, en sus «Paisajes del Alma», del rincón montañoso de la Tudanca, le salta del cerebro a la punta de la pluma el relámpago de una observación tan aguda como esclarecedora de los secretos vínculos que unen a los hombres y las tierras.

«Allí — escribe refiriéndose a Castilla y Extremadura — la tierra es hija del hombre; aquí es su madre. Aquél, el hombre que conquista a su tierra con el arado, es el conquistador de tierras; éste, el hombre conquistado por el terruño, es defensor del suyo.»

No creo, y por ello encabezo este artículo con tal cita, que puedan explicarse de forma más acertada y clara las relaciones entre Menéndez Pelayo y Santander, entre el hombre y la tierra que fué su cuna, su apoyo, su refugio y su tumba. Y me parece, además, que apurando el sentido de esta afirmación de don Miguel, se encuentra resumido en ella el sentido entero de la vida y la obra de don Marcelino: un genio conquistado por su tierra, por su país, y un defensor genial de su cultura.

LA CUNA: SANTANDER A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

A mediados del siglo XIX, Santander es una ciudad tranquila de hidalgos orgullosos de su estirpe y proyectados hacia las preocupaciones culturales, quizá porque sus arcos, aún bien provistos del oro americano, les permiten vivir de espaldas a otras preocupaciones más elementales; de activos comerciantes y marinos audaces que abren, por la ancha boca del puerto, una entrada fácil a las mercancías materiales y es-



Arriba: Don Marcelino Menéndez Pelayo en su madurez.—Abajo: un retrato de su juventud

pirituales de todo el mundo; y de plebeyos, menestrales y pescadores que, ajenos todavía a todo sentimiento político clasista, a toda manifestación de rencor social colectivo, son capaces de admitir y admirar sin reservas cualquier categoría aristocrática: la nobleza de la sangre, la elevación del talento o la heroicidad de los actos.

Una ciudad, por tanto, dotada del ambiente más apropiado para que se produzca en ella, pese a la ausencia de la Universidad y la gran Prensa ese fenómeno que Marañón describe como la cristalización repentina e inexplicable de «una generación de hombres afanosos de saber, llenos de espiritual inquietud, lectores incansables, discutidores de todos los temas de la literatura y de la ciencia».

En tal ambiente, el más abonado para la aparición de un genio, nace, hacia las siete de la mañana del 3 de noviembre de 1856, Marcelino Valentín Menéndez Pelayo.

UN SÍNTOMA REVELADOR: LA PRECOCIDAD

Pero el ambiente, por sí sólo, no explica nada. Es como la misma palabra «ambiente» indica, un clima propicio, un caldo de cultivo idóneo para el desarrollo de la personalidad. Y en la determinación de ésta cuenta más y antes, a lo que creo, la herencia.

En este caso, los antecedentes inmediatos son prometedores. El padre, don Marcelino Menéndez Pelayo, oriundo de Castropol, es catedrático de Matemáticas y no mal pintor. La madre, doña María Jesús Pelayo y España, es hija de un cirujano, que según Artigas conquistó, en Santander, «fama de entendido y hábil en su arte».

Menéndez Pelayo, como suelen serlo los genios —como lo fueron Dante y Goethe, Pascal y Comas Solá, Mozart y Beethoven, Durero y Miguel Angel—, fué un niño precoz, que antes de saber leer retenía y recitaba de memoria extensos trozos literarios y al que luego, cuando aprendió a hacerlo y estudiaba las primeras disciplinas en la escuela particular de don Víctor Setién y Zubieta, tenía que vigilar su madre para impedirle que se pasase, como don Quijote, las noches de claro en claro leyendo al amor de la llama amarillenta y temblorosa de un cabo de vela, de los que solía abastecer sus bolsillos, a escondidas de sus padres, para tal fin.

Y según me ha contado Francisco Serrano Castilla —«menéndezpelayista» tan ferviente que ha bautizado a su primer hijo con el nombre del Maestro, y tan generoso de sus conocimientos sobre el tema que a él, más que a mí, se debe lo más interesante que pueda haber en este reportaje— en una ocasión, teniendo sólo Menéndez Pelayo unos seis o siete años, le llevó su padre a un colegio de religiosos a donde él iba a presidir unos exámenes de Matemáticas. Mientras se verificaban éstos, el niño se orientó por los pasillos del colegio hasta dar con la biblioteca. Y en ella le encontraron, sentado en el suelo y rodeado de libros. Que ya de de chico, a don Marcelino le gustaban los libros así, en plural. Y ocurre, para que su vinculación a Santander sea completa, que su otro nacimiento, su alumbramiento al mundo de la cultura, se produce sobre las páginas de las «Escenas Montañesas», de Pereda. Sobre ellas se abren sus ojos a la luz del saber. En ellas aprende a leer el extraordinario y formidable lector.

Antes de cumplir los diez años comienza, en el Instituto de Santander, sus estudios de Bachiller en Artes. Y se revela como alumno excepcional, particularmente dotado para las disciplinas literarias, las lenguas y la Historia.

De su afición a esta última ra-

ma y de sus prematuros conocimientos de ella arranca una anécdota de sus tiempos de bachillerato, extraordinariamente significativa y graciosa que relata «Memorias de uno a quien no sucedió nada» su hermano Enrique.

Fué la cosa que llegó a Santander una barraca ferial, en la que se exhibía un aterrador muñeco decapitado que representaba a don Alvaro de Luna; «la testa con melena, colocada sobre una mesa, en una especie de jofaina, abriendo y cerrando los ojos como si tal cosa, y charlando tan impávida como si aquello de la decapitación no fuese con ellas». Porque la gracia del asunto era que el público preguntase a la cabeza de don Alvaro cuanto quisiese que ella daría adecuada respuesta a todo. Y, naturalmente, en el estudiantado Marcelino pudo más el instinto investigador del sabio que el miedo del niño. Y cuenta Enrique: «Atrevióse Marcelino a inquirir de ella no sé qué datos relativos a la vida del famoso Condestable, y en vista de haber contestado la cabeza a satisfacción del mozo, fue éste animando y metiéndose en harina histórica de tal modo que el pobre don Alvaro no sabía, al poco rato, dónde tenía la cabeza. Interesóse el público en aquel examen y residencia a que un chiquillo de tan corta edad sometía a personaje de tantas campanillas, a cuya suelta cabeza iban ya los concurrentes, al verla tan atarugada y vacilante para contestar, perdiendo el respeto en el mismo grado en que se le iba ganando aquel preguntón de doce años».

Preguntóle, por ejemplo, en qué año hubo de escribir su libro «De las claras y virtuosas mujeres», qué recado dió—subido ya al caballo y a punto el verdugo—al gentil hombre Barrasa para el Príncipe, su señor; por fin, no pocos detalles de la batalla de Olmedo. De nada tenía la menor noticia la buena de la cabeza.

Vino a poner término a la curiosa escena la intervención del hombre empresario o administrador del decapitado, el cual empresario, acercándose a una de las personas mayores que acompañaban al mozo, dijo:

—Diga usted, caballero, ¿no se divertiría más este niño en el teatro o en cualquier otro espectáculo? Nuestro trabajo es más bien para personas mayores...»

Estaba muy fuerte Marcelino en Historia de España. Y en Latin.

Y en todo. Terminó el Bachillerato en Artes con premio en trece de las catorce asignaturas que sumaba y con premio extraordinario en la reválida de Letras.

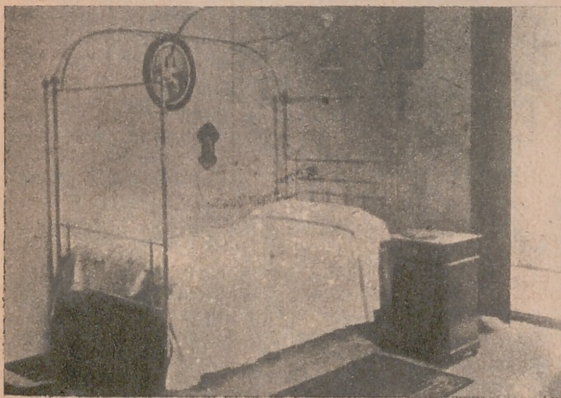
Lo de la asignatura sin premio tiene una explicación hermosa: Se trataba de la que explicaba su padre —Geometría— y consideró más correcto no presentarse a recibirlo de manos de su padre.

SANTANDER DESCUBRE A MARCELINO, Y MENÉNDEZ PELAYO SE ASOMA AL MEDITERRANEO

Debió ser ya entonces, en estos años de su infancia, cuando Santander descubrió a Marcelino Menéndez Pelayo y fijó en él su mirada, medio de madre, medio de novia, para no apartarla nunca de él.

Debió ser ya entonces, porque entonces ya los compañeros del colegio hablarían en sus casas del episodio de los cabos de vela para las lecturas nocturnas, y alguno habría que imitase. Y entonces ya comentarían los cultos hidalgos santanderinos, en reuniones y tertulias, el lance del interrogatorio a la cabeza parlante de don Alvaro, que seguramente, con natural satisfacción, con honesto y lógico orgullo, difundiría su padre. Y entonces ya se haría lenguas don Francisco María Ganuza, el docto catedrático de Latin del Instituto santanderino, de un bachiller que seguía recibiendo clases particulares de Latin, después, de tener aprobada la asignatura, y que ansioso de saber, poseído de una arrolladora pasión por los libros, devoraba, orientado por él, volúmenes y volúmenes de su biblioteca. Y entonces ya, también, todo el honrado pueblo santanderino, y especialmente los vecinos de la calle donde estaba situada la librería de Hernández, podrían contemplar, tarde tras tarde, la entrada en la librería del joven Marcelino que, acompañando a su padre, acudía a su juego predilecto, a su permanente y nunca olvidada cita con los libros. Y les dedicaba, allí, mientras la tertulia de profesores y literatos charlaban de sus cosas, las horas mejores de su curiosa adolescencia.

¿Y él? Pues él también debió enamorarse entonces de Santander, y seguramente ya, en aquel tiempo, había decidido hacerle el doble impresionante regalo de la luz y la lanza de su pluma, que



La monástica alcoba en que el glorioso montañés exhaló el último suspiro; a la derecha, la casa de don Marcelino

no desperdiciará ocasión de exaltar a la Montaña y a sus letras, y de su tesoro más querido: de su biblioteca, que contaba, en 1868, según el catálogo compuesto por un propietario de doce años, con un total de veinte obras, distribuidas en treinta y cuatro volúmenes. ¿Autores? Bossuet, Fenelón, Balmes, Chateaubriand, Goldsmith, Virgilio...

Antes de cumplir los quince años, de cara al verano de 1871, terminó el Bachillerato y había comenzado a producir. En septiembre, con una clara prefiguración de su destino, redacta así la primera portada de sus obras: «Obras de Marcelino Menéndez y Pelayo.—D. ALONSO DE AGUILAR. EN SIERRA BERMEJA, poema heroico en octavas reales, de MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, Bachiller en Artes.—Van adjuntos el poemita, traducido de los Metamorfosis de Ovidio, y titulado «Píramo y Tisbe». La traducción de la Egloga VIII, de Virgilio, y diferentes poesías del autor.—Primera edición con notas.—Santander 1871.»

El volumen no llega a imprimirse. Pero no importa. La gran obra que va a ser su vida ha comenzado. Y él sabe de ella, por adelantado, con la particular intuición de los genios, con su misterioso e innato «presaber», muchas cosas. Entre ellas, que será un creador fecundo, que rematará muchas obras y que todas alcanzarán un número crecido de ediciones. Su certero presentimiento se trasluce en la redacción de esta portada. Y en ella laten en germen la mayor parte de las facetas de su personalidad impar: poeta e historiador, por el poema; humanista, por las traducciones de Ovidio y Virgilio; crítico, por las notas.

El final de su bachillerato plantea a sus padres un problema: ¿A qué Universidad enviarle? Madrid les da miedo. La vida de la Corte en aquella época—la que retrató el padre Coloma en «Pequeñeces»—no les parecería muy adecuada para un joven serio y estudioso que todavía no había cumplido los quince años. Y, además, pesaría seguramente en ellos el recuerdo de los motines estudiantiles de la capital, de aquella Noche de San Daniel de pocos años antes, de la más reciente revolución del 68... Había dos Universidades más próximas y más tranquilas: Valladolid y Oviedo. Pero en la de Barcelona era catedrático de la Facultad de Ciencias don José Ramón Luanco, amigo y paisano del padre de Marcelino. Y esta favorable circunstancia decide. Menéndez Pelayo se marcha a Barcelona con Luanco.

En Barcelona estudia los dos primeros cursos de Filosofía y Letras. Allí conoce—que nadie es en absoluto autodidacta—al segundo de sus tres grandes maestros, a Mila y Fontanals, que ejercerá sobre él una influencia decisiva. Especialmente, en la formación de sus ideas estéticas. Ganuza, el primero de los tres, había estimulado y orientado su humanismo. Y más adelante encontrará en Valladolid al tercero, a Laverde, que será su guía en los estudios filosóficos y que alentará su gran empeño en pro de la cultura y la ciencia españolas.



Estatua de Menéndez Pelayo en la Biblioteca de Santander

En Barcelona se asoma Menéndez Pelayo al Mediterráneo, se abre a otra cultura y otra lengua y empieza a ensanchar ese gigantesco espíritu suyo que terminará abarcando toda la cultura española del pasado y de su tiempo.

En la capital catalana habla por vez primera en público Menéndez Pelayo. Lee en el Ateneo su discurso sobre «Cervantes, considerado como poeta».

En Santander habían sonado ya sus palabras en el Ateneo, en la velada líricoliteraria que se celebró el 18 de octubre de 1871. Pero él estaba para entonces en Barcelona. O a punto de llegar a ella. Y fué un amigo el encargado de leer parte del poema de don Alonso de Aguilar. Solamente los que asistieron a tal velada supieron algo del poema, pues luego de varios intentos de publicarlo sin mutilar—uno de ellos en una revista madrileña que dirigía Galdós—, lo condenó con estas palabras: «Prohíbo que se dé a conocer de este poema más que su título.»

MINERVA VENCE A VENUS

Durante su estancia en Barcelona, Menéndez Pelayo sigue en comunicación con Santander por

varios conductos. Pasa allí, trabajando, los veranos, costumbre que no abandonará nunca. Y allí, en su cuna, ha decidido guardar lo más querido: sus libros. Así, durante todo el año, se encuentran él donde se encuentre, hace sucesivos envíos de volúmenes a Santander que van acrecentando su biblioteca. No es rico, pero recorta sin piedad su presupuesto para satisfacer su necesidad de lectura.

Además, en Barcelona se enamora de una montañesa—«hija, cual yo, de la Cantabria fuerte», y por este no pensado camino viene a desembocar también en su tierra. Era ella, según es fama, hija de un impresor de Santander. Se llamaba Isabel Martínez. El romance fué breve y no tuvo consecuencias más importantes que los versos que inspiró a Menéndez Pelayo. Tampoco las tendría su encuentro, cinco años después, con su prima Conchita Pintado en Sevilla. Su «novela de amor» no llegaría a tener un escenario final ante el altar. Y sucediendo bien, es lógico que sucediese así, y que don Marcelino no se casara nunca.

Era un predestinado a conceder la primacía a Minerva, no a Venus. Había nacido, había aparecido como un regalo de Dios para consumir todos sus días y todos sus esfuerzos en la defensa, a punta de pluma, del catolicismo y de España. Y no podía hurtarse a su destino. Era imposible esquivarlo. Las cosas ocurrían, aproximadamente, así: Conchita iba a visitarle, y Enrique Menéndez Pelayo avisaba a su hermano:

—Marcelino, ha venido Concha.

Y él, absorto en su trabajo, sin levantarse de la mesa de su biblioteca, rogaba a Enrique:

—Entreténla un poco, por favor, que ahora bajo.

Y se le iba el santo al cielo y seguía estudiando, o leyendo, o escribiendo. Y cuando recordaba el aviso de su hermano, habían pasado dos horas.

MADRID, VALLADOLID Y EL DOCTORADO

Luanco tiene que trasladarse a Madrid, durante el curso de 1873 a 1874, para formar parte de un Tribunal de oposiciones a cátedras. Menéndez Pelayo llega a la capital de España en su compañía.

En Madrid sigue sus estudios, sin perder su contacto veraniego con Santander y sin olvidar a sus amigos catalanes. Publica artículos en la «Miscelánea Científica y Literaria» y en «La Ilustración Española y Americana». Y se hace —¡cómo no!— visitante asiduo de una casa que registrará, andando el tiempo, muchos años. La Biblioteca Nacional.

Todo marcha bien hasta que tropieza con Salmerón. Salmerón, titular de la cátedra de Metafísica, estima que aquel año —el 1874—ninguno de sus alumnos reúne los conocimientos suficientes para aprobar, y decide que todos repitan el curso. Menéndez Pelayo no está conforme con tal decisión. Son días, además, en los que anda «lleno de furor contra todo lo que oliese a Krausista». Y corta por lo sano. Se matricula en Valladolid, y en su Universidad aprueba, en septiembre, la Metafísica; se licencia en Filosofía y Letras, y gana el premio extraordinario. Allí conoce al catedrático Laverde y nace entre ambos una amistad entrañable, que sólo se truncará por la muerte de éste. Amistad, además, venturosa para Menéndez Pelayo y para la literatura española.

En cierto modo, puede decirse que de ella salen «La ciencia española» y los «Heterodoxos españoles», dos de las obras capitales de don Marcelino. Que después de su licenciatura hay ya que llamarle así, aunque sólo tenga dieciocho años.

Para el doctorado vuelve a Madrid. Lo consigue con notas muy brillantes, el año siguiente. Y logra, también en octubre del mismo año, el premio extraordinario del doctorado, antes de cumplir los veinte años.

Santander siente la brillante e impar carrera de don Marcelino como un triunfo propio. Y el Ayuntamiento, compuesto por miembros de las familias más ilustres, acuerda conceder al joven doctor una pensión de 3.000

pesetas e invitar a la Diputación a que colabore también a la noble empresa de ayudar a un privilegiado talento montañés, de dotar a un sabio de los medios económicos suficientes para evitar que por falta de ellos se malogren sus extraordinarias posibilidades.

La Diputación no quiere ser menos que el Ayuntamiento y le concede otras 3.000 pesetas. Menéndez Pelayo, el hombre conquistado por su tierra, la ha conquistado a su vez.

¿En qué invertirá este dinero? Hasta donde alcance su talento —y según explica en sus dos escritos de gracias a ambas corporaciones—, en conocer y estudiar las literaturas extranjeras, «cuyo estudio hállase sobremanera descuidado en España»; en recoger en las bibliotecas extranjeras materiales y datos para los «heterodoxos», y la «Bibliografía de traductores españoles clásicos de la antigüedad», y en consagrar parte de su actividad a la historia de las letras montañesas.

Y como lo promete, lo cumple.

EL ARBOL, COMPLETAMENTE DESARROLLADO

No entra en el propósito de este reportaje reflejar la cronología de las obras de Menéndez Pelayo. Basta a nuestro propósito señalar que a partir de 1874-1875 se inicia su período creador. Y que el fin de éste lo marca el fin de don Marcelino.

En 1875, Laverde le escribe: «Ya que yo he quedado en germen, consuélome con la esperanza de que usted será el árbol completamente desarrollado.» Su buen deseo se cumple, su esperanza se logra. Y muy pronto.

El gigante espiritual que se encierra en la normalidad física de Menéndez Pelayo empieza a manifestarse plenamente en todas sus dimensiones. Desde las columnas de la «Revista Europea» hace, respondiendo a los trabajos de Azcárate aparecidos en la «Revista de España», una aplastante defensa de la ciencia española. Y al replicar a Revilla, que ha vuelto a plantear la cuestión al viejo modo enciclopédico, con mayor crudeza que Azcárate—«¿Qué le debe Europa a España en los diez últimos siglos?»—, ensancha su primer texto y aparece «La ciencia española».

El año 1876, primer año de sus viajes, no pierde tampoco ripio. Desde Italia contesta a don Alejandro Pidal y luego a José del Perojo.

Es incansable. Estudia, versifica, escribe, replica, envía cartas a Pereda, que las publica en un periódico titulado «La Tertulia». La tertulia la formaban los dos y a más Escalante, Laverde, Assas, Leguina, Ángel de los Ríos... Durante los veranos se reúnen en Santander.

Y en 1878, la gran oportunidad. Muere Amador de los Ríos y queda vacante en la Universidad de Madrid la cátedra de Historia crítica de la Literatura española.

El árbol va a engrosar el diámetro de su tronco, a prolongar sus ramas, a esperar su fronda.

UN HOMBRE Y UNA CIUDAD HACEN OPOSICIONES

La noticia le sorprende en Ardalucía. Regresa a Madrid. La

suerte que correrá la plaza vacante no parece clara. Se habla de su supresión. Se dice que será cubierta por concurso. Se afirma que saldrá de nuevo a oposición.

Para Menéndez Pelayo todos los caminos están aparentemente cerrados. Si sale a concurso, porque él estima que debe ocuparla Laverde. Si va a cubrirse por oposición, él no tiene aún la edad suficiente para presentarse. Si se suprime...

Pero sale a oposición libre. Y don Marcelino, a fin de cuentas oriundo de una tierra de navegantes se orienta bien. Los conservadores y los liberales llegan a un acuerdo y se aprueba en la Cámara por unanimidad una ley que rebaja a veintitún años la edad requerida para opositar. El Senado la confirma. Y Menéndez Pelayo acude a la oposición con pleno derecho y en plena forma.

En agosto se convocan las oposiciones. Y a partir de entonces, los acontecimientos se suceden con ritmo cinematográfico. Campoamor renuncia a formar parte del Tribunal. Milá también. Don Marcelino le dirige una carta: va a presentarse, y su espíritu de justicia es una garantía para cualquier opositor. Milá retira su renuncia. El Tribunal queda formado así: Valera, F. Guerra, Milá, Rosell, Cafete, R. Rubi y Fernández y González.

Al saberse que oposita don Marcelino se producen dos reacciones. Una, en toda España: la mayor parte de los presuntos opositores desiste. Otra, en Santander: la ciudad personaliza su prestigio en Menéndez Pelayo y empieza a vivir los días tensos y nerviosos del opositor. La capital de la Montaña está «de oposiciones».

Se presentan a disputar la cátedra sólo cuatro opositores: don Marcelino, Canalejas, Sánchez Moguel y Milego.

Santander vive pendiente del desarrollo de los ejercicios. Don Manuel Marañón, padre de don Gregorio, ha asumido el cargo de «enviado especial» de Santander. Y escribe a Pereda, contándole todas las incidencias de la oposición.

Menéndez Pelayo empieza los ejercicios santiguándose. Y vence —se lleva la oposición de calle, que diría un castizo— con sus legítimos méritos, precedidos por el signo de la cruz. Marañón puede terminar una carta gritando: «¡Viva Marcelino!» Y el eco de este grito resuena en las gargantas de todo Santander.

Solamente un miembro del Tribunal ha dado su voto a otro opositor, a Canalejas. Ha sido Fernández y González.

CON «Y» Y SIN ELLA

El 20 de diciembre recibe don Marcelino su nombramiento oficial de titular de la cátedra, que ocupará durante veinte años.

Mientras tanto, el árbol sigue creciendo. En frutos y en honores. Si comparásemos su vida con el curso del sol, llamaríamos a esta etapa el mediodía, el cenit. En ella publica los «Heterodoxos» y la «Historia de las ideas estéticas en España». De ella nace una generación de discípulos ilustres. En ella se sienta en los escaños del Congreso. Primero, como diputado por Palma de Ma-

llorca; luego, por Zaragoza. Después, en el Senado, por Oviedo, y luego, por la Academia, hasta su muerte. De su actividad política deja sólo una enseñanza: no interviene nunca en la política de Santander. Es un sabio. No un cacique.

La Academia Española es la primera que le ofrece uno de sus sillones. Precisamente el sillón correspondiente a la *e*le minúscula. Dos años más tarde, en 1883, ingresa en la Academia de la Historia. En 1891, en la de Ciencias Morales y Políticas. Y en 1901, en la de San Fernando.

En la Academia Española tiene la doble satisfacción de recibir, de dar la bienvenida a dos amigos: a Galdós y a Pereda. En la de Bellas Artes, también un disgusto.

Muerto el conde de Cheste queda vacante el cargo de director. Se lo disputan él y Alejandro Pidal. Y lo consigue este último.

El clamor popular condena esta solución. Xaudaró lo refleja en un dibujo con este pie:

«Al cabo alcanzó Pidal el sillón presidencial, mas yo con la gente opino que el verdadero sitio lo ocupa don Marcelino.»

Y Santander, con sus autoridades al frente, acude, en acto de protesta y desagravio, a su Biblioteca, a la que él va a legar a la ciudad.

Con «y» intercalada entre los dos apellidos o sin ella, que de ambas maneras puede escribirse, pesaba mucho en el ánimo popular el prestigio de don Marcelino. Y si hemos de creer a Carlyle, la Humanidad es enemiga innata de las mentiras.

AUN SIN SABER QUE ES UN HETERODOXO

En 1898, es nombrado director de la Biblioteca Nacional. Su vida, comenzada y continuada bajo el signo supremo de la cultura, el libro, va a terminar amparada bajo el mismo signo.

Sus amigos y sus discípulos organizan, para cerrar con broche de oro sus veinte años de profesorado, un homenaje sin precedentes: la publicación de una serie de monografías sobre él. Y aunque muchos trabajos quedan sin imprimirse por la necesidad de tener terminada la obra a fecha fija, resultan dos volúmenes con un total de unas dos mil páginas.

Pero su mérito y su fama no han quedado nunca circunscritos a la esfera reducida de los círculos intelectuales de las tertulias eruditas. El vulgo, aunque no conozca el texto de sus obras, no desconoce el mérito del hombre. Y especialmente en Santander, don Marcelino es para todos para letrados e iletrados, una figura que suscita el respeto y la admiración. Un inmortal en vida. Y en torno suyo la fantasía popular teje las más sabrosas leyendas: que es capaz de leer dos libros al mismo tiempo, que sabe de memoria el estante y el lugar que ocupan todos los volúmenes de la Biblioteca Nacional...

Y supremo triunfo del saber, cuando don Marcelino toma asiento en un tranvía, camino de la playa de El Sardinero y aprovecha el trayecto para leer, el



Retrato de Madrazo, de Menéndez Pelayo en su mediana edad

cobrañor comprende que valen más unos minutos de trabajo de don Marcelino que el importe total de su taco de billetes, y para no interrumpirle no le cobra. Y cuando se justra los zapatos hay limpiabotas que se niegan, también, a cobrarle el servicio. Aunque ninguno de ellos sepa, ni tenga ganas de saber, qué es un heterodoxo.

En estas estancias veraniegas en Santander escribe la mayor parte de su obra. En la tranquilidad de su retiro. Hundiéndose más y más sus raíces en la tierra querida de su patria chica.

Y para descansar, sus charlas y paseos con otro de los montañeses más ilustres con su íntimo amigo Pereda. Y con otro grande de las letras españolas, y gran amigo de ambos, pese a cualquier disparidad de ideas, con don Benito Pérez Galdós al que casi han hecho, entre los dos santanderino honorario y al que han animado para que edificase, en Santander, próximo a la bahía, un hotelito, que el coronel Aroca bautizó con el nombre de «San Quintín».

CUANDO LE QUEDABA TANTO POR LEER

A finales de 1911 se siente muy enfermo. «El rostro de don Marcelino—escribe Marañón—empeñaba a demacrarse bajo la barba blanca, mientras el vientro se abultaba cada día por la enfermedad del hígado, que pronto

había de poner fin a su gloriosa existencia.»

Y don Marcelino, consciente de su fin—«¡Qué pena morir cuando me queda tanto por leer!»—, cierra el círculo de oro de su viaje por la Tierra trasladándose a morir al lugar de su nacimiento.

En diciembre abandona Madrid. Van a despedirle a la estación tres o cuatro amigos: Bonilla, González Amezúa...

Y el 19 de mayo de 1912, a las seis y media de la tarde muere en su casa de Santander. Le ha confesado un sacerdote de la parroquia de San Francisco. Y le rodean su hermano Enrique y la mujer de éste, doña María de Echarte—que le han dedicado su vida—y un concejal don Paulino García del Moral.

El duelo de Santander—a cuyo Ayuntamiento ha legado su extraordinaria biblioteca—es indescriptible. Ante su cadáver, expuesto en el salón de la Alcaldía, desfila toda la ciudad: las autoridades los aristócratas, los comerciantes, las pescaderas y las cigarreras, los marineros...

Ninguna otra muerte se ha sentido tanto en Santander.

Le enterraron en el cementerio de la ciudad. Y ahora, en el año de su primer centenario, van a ser trasladados sus restos a la catedral. El lugar más apropiado para el descanso de quien supo combatir tanto y tan bien por la Iglesia y por España.

Diego JALON

ESPAÑA, CONOCIDA POR LOS ESPAÑOLES

UNA de las características más señaladas a la etapa veraniega española es, sin duda, el viajar de los españoles. Que lo digan si no todas las estaciones de ferrocarriles y todas las carreteras del país. El español de hoy viaja más que nunca. Unas estadísticas que recogemos más abajo acusarán este sorprendente fenómeno de nuestro tiempo. El veraneo, el descanso y las vacaciones, junto al desplazamiento a otros rincones de nuestra geografía, ha dejado de ser privilegio para convertirse en costumbre y norma para todos los españoles.

Hace algún tiempo, y no muy remoto, por cierto, el español de clase media se veía obligado necesariamente a unir y ligar todos los meses del año sin este puente tendido del descanso y del alejamiento de su zona de trabajo a otros lugares que le ofrecieran el esparcimiento y la diversión sana y merecida. Viajar, trasladarse a puntos desconocidos, era lujo inasequible, fuera del alcance de la mayor parte. España, su geografía y su clima, sus montes, sus playas y sus pueblos seguían siendo más desconocidos para los mismos españoles que para algunos extraños, para quienes podían atravesar los Pirineos o arribar a cualquier puerto español sabiendo que en nuestro país le esperaban vacaciones no disfrutadas en ninguna otra parte del mundo. Desde hace veinte años, por fortuna, las cosas cambiaron. Para los trabajadores españoles se abrió, junto a la etapa del trabajo justamente remunerado, el descanso y el esparcimiento que ese mismo trabajo merecía.

Cuando llegan estos meses veraniegos el número de viajeros españoles que recorren España en sus cuatro puntos cardinales se multiplica indefinidamente. Todas las categorías sociales del trabajo están ampliamente representadas en ese flujo y reflujo de veraneantes que buscan la playa o la sierra, la residencia para funcionarios, el albergue para productores o la colonia infantil, donde los días son más cortos, el clima más benigno y la economía familiar no puede acusar resentimiento alguno. Hoy España es conocida por los españoles. Y, naturalmente,

al ser conocida es mejor apreciada, más justamente valorada por quienes antes sólo la conocían por las referencias de un libro de geografía. Si sólo fuera éste el fruto que los meses de verano dan a nuestros trabajadores y a todos los españoles, no podríamos estar descontentos de este nuevo fenómeno social. Por imperativos de la sangre y de la tierra sentimos una necesidad primaria de conocer España, y esa hora de cumplir una exigencia ya ha sonado para todos.

Si atendiendo sólo a las estadísticas de los últimos años vemos que la media mensual de billetes expendidos en España para ferrocarril llega en 1950 a los nueve millones y que esta media persiste, con escasas variaciones, hasta 1954, en los meses de junio, julio y agosto de 1955 la cifra de billetes, en números que se aproximan a toda exactitud, arroja los quince y los dieciséis millones, referidos exclusivamente a ferrocarriles de ancho normal.

Buenas cifras y buen ejemplo. Los números se crecen y aumentan en la comparación. En 1930, y durante los meses de verano las cifras seguían la constante de todo el año. El veraneo no suponía ni entrañaba el aliciente del viaje. En los meses de referencia de 1930, sólo tres millones escasos de estos billetes se vendían en las taquillas de los ferrocarriles españoles. Pero las cifras no lo dicen todo. Más elocuentes serían si nos dijeran qué clase de vagones ocupaban esos veraneantes.

En el cambio y transfiguración de España, si el trabajo ha ganado en seguridad, en rendición, en dignidad y elevación social, el descanso, el esparcimiento, el merecido sosiego y la tranquilidad para todos los trabajadores, para todos los productores ha sido otra victoria no conseguida ni alcanzada hasta nuestros días. El atractivo del viaje y de la marcha hacia lugares y tierras que antes se desconocían sigue siendo la gran ilusión de todos los españoles. Una ilusión que todos los veranos se hace realidad.

EL ESPAÑOL

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

DESPUES DEL PROTECTORADO EN EL NORTE DEL MAGREB

RELACIONES Y DIALOGO EN UN AMBIENTE FAMILIAR



HACIA UN NUEVA CONVIVENCIA BASADA EN LA MUTUA CONFIANZA



Arriba, sesión plenaria en Tetuán de la entrega de poderes por parte de las autoridades españolas a la Comisión marroquí. Abajo, en Tetuán también, el embajador de Marruecos en España y presidente de la Comisión marroquí, al hacerse cargo de los poderes de la zona Norte, recibe en conferencia de Prensa a los redactores de diarios y revistas españoles y marroquíes. A la derecha de Si Abdeljalak Torres, el general Mizizian, jefe de las Reales Fuerzas en el Norte

TETUAN, que es, sin duda, la ciudad más famosa del norte marroquí, tiene como principal característica urbana la de que tanto sus barrios históricos, con callejas bajo curvas de arcos blancos, como los nuevos, que se alargan hacia las vegas y el mar, no pierden nunca el centro de la plaza de España. Mixta de recta y de curva en su trazado, y bordeada tanto de cafés-terrazas como de edificios oficiales, tiene por su paseo circular y los jardinillos un aire de gran patio de un edificio más que de sitio callejero; a pesar de que por allí cruzan de vez en cuando los autos lentamente. Es el mayor de los patios

andaluces que tomó su forma en torno a un pabellón sevillano por obra de aquel inolvidable cónsul erudito y soñador que se llamó Isidro de las Cajigas. Allí los españoles y los marroquíes vivieron siempre sus descansos o sus fiestas como en un rincón común que tenía el estilo de unos y de otros. Vibró con las recepciones de la Alta Comisaría, como con los actos islámicos ante el Palacio Jalifiano. Fué sitio de desfiles en los cortejos callejeros, de tertulias en las tardes, de juegos infantiles en todas las horas. Y siempre pudo esa plaza ser considerada como símbolo de la convivencia hispanomarroquí; convi-

encia que mezcló allí sus residencias y amistades, sus alegrías y sus preocupaciones, sin prejuicios de fantasías nacionales raciales ni religiosas de ninguna clase.

LA CIUDAD JALIFIANA EN LA TRANSFERENCIA DE PODERES

El hecho de que después de efectuarse en Tetuán la transferencia de poderes entre las autoridades españolas y marroquíes haya comenzado a funcionar un nuevo sistema de convivencia que repercute en torno a todo el Imperio magrebi viene precisamente

a confirmar el papel simbólico de lo que acabamos de recordar sobre la plaza de España. Porque la culminación de las negociaciones entre el 30 de julio y el 5 de agosto del corriente año 1956 ha completado ahora un período entero que comenzó en 1860. Es decir, cuando por la casual circunstancia de la llamada «guerra de África» pudieron Pedro Antonio de Alarcón y Benito Pérez Galdós escribir libros sobre aquella misteriosa «Tittauen», vuelta a encontrar a la vez que el resto de una España medieval tan gloriosa como olvidada.

Entonces fué también cuando desde Madrid se llevaron a Marruecos por primera vez la Prensa, la luz eléctrica, los teléfonos y teléfonos, la sanidad moderna y tantos otros elementos necesarios para el despertar de un país contiguo. Que no era exótico, sino sólo una reproducción rezagada de la España «tierra mora» en Toledo, Zaragoza, Valencia y tantas otras ciudades.

LA ACOGIDA DEL GENERAL ALFAU

Así, cuando las tropas españolas cristianas se marcharon de Tetuán, llevándose consigo a un cortejo de escritores, médicos, ingenieros y técnicos de varias clases, dejaron entre las gentes cultas de la urbe tetuani las sensaciones de una presencia que (según declaraciones oficiales madrileñas de la época) «no había tenido nunca propósito de conquista». Y cuando mucho tiempo después llegó aquel año de 1913, en el cual el primer Alto Comisario de España en su zona de influencia marroquí (es decir, el general Alfau) fué a instalarse en Tetuán, lo hizo llegando desde Ceuta en un tranquilo paseo. El recuerdo de una primera ocupación militar había sido motivo para que los tetuanes acogiesen la segunda con buena adap-

tación. Caso sin precedentes en el norte de África.

EL ACATAMIENTO AL MAJZEN

La guerra que para la ocupación y pacificación de las zonas campesinas cabileñas, en las montañas del Rif y Yebala, tuvo lugar en varias etapas escalonadas hasta julio de 1927, no fué—como pudiera creerse a primera vista—contraria al hecho inicial tetuani, sino producida al margen de él; porque Tetuán se había adelantado a la crisis del Imperio sultánico, mientras que el campo estaba metido de lleno en el proceso más agudo de dicha crisis. Por causas del todo ajenas a España, y en ocasiones ajenas a Marruecos también, aquel país atravesaba en 1912 por una confusión en medio de la cual el Sultán no mandaba en muchas regiones, y no podía establecerse ninguna reorganización sin lograr que tanto esa autoridad legítima como el cuadro de las instituciones del Estado tradicional, Majzen, fuese, efectivamente, vuelta a acatar y reconocer.

Todas las campañas que el Ejército español llevó a cabo en el norte marroquí tuvieron como objetivo proclamado el de la «pacificación», pues España no estaba en guerra con Marruecos ni con los marroquíes como tal pueblo, y el propósito final era el de que pudiese ser restablecida una autoridad majzeniana. Desde luego, viendo desde fuera la acción española, podía creerse que ese «majzenismo» proclamado por generales en jefe y Altos Comisarios se limitase a cumplir los términos de los compromisos escritos en el Acta de Algeciras y los tratados de 1912, por los cuales la autoridad del Sultán era sostenida por los regímenes de Protectorado. Pero el funcionamiento de la Zona española o jilifiana demostraba que no se trataba de la

letra, sino del espíritu. Porque varias de las instituciones que los mandos españoles revigorizaban, y otras nuevas que se iban creando, preparaban una nueva vida nacional del Marruecos futuro. Así las mejallas jilifianas iniciadas por el general Castro Girona fueron el primer núcleo de un futuro nuevo Ejército marroquí. La Administración pública se formó en zona jilifiana con un sentido mixto, en el cual los cuadros marroquíes iban ampliando poco a poco sus funciones. Y la enseñanza tuvo por primer idioma escolar el árabe. La ciudad jilifiana desempeñó en la nueva «majzenización» de impulso español un papel de cabecera no sólo por la circunstancia de ser la sede de las autoridades sultanianas y españolas, sino porque la anterior especial preparación de los tetuanes les hacía indispensables para ayudar al fortalecimiento de los dualismos de antigüedad y modernismo, tradición y renovación, a los cuales España no se oponía, sino que dejaba abiertas las posibilidades. Así se inició una apasionante trayectoria, que ha tenido su culminación simbólica en la transmisión de poderes del verano actual.

TETUANES Y RIFENOS, EN LA VANGUARDIA DEL DESPERTAR MARROQUÍ

Allá por los años de 1925 a 1935 la figura más conocida, más simpática y, en cierto modo más popular de Marruecos en Madrid, era la de El Hach Abdesselam Ben Laarbi Bennuna, prócer tetuani descendiente de antepasados hispanoarabíes. Bennuna—como familiarmente se le llamaba en los centros sociales, culturales y financieros madrileños—resultaba, tanto por su figura pávida, de fina barba negra, como por sus ropajes cuidadísimos y su característica amabilidad, el mejor prototipo de «notable» y la estampa de un habitante antiguo de la Alhambra. Pero visto El Hach Abdesselam Ben Laarbi Bennuna en su propio ambiente era más, mucho más, pues a él se debieron los más característicos impulsos que pusieron en marcha silenciosamente, pero con paso acelerado, un Marruecos del todo nuevo y joven. Ideológicamente él fué el primero designado en el norte marroquí con el apelativo de «nacionalista», que se entendía en el sentido de quienes deseaban dar a su país una estructura nacional a la medida del siglo. Políticamente él fué quien con más fundamento defendió la tesis de que el modelo y el curso de lo español eran lo verdaderamente adecuado a las características del país y los habitantes de Marruecos. Económicamente él creó la Cooperativa Industrial Hispano Marroquí, que estableció en Tetuán una fábrica de electricidad, propulsando también el renacer de industrias como la textil. Y culturalmente la acción de El Hach Abdesselam fué decisiva en la fundación de la Asociación del Estudiante Marroquí, primera institución de este género, que tuvo su sede junto a la puerta de la Luneta en Tetuán.

Todos los que entonces asistimos a las conferencias, las fiestas y otros actos diversos, que



Si Bekkai, jefe del Gobierno marroquí, en su última visita a Madrid

tenían por sede la de la referida Asociación, guardamos siempre un animado recuerdo. En esa evocación no entra tanto el encanto de las nostalgias a distancia en el tiempo ni la estampa de un sitio que tiene el más prodigioso telón de fondo sobre el valle abajo y la sierra de Beni Hozmar encima, sino la percepción de todo lo que luego brotó de aquel al parecer pequeño arbolillo estudiantil del «Nadi» o Asociación. En el Nadi o en torno a los familiares, los amigos particulares y otros diversos seguidores de Bennuna fueron, después de su fallecimiento, continuando y ampliando una labor que dió origen a un centro de Segunda Enseñanza, a periódicos y revistas, a nuevas empresas industriales, etc. Hasta que esta etapa de consolidación, llevada a cabo por el relevo de otra generación más—cuya principal figura era ya Sid Abdeljalak Torres—culminó en la fundación del Islah o partido reformista, surgido con la simpatizante aprobación de las autoridades españolas y primera organización política que actuó públicamente en Marruecos.

Tanto estas empresas como otras que teniendo distintas orientaciones políticas y culturales, aparecieron fuera de ellas, pero por el estímulo o la reacción del conjunto nacionalista marroquí, sirvieron en la Zona Norte para que se fueran incorporando a la modernización y a la acción colectiva núcleos cada vez más numerosos de las distintas ciudades y cabilas. De esos núcleos pronto destacaron al lado de los tetuaníes los rifeños de las comarcas de Nador y Alhucemas, entre los cuales surgieron los primeros médicos, juristas e ingenieros, mientras los tetuaníes habían comenzado por triunfar en las letras, la política y el comercio. Un rifeño, Sid Maimón Mohatar, fué en Tetuán director de la Cooperativa Industrial, y otros rifeños crearon también en Tetuán la primera clínica marroquí. Así, cuando desde 1953 a 1955 el Imperio sultaniano entero vivió la crisis del destierro de Muley Mohamed V, resultó que mientras en Tetuán sus autoridades marroquíes quedaban como las únicas legales de momento, el Rif fué el principal punto de refugio de las familias de desplazados que llegaban desde la Zona Sur. Tetuaníes y rifeños, junto con otros elementos de las sierras de Yebala y la costa de Larache, tomaron parte en los actos entusiastas como el de la Hípica. Y cuando en el Imperio la normalidad fué restituida con el regreso del Sultán, Tetuán fué una de las ciudades que más pronto se adaptaron a la nueva legalidad.

NUEVAS FUNCIONES Y NUEVOS CARGOS EN LA ZONA NORTE

Así se llegó a la fecha del viernes 3 del corriente agosto, en cuya mañana, y antes de que en las torres de las blancas mezquitas se enarbolasen los característicos estandartes, el Sultán Mohamed V hizo entrega en su Palacio de los dahires de nombramientos a los nuevos gobernadores provinciales de lo que fué Zona hispanojalifiana. Se trata



Tetuán recibe al Sultán Mohamed V



El ministro plenipotenciario de España en Marruecos, don José Bermejo, abraza al embajador de Marruecos en Madrid al terminar el acto de la entrega de poderes

de cuatro jefes del Ejército de Liberación y un prohombre nacionalista del Istiqlal. El primero es Sid Taieb Bennuna, gobernador o «Amel» de la religión de Tetuán.

Los otros son: el comandante Abdellah Abderrahmán, para la de Nador; el capitán Mohamed Ben Mansur Bel Hach, para la de Alhucemas; el capitán El Hach Aatabi, para Xauen, y el capitán Mohammed Ali Mekinasi, para Larache.

En el mismo acto solemne de Rabat fueron designados los bajáes de algunas ciudades como Tetuán Larache y Alcázar, así como 45 caides para las cabillas. Los bajáes son una especie de casi subgobernadores y alcaldes de zonas urbanas, semejantes a los antiguos corregidores de España. Los caides mandan en los distritos agrícolas. Unos y otros dependen a su vez de los gobernadores de las cinco regiones o «muqataas», y sobre todos ejerce inspección Sid Abdeljalak Torres. en calidad de ministro residente en la Zona Norte para coordinar los servicios de ésta con el Gobierno central de Rabat.

En el conjunto de los nombramientos de gobernadores ha llamado la atención la designación de Sid Taieb Bennuna para regir la región de Tetuán, pues se trata del hijo mayor del famoso El Hach Abdesselam Ben Laarbi Bennuna. Famoso también el mismo Sid Taieb por sus actuaciones como secretario general del partido Islah, como propulsor de los cursos del Instituto Libre, como animador de empresas económicas, etc. En todo esto han prestado notable cooperación varios de sus hermanos, como Sid Mehdi Bennuna, Sid Dris Bennuna, etcétera. Ha de notarse también que el nuevo bajá de Tetuán es Sid Abdesselam El Hach, otra figura indispensable del movimiento de renovación juvenil, que empezó en el Nadi de la Luneta.

En el resto de las funciones y los cargos de la Zona Norte, la figura de S. A. el Jalifa Muley Hasán Ben el Mehdi sigue siendo en su palacio el representante personal de S. M. el Sultán. Luego los distintos servicios generales, de Seguridad y Orden Público, Acción Social y Juntas Rurales, Intervención de Marina, Trabajo y Cancillería, Hacienda, Educación y Cultura. Obras Públicas y Economía quedarán como antes, agrupados en varias Delegaciones, cuyos jefes o delegados, que han pasado a ser marroquíes, tienen todos y cada uno de ellos adjun-

tos españoles que les asesoran. Excepto en aquellos servicios que son de carácter político y en los exclusivamente musulmanes, en los cuales, naturalmente, los marroquíes actúan solos.

En el Ejército existe un dualismo de tropas diferentes. Unas son las fuerzas pertenecientes al Ejército español peninsular, más las fuerzas especiales de la Legión, los Regulares, etc., bajo el mando de un jefe supremo residente en una de las dos plazas españolas de soberanía, y que es el teniente general don Alfredo Galera. Por otra parte, las tropas marroquíes del Ejército Real están puestas bajo jefatura del teniente general don Mohamed Mizian, designado por S. M. el Sultán como general en jefe de ellas en la Zona Norte, sin dejar de ser por eso un general español. Es este un caso que tiene en la historia hispanomagrebí varios precedentes. Así, el de Alonso de Troncones, el de Alonso Pérez de Guzmán, el del conde Reberter, etcétera.

En los servicios judiciales al lado de los antiguos Tribunales tradicionales de los cadíes—que siguen resolviendo sólo casos de estatuto personal y familiar musulmán—, los anteriores Tribunales de justicia jalfiana, que actuaban desde 1914 como institución marroquí, servida por funcionarios de nacionalidad española, siguen actuando lo mismo que siempre, sin haber cambiado más que el nombre por el de Tribunales marroqueís modernos. En las municipalidades que siempre actuaban como organismos marroquíes, con el concurso de miembros españoles residentes, no habrá modificaciones radicales, sino sólo de detalle. En cuanto a la cooperación hispanomarroquí de servicios monetarios, educativos, etcétera, se irá reajustando en acuerdos parciales.

Así se ve que en principio los intereses españoles no sufren merma ni en lo colectivo ni en lo particular; los funcionarios españoles que ahora están al servicio de la Administración marroquí quedan en sus cargos, y aquellos que en el futuro vayan entrando lo harán como técnicos, provistos de contratos individuales. En lo laboral, los trabajadores españoles quedarán protegidos por las mismas normas sindicales que los del país. En las industrias y otras actividades varias, personalidades gubernamentales marroquíes vienen expresando sus deseos de que todo Marruecos pueda constituir un cam-

po de expansión de capitales españoles en mayor escala de lo que hasta ahora ha sucedido. Y es de notar que con la supresión de fronteras el papel de los ciudadanos españoles residentes en Rabat o Casablanca puede ser mayor que el desempeñado por ellos en tiempos del Protectorado francés, ya que ahora actúan en igualdad con los otros residentes extranjeros.

Por último, respecto a la representación oficial española después de la supresión del cargo de Alto Comisario, el enlace directo del Gobierno de Madrid con el de Rabat será el embajador de España ante el Sultán.

HACIA UNA NUEVA CONVIVENCIA DE MUTUA CONFIANZA

Quedan aún por determinar muchos puntos de detalles de aplicaciones, pero, en líneas generales, ya puede precisarse el deseo de que el nuevo régimen del norte de Marruecos sea de mutua confianza. Hasta marzo de 1927 el territorio jalfiano se había llamado Zona de Influencia Española, que era el nombre consagrado por los tratados y respondía a la realidad de la buena vecindad y ausencia de deseos dominadores. Desde marzo de 1927 pasó a llamarse Zona de Protectorado Español. Ahora continuará la colaboración, basada en la buena fe entre aquellos españoles y marroquíes que recuerdan los lazos de parentesco de ambos pueblos asentados sobre suelos iguales.

El actual embajador en Madrid pudo recordar en junio, en su discurso ante el Jefe del Estado español, las afinidades de raza, de tradiciones y de civilización; añadiendo luego que la asistencia de España a Marruecos y de Marruecos a España era «lo máspreciado que puede enorgullecer» a los dos países. Y en el orden de lo dinástico imperial, la mejor confirmación ha estado en las palabras del príncipe heredero Emir Muley Hasán, cuando en una ocasión solemne dijo, hace varias semanas, que entre España y Marruecos lo esencial no es lo inmediato de resolver las cuestiones planteadas, sino el modo como se resuelven y el espíritu con que se hace. Así, el Emir explicó que: «Se trata de asegurar un futuro lejano para los nietos de nuestros nietos, con profunda amistad entre España y Marruecos. Somos responsables de ese futuro y debemos plantear nuestro trabajo con vistas a él. No trabajamos por separado, sino conjuntamente, como amigos, buscando la convivencia entre nuestros pueblos.»

Al final, refiriéndose tanto a lo ya acordado como a lo que pueda irse estableciendo para la nueva acción española en Marruecos independiente, nunca podrá soslayarse el precedente de que nada de lo que los dirigentes marroquíes y peninsulares siguen realizando juntos tiene forma de tratos entre un país que fué ocupante y otro que estuvo bajo Protectorado. Por eso, ahora que ambas naciones pueden volver a concertarse directamente, lo hacen con la naturalidad de quienes actúan en un ambiente de familia. R. G. B.



Otro momento de la conferencia de la transmisión de poderes de España a Marruecos



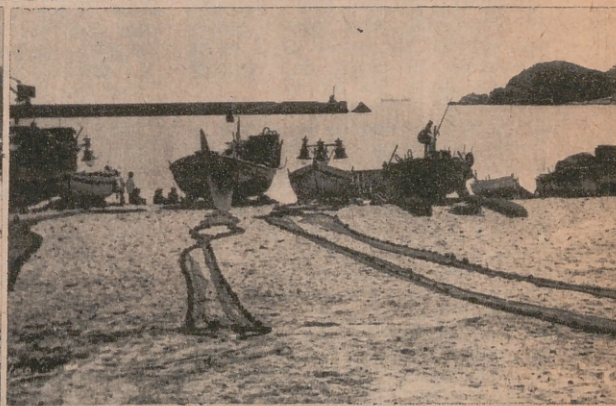
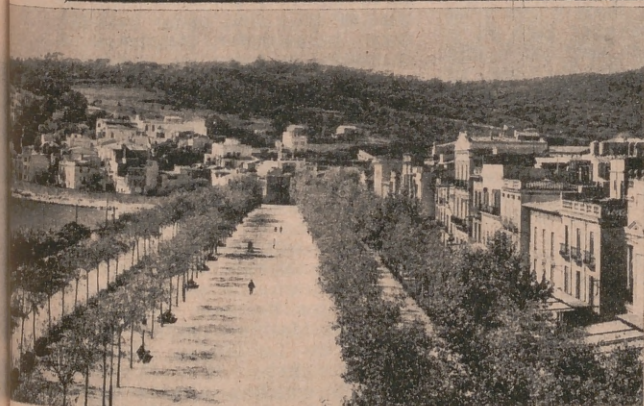
LA COSTA BRAVA

Y PARAISO DEL VERANEANTE

MARAVILLA DE ESPAÑA

EN SAN FELIU DE GUIXOLS, YA PUEDEN LIDIARSE TOROS

VIEJAS CANCIONES DE MARINEROS FRENTE AL MAR



La Costa Brava, paraíso turístico, muestra la belleza cosmopolita de sus avenidas, juntamente con el típico muelle de pescadores al atardecer

EN este autopullman en que voy camino de la Costa Brava, las francesas e inglesas llevan todas guantes blancos y fuman sin descanso. Dos cosas que parecen inadecuadas a la temprana hora de las siete de la mañana. Se desdoblan diarios y revistas de todas las nacionalidades, y la más extremada cortesía se prodiga por el más insignificante motivo.

Vamos dejando atrás los barrios fabriles barceloneses y la mañana empieza a abrirse en brillantes coloridos, como el país de

un abanico. Gracia y belleza de la Maresma frente a un mar alto y grisáceo hoy. Pueblos como jardines. La bungavilla trepa por las fachadas de los chalets. Claveles y nardos aroman a Masnou, San Juan de Vilasar y Mataró. De pronto, en la carretera que ha empezado a hacerse estrecha, una tartana que porta flores se atraviesa y nos obstruye el paso. Nuestro imponente autocar tiene que detenerse y detrás de él todo un rosario de autos de matriculas extranjeras. Es gracioso. Porque la tartana es minúscula, pin-

toresca y parece como una hormiga ante los pies de un coloso.

Pueblos alegres, engalanados casi todos en fiesta mayor y casi todos también con mercado de flores al borde mismo de la carretera. Estas flores son inmensas, maravillosas, sobre todo las dalias color fuego, y parece mentira que el aire salobre del mar no las mustie, sino que al contrario, parece darles más lozanía. Las huertas y los jardines se entremezclan.

Pasados los pueblos de la Maresma empiezan ya los hoteles y

tino rabioso, los zapatos de cuña y los chales de lana blanca para la noche. Nadie lleva aquí zapato bajo y cómodo de verano. Cuffas altas de forma chinelas o zapatos de tacones aparatosamente altos. El aspecto es extraño, pero desde luego graciosamente femenino y lejos de todo deportivismo. En cuanto a los chales, que ya en Madrid estaban muy pasados en temporadas anteriores, aquí vuelven por sus fueros en una sola tonalidad: el blanco.

Por todas partes letreros: «Snack-bar», «Tea room», «Lip-tón, tea here». Y en las librerías: «English books», «Livres français», «Deutsche buecher». Todo el personal de los comercios y de los hoteles, pero desde el último camarero al botones, saben varios idiomas. Sobre todo en las cuentas es maravilloso verlos con la ligereza que contestan al cliente en su idioma, dándoles las cifras exactas.

También hay una tienda exótica: Casbah, donde se venden repujados árabes en cuero.

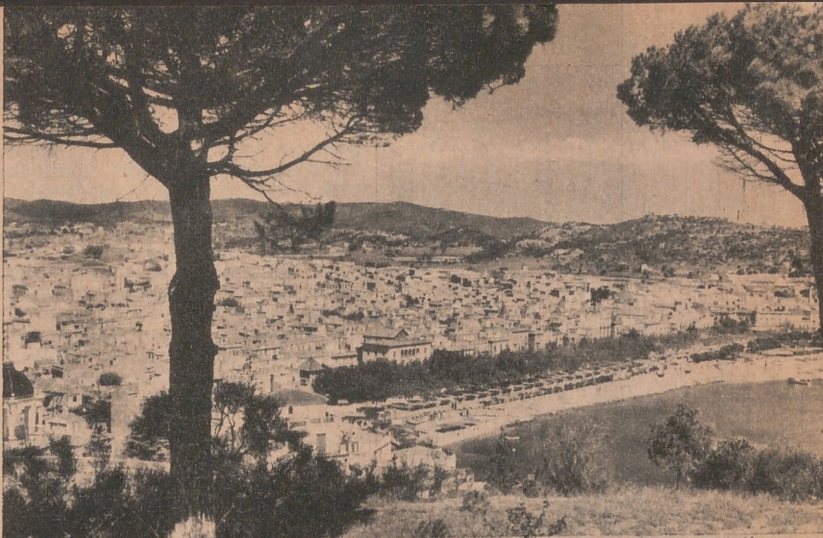
LUZ Y COLOR DE LA PLAYA

Toda la rambla llena de sombrillas de los bares. Todo el paseo del Mar con sus restaurantes y bares también de terrazas acogedoras. Desde por la mañana, todas las mesas están ocupadas. Porque no hace falta siquiera dar ese paso que separa la playa del paseo del Mar para estar fresco. Y los veraneantes de alguna edad prefieren contemplar el mar desde estos cafés. Abajo, la playa con tremendos contrastes de luz y de color. Agua límpida y clara como todas las playas de la Costa Brava, y con el tipismo de las barcas entre los bañistas. Al lado de la playa, sobre el mismo paseo del Mar, una bolera al aire libre. Se juega en traje de tarde y en traje de noche, porque la bolera está concurrenciosísima a todas horas. Los «snipes» y las canoas que hacen los cruceros de recreo por la costa ponen su nitidez sobre las aguas. En tanto, que en el muelle los barcos de todas las nacionalidades cargan el mineral espato fluor que se obtiene en minas de la provincia, y los fardos de tapones de corcho que es la principal manufactura aquí, de la industria corchera.

San Feliu y su playa queda dentro de una curva formada por un extremo por el monte del Salvamento, y, por el otro, por Sant Elmo, promontorio éste que avanza en el mar con rocas adustas y que es un estupendo mirador que abarca toda la costa. Y en Sant Elmo está la ermita del Santo que es Patrón de estos marineros como de casi todos los de España. En esta ermita se guardaba un trozo pequeño del Santo Sudario. Ahora se venera en la parroquia, pero al monte le quedaron sus versos:

*Oh muntanye de Sant Elmo
bé ens podeu dar llaor,
teniu un tresor tan ric,
Sudari del Redentor...*

Cuenta la tradición que en la Edad Media a un peregrino que volvía de Jerusalén con un tro-



Una vista panorámica de San Feliu de Guixols, importante centro del verano internacional

zo del Santo Sudario le sorprendió la tempestad en alta mar. Zozobraba ya la embarcación cuando al peregrino se le ocurrió prometer que se desprendería de su reliquia si la tempestad cesaba y la donaría al primer puerto al que llegaran y a la primera capilla que viera desde el barco. El puerto fué San Feliu y la capilla la ermita de Sant Elmo. El abad de los monjes benedictinos que eran señores de San Feliu sometió la reliquia tres veces al fuego para estar seguro de su autenticidad y las tres veces el pequeño trozo de lienzo quedó intacto y sin siquiera señales de humo. Ahora en esta ermita del monte sólo se dice misa en los domingos y días festivos, en que suben muchos devotos del Santo.

A media ladera del monte se acaba de instalar el magnífico hotel Montjoy y un poco más abajo, todavía más adentro, casi en el pico que entra en el mar está emplazado el club Embassy. Tanto desde el nuevo hotel como desde el club, la vista que se domina es indescriptible y los salvajes peñascos y acantilados se levantan al mismo pie del monte. Pero el mar no se estrella ante estos arrecifes como en el Cantábrico, porque aquí el Mediterráneo siempre es dulce y en estas aguas de la Costa Brava el mar se muestra encalmado y de perfecta serenidad.

EL PUEBLO TRABAJADOR

Por las viejas calles están la fábrica de tejidos de yute con 400 obreros y las fábricas de corcho. Treinta fábricas de corcho en las que se hacen tapones y manufacturas, con un total de 2.500 obreros. Y si en San Feliu se pregunta a un trabajador qué es, casi siempre os contestará: «Soy taponero» o «Soy albañil», porque aquí con la constante urbanización de la villa los obreros de la construcción no descansan.

Cada día se levantan nuevos hoteles para el turismo. Se embellecen los paseos y últimamente se han asfaltado 14.000 metros cuadrados de calles. Los pescadores también aportan su trabajo. Y San Feliu recibe la riqueza del mar. Si la sardina ha huído en gran parte del Atlántico, no ocurre así aquí. Millón y medio de pesetas produjo la sardina el año pasado a San Feliu. Más otros pescados azules que se pescan aquí en gran abundancia como el mero, el dentón, la caballa y los boquerones. Y fideos con boquerones es el plato preferido de estos marineros de San Feliu. Pero lo simpático de estos hombres de mar es que ellos no hacen caso de los veraneantes. Los veraneantes vinieron a la tierra que los vio nacer, se instalaron en la vida del pueblecito, pero ellos casi lo ignoraron. Por eso, impa-



Un descanso en la lucha diaria del hombre contra el mar. Es la hora de extender las redes y de repasar la embarcación

sibles. cada día sobre la perfecta urbanización del cuidado paseo del Mar, ellos tienden sus redes a secar. ¿Y quién se lo va a impedir? ¿Quién tendrá derecho para hacerlo? Si ahí, en ese mismo sitio las generaciones de pescadores de San Feliu tendieron sus redes.

Mientras llega la hora de volver al mar, estos pescadores guixolenses juegan una partida de «subastado» en Can Peri. Luego, al atardecer, van a recoger la red que dejaron tendida al sol: esa enorme red de la traña de 200 metros algunas, con las que le hacen la trampa a la sardina. Con ella envuelven los bancos de este pescado y con la luz de las lámparas las deslumbran y ya no pueden ni saben librarse. Dicen que este arte de pesca es muy eficaz.

Hoy yo he encontrado recogiendo la red a los pescadores de la barca «Jaime». El patrón se llama Plácido. Doce hombres y el patrón forman la tripulación. Son diez catalanes, dos alicantinos y un andaluz. Uno de los catalanes es un viejo lobo de mar al que llaman «el Noi», porque a pesar de sus años está soltero. Como la red pesa tanto, la van echando a brazadas sobre un carro tirado por el paciente «Sultán», y así la llevan hasta la barca.

Después de los hombres de Plácido llegan otros, y mientras hacen este trabajo de recoger sus redes cantan. Cantos de sus vientos, de los que el más popular es el «Mestral». Esta canción del «Mestral» tiene una sentimental cadencia:

*Bufa Mestral, bufa vent fort.
Issen la vela, i anem a port...*

Frente al Mare Nostrum, en este atardecer, la canción es de una escalofriante emotividad. Ellos más que pescadores parecen marineros de mar adentro, tripulantes de alguna aventura goleta. Y es que en esta hora todo junto al mar de San Feliu resulta legendario. A las ocho se van con sus barcas. También el mar se cruza por los blancos velámenes de los balanderos de los veraneantes. Dentro de unos momentos, cuando ya las sombras caigan, San Feliu se encenderá.

SAN FELIU DE NOCHE

San Feliu, en la noche mediterránea y estival, es como una ciudad de magia.

Todo es sonoro de melodías. La gente cena en los restaurantes del paseo del Mar. Luces por todas partes en una fantástica iluminación. En la bolera, bombillas de colores entre los árboles. De Bahía, de Rhin y de otras cafeterías llegan las canciones de la radio. En el Casinó Guixolense, el Quinteto Vienés toca, sin embargo, «Marina». Porque «Marina» es lo característico frente a estas aguas. Al lado de este casino de la gente bien, el Casinó de los Nois, sociedad de obreros, donde también hay fiesta. Un poco más abajo del monumento al ilustre hijo de aquí, Julio Garreta, autor de tan bellas sardanas, atracciones de ferias y puestos

de churros. En el monte de San Telmo se ve la iluminación en colores del Embassy, luces tan potentes también en el hotel Monthoy que sus haces iluminan casi toda la falda del monte. Mirando a San Feliu desde la baranda del mar, con su forma de media luna, parece una diadema fúlgida. Enfrente la luz verde de la farola del muelle reflejándose sobre el agua. Y, sobre todo esto, la luna, y las olas moviéndose dentro de sus reflejos. Es una luna rara que no parece llegar a iluminar la ciudad, sino el mar, como si sólo lo quisiera a él. Y esa canción que ahora trae la noche, desde un altavoz, parece hecha para la luna:

«Enamorada del mar y de ti...»

Y todo es tan maravilloso que una quisiera apresar estos instantes y sentirnos envidia de ese balcón abierto y de esas sencillas gentes acodadas en él. Son de San Feliu, viven aquí siempre, no van de paso como yo, ni sólo estarán unos meses como los veraneantes. Ellos en todo tiempo verán ese faro de luz verde y este espectáculo de la luna. A un lado, el monte del Salvamento, avanzando sobre el mar, parece un gigante acostado sobre las aguas.

Y guiada por canciones llego hasta el lugar más típico de San Feliu.

Se llama «El hueco de la pared», pero en inglés «The hole in the wall», y así lo conocen todos los extranjeros. Desde que salen de su país camino de la Costa Brava ya saben que tienen que visitar a «Canari», porque «Canari», un hombre bueno si los hay, es su dueño y canta ópera y canciones marineras. Catalán cien por cien, ha enseñado a su clientela a beber champagne en porrón. Desde muchas generaciones de taponeiros a la familia Myani, de un pueblo de aquí al lado, Cassá de la Selva, se les llamaba «los Canari», porque todos sabían cantar. El último tenor de los «Canari», Arnoldo, este hombre ahora de unos sesenta años, se fué de emigrante a Australia. Allí fué cortador de caña. Una vez, un famoso empresario lo oyó cantar y le costeó tres años de estudios de música en el Conservatorio de Sidney. Cuando terminó, Arnoldo era un estupendo tenor y no había quien cantara como él «Rigoletto», pues subía hasta donde la soprano. Recorrió toda Italia cantando ópera y un día, como su buen corazón no admitía ni comprendía las malas acciones por unos actores en los que había depositado su confianza y le defraudaron, dejó el teatro. Y se vino otra vez a San Feliu. Se compró una barca, a la que puso por nombre «Australia», y fué un pescador más. Cuentan que era emocionante oírle cantar ópera sobre su barca. Más tarde puso su taberna, que fué siempre de marineros y donde éstos tocaban el acordeón y las guitarras; pero los extranjeros descubrieron el rincón y ya desde entonces fué reunión de gente elegante. Xavier Cugat siempre que viene va a casa de

«Canari» y le hace cantar. Sólo hace tres semanas que ha estado aquí y dicen que lo que más le gusta es oírle cantar «Aida» y canciones del mar.

Hoy yo oigo a «Canari» cantar también «El bufa Mestral» que cantaron los marineros de la red. La vieja canción en la garganta de este hombre cobra toda su belleza y emoción. El me va pacientemente traduciendo la letra al castellano. Es un romance marinero en el que se cuenta cómo un hombre tenía la costumbre de llevar con él en la barca para pescar a su hijo de cuatro años para que se fuera acostumbrando. Una vez hubo un temporal y la madre creyó que ya no volvería a ver más a su hijito. Cuando por milagro se salvaron y la madre estrechó al niño entre sus brazos las palabras de la canción son de una sublimidad conmovedora. Haciendo una pausa «Canari» me dice:

—Ahora hay que llorar. Verá como llora.

Y él canta con tanto corazón que su voz llora y nos llena de sentimiento. Efectivamente, he llorado. Y como yo todas las extranjeras que había, aunque tal vez no lo entendieran.

En todo esto, la mujer de «Canari» repara en que estoy sentada en una caja de botellas. Y se extrema:

—Perdone, no me había dado cuenta. Siéntese aquí, en una buena silla...

Pero el marido la interrumpe:

—Déjala, mujer, si es lo típico. Ahí es donde le gusta sentarse a los millonarios. Se sientan aquí, sabe usted. Les gusta lo llano, sin finura, porque ya están cansados de ella.

Luego a casa de «Canari» llega la Coral Nueva Gesoria, compuesta por taponeiros, albañiles, pescadores y de todos los oficios. Este orfeón canta magníficamente. Se le llama de los hoteles para que vayan a cantar a ellos. Ahora vienen del Alábriga, y ante los veraneantes, huéspedes de este hotel, han cantado sus viejas canciones catalanas.

Cuando salgo de «The hole in the wall» los autos van camino del club Embassy y del hotel Montjoy. En este hotel hubo la otra noche desfile de modelos.

AQUI SIEMPRE ES FIESTA MAYOR

El Alcalde, don Roberto Palli, me dice:

—Aquí siempre parece que estamos en fiesta mayor. ¿No le parece?

Y, efectivamente, toda la temporada de verano es como una feria en San Feliu. Sin embargo, del 1 al 5 de agosto es la fiesta mayor en honor de su Patrón, San Félix. San Félix recibió aquí el martirio en los primeros siglos del cristianismo. Yo nunca había visto una imagen de San Félix pero ahora la he visto. Tiene el Santo una cuerda en la mano enrollada a una rueda de molino que está a sus pies. La explicación de esto es que le ataron a una rueda de molino y lo echaron al mar. Milagrosamente flotó y pudo salvarse, y por una roca horadada que dicen hay detrás del monte del Salvamento, el Santo logró salir del agua sin que sus perseguidores le vieran. Anduvo

hasta Gerona, en cuyas puertas cayó muerto de cansancio y de sufrimiento.

Y estas fiestas en honor del mártir son las que San Feliu celebra como fiesta mayor. Pero ya no se sabe qué hacer, porque ya se ha hecho todo. De todas formas, el Ayuntamiento tira la casa por la ventana. Procesiones, regatas, hockey sobre patines, sardanas, bailes de gala en el Casino. Y alma para organizar muchas de estas cosas es don José Anglada, con su exacto parecido con Vittorio de Sica, que tan pronto organiza una procesión como decora el salón del Casino para el baile. A Anglada se le conoce en toda Cataluña por sus artísticos dioramas navideños.

También se ha organizado la Exposición de artistas locales. Buenas pinturas y labores de artesanía. Entre los pintores me llamaron la atención Casellas, con un viejo rostro iluminado; los hodegones de Romaguera y la pintora, al estilo de Zabaleta, de Albertí.

Aquí converso con uno de los expositores, el maestro artesano, modelista de barcos en miniatura, Santiago Güito. El expone bergantines y goletas hechas con rara perfección. Su mujer, Dolores Mas, encajes de bolillo, pues el bolillo fué desde siglos un encaje tradicional en toda la costa gerundense; el «coixí de fer puntes», como se le llama aquí.

—Mire este bergantín, estilo 1870 —me dice el marido—; me lo ha encargado desde Lyon una señora francesa, madame Tebin. Estuvo el año pasado aquí y le gustaron mis barcos. Hace como me escribió encargándome éste. En cuanto termine la Exposición se lo enviaré.

UN TORERO CATALAN

¡Tarde de toros en San Feliu! Nunca ha habido toros en la Costa Brava y hoy los hay. Desde varios días antes, y sobre todo en la mañana de la inauguración de la plaza, hay verdadera fiebre por las entradas.

—Una de sol.

—No hay. Sólo quedan ya unas cuantas de sombra.

—¿Cuánto?

—Doscientas cincuenta.

—Pues venga. Que un día es un día.

Y los guixoleses andan todos de esta guisa tras de las entradas. Los extranjeros procuran reservárselas con tiempo, no sólo los

que están aquí, sino todos los que hay en la Costa Brava y aun muchos franceses del sur de Francia. La corrida empieza a las seis y media, pero desde las cuatro todo San Feliu está en la calle. Hay efervescencia, verdadero ambiente de toros. Han salido a la calle hasta las señoras ancianas que hace muchos años no salían, y que dicen a la nieta:

—Pero, hija, si yo no conozco ya a nadie de esta gente que veo...

A las cinco de la tarde hay por todas las calles un embotellamiento de coches magníficos. Viene gente de muchas campanillas del Hostal de la Gaviña de S'Agaró y de todas partes. A las seis menos cuarto, el coche del embajador de los Estados Unidos, mister Cabot Lodge, que asiste a la corrida acompañado de una de sus hijas.

La plaza que se llama «España brava» tiene capacidad para tres mil doscientos espectadores, pero se la va a seguir ampliando, porque aun no está terminada, hasta los siete mil.

Torean Martorell, Joselillo de Colombia y Joaquín Bernadó, barcelonés, de la calle de la Riera, hijo de un carpintero, y que ya lleva toreadas muchas corridas en la Monumental.

Los viejos taponeros y marineros, que nunca vieron los toros y consideran lidiar con ellos como una hazaña fabulosa, dicen, moviendo la cabeza, orgullosos de la valentía de este muchacho 'de diecinueve años:

—¡Hay que ver el «noí»! ¡Hay que ver...!

En el vestíbulo del hotel se espera impaciente la salida de los diestros. El comisario de Policía, don Daniel Garrido, granadino, está contento, casi nervioso, y lleva en su mano un álbum de piel.

—Es que mi pequeña colecciona autógrafos. Le voy a llevar los de los toreros. Es una novedad tan grande los toros aquí... Como si estuviéramos en Andalucía—me dice.

El primero que sale es Bernadó. La gente le coge las manos, se las aprieta:

—¡Bona sort, noi, bona sort!

Y yo creo que al muchachito Bernadó se le perlan los ojos de emoción.

Pero cuando sale Martorell, con el capote de azul y oro, ya terciado, y con una Virgen del Pilar bordada en él, ya no hay regionalismos, sino sólo España. La



Ajetreo continuo. Ir y venir hasta llenar de corcho el depósito del barco con destino a diferentes países

ovación que se le tributa es delirante, y se le acompaña hasta el auto.

En la plaza los extranjeros no perdieron la compostura, pero los guixolenses aplaudieron con tanto entusiasmo como los castizos de la Maestranza sevillana. Todo esto gracias a don Javier Pascual de Zulueta, propietario de la plaza, que ha hecho posible el milagro de toros en San Feliu.

Y dejo este pueblo catalán que dió su tributo a la Patria por las rutas del mar. En las naves que conquistaron Mallorca iban muchos guixolenses, y Don Juan de Austria también llevó con él a Lepanto ochenta capitanes de San Feliu. Ellos no solamente se trajeron una bandera tomada a los infieles, y que está en el Museo de Gerona, sino que el capitán Juan Camisón fué el que mató a Solimán. Y aquí está la calle del guixolés Juan Camisón, protagonista de Lepanto y tan exaltado por sus paisanos que os dirán siempre:

—Le cortó la cabeza al turco. ¡Se la cortó...!

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)



Los extranjeros beben champaña a lo castizo, con música de guitarra y palmas de «bailaora» gitana en la taberna de Canari.—Derecha: La red. Un factor principalísimo en la pesca, que a veces alcanza los doscientos metros de extensión y los treinta mil duros de coste

CRITICA Y RECTIFICACION

Por José María FONTANA

EL creer que seguimos a una bandera porque gritamos ¡viva! o que estamos contra otra porque vociferamos ¡muera! es un rasgo peligrosamente engañoso del hispano. Así se explican muchos auges y desgastes vertiginosos de voces y símbolos, así como tantas frustraciones y rebeldías.

Hay que entrar en el subconsciente de las partes y del todo del país, preparando la acción política con un cursillo de psiquiatría y psicoterapia. Tras las voces y las palabras, tras exaltaciones y desánimos, prestigios y desgastes, existe una carga de razones inconfesadas, y a menudo inconfesables, sin relación lógica con el vehículo utilizado para el vociferio. Toda la externidad expresiva de la dinámica política es un mero cauce o continente, cargado por los contenidos de las razones cósmicas más insospechables. Muchas pugnas políticas hispanas semejan conversaciones o sonidos, emitidos en una lengua de la cual hubiéramos perdido las claves lógicas y los tronques: resulta algo parecido a la Torre de Babel. El desconcierto colectivo proviene de que cada facción—a veces casi cada individuo—posee su clave secreta en el subconsciente, con lo cual ni nadie que juzgue por sus gritos sabe dónde está, ni mucho menos le es posible averiguarlo a los demás. Quizá por esto un político clarividente pedía la fijación «de unos postulados claros e inequívocos, sin dejarnos caer en las redes sutiles de las formas y de las palabras».

Una vez más hallamos comprobación de cuán deficientemente funcionan los mecanismos de medios-fines y causa-efecto, en la peculiar tipicidad del alma y cuerpo de España. La desconexión entre causa íntima y efecto verbal o expresivo es parejo a la habitual discordancia entre fines y medios. Si la primera afecta a la problematización de cada español—«la unidad en el hombre», la segunda, que emana directamente de ella es ya de inmediata trascendencia política—«la unidad entre los hombres»—.

Estos análisis previos son indispensables para enfrentarnos con la disociación existente—en parte, y susceptible de agudizarse—entre ideales y realidades, «destinos» y «deseos». España «oficial» y España «vital», cámara y calle.

Cualquier observador podrá constatar una cierta desconexión entre los elevados ideales y servicio a los «destinos» que predominan en el mundo «oficial», y la gama de concretas necesidades sentimentales y «deseos» que caracterizan el mundo «vital» y callejero.

Aquél, quizá alejado ante las reclamaciones y críticas de lo muy concreto; éste, ajeno al servicio de los necesarios ideales. El primero, abstraído en la exelsa superioridad de su alto servicio; el segundo, afincado en la inesquivable tangibilidad de su realidad más inmediata. Ambos discurrendo desesperadamente por planos paralelos, como Don Quijote y Sancho, cada vez más indiferentes y sin enlaces.

Hasta que llegue el momento en que uno obligue, en nombre del servicio a los ideales, a la aceptación resignada de la mudez a los discrepantes o críticos; mientras el otro, en nombre de las reivindicaciones insatisfechas, arremeta ya contra los mismos ideales: el discurrir indiferente de las paralelas tenderá entonces a convertirse en choque abierto. Que se produce, fatalmente para la estabilidad y progreso del grupo nacional, cuando se forma una extraña amalgama de nobles ideales, errores, servicios y abusos, que distinguen a un plano, frente a unas realidades, traiciones, ilusiones y bajezas, que caracterizan al opuesto.

Poco importa la atribución de céculas de culpabilidad, porque el sambenito nada resuelve y sólo encona. Que la extremización disasociante y polémica se produzca por la pérdida de equilibrio del

grupo gobernante como le ocurrió al conde de Aranda, o por las exigencias inviables de ciertas masas como las que condució Riego en 1820, es una fijación bizantina. Veámoslo como hecho colectivo, como interacción, como simple rotura del equilibrio necesario. Entonces el Bien y la Felicidad Pública se entienden y sirven, como entelequia aparte de la suerte individual de los súbditos, y éstos lo conciben y la identifican con el grosero visor de sus individuales y concretas aspiraciones y deseos. La estratificación de todos confinados en su alcalinidad y su acidez respectiva, hacen inviable la situación, e inevitable el revuelto desorden; que cumplirá una misión de mezcla de las sustancias aisladas y de enlace—forzoso, aunque cruento—de los planos paralelos.

El que esto no se produzca depende de que algunos nos sintamos entre la espada y la pared. De quienes, viendo las causas, razones y sinrazones del habitual y reiterado drama español, tengan el valor preciso para elevarse entre la pequeña inquina de los que cabalgan y el erróneo desvío de los que ladran; para hacer comprender a los más, que sólo el equilibrio unitario y comprensivo de los opuestos—la coincidencia sustancial—puede ser fecundo para «destinos» y «deseos». La obra primera de este grupo entre la espada y la pared se llama autocrítica honrada y sin adulteraciones. Creemos que a tal actitud se refería el Ministro Arrese cuando decía en el ágora manchega: «No existe pensamiento responsable sin autocrítica; luego no existe colaboración sin crítica al pensamiento de los demás. He aquí un nuevo sistema, que, ajeno a la unilateralización de los dos planos paralelos, pero participe en ambos pretende su enlace. Esperamos que esto se entienda así, y no como tardía recaída demolidora en el estilo apollinado de los Derechos del Hombre: si acaso pueden buscarse resonancias de la obra del filósofo de Mileto.

Hace unos meses, con ocasión de un viaje por La Mancha—y también publicada en EL ESPAÑOL aplicábamos al momento político unas tesis heraclíticas, y hete aquí cómo en el Campo de Criptana le brotó espontáneamente al Ministro Arrese el reconocimiento de la «*coincidentia oppositorum*» al efectuar un entrañable llamamiento a la unidad: «Me refiero a todos aquellos que el 18 de Julio buscaron por el camino de las armas, incluso por caminos opuestos, el ideal confuso de una nueva Patria».

Cuando se incita y se protege desde el Poder a que se critique y a quienes ayudan desde su oposición a depurar y rectificar—al mejor éxito de la obra del óptimo posible—, se cumple una función vital que ayuda al equilibrio y da continuidad creadora y estabilidad indispensable, descartando los peligros del monólogo, de la monotonía y de la unilateralización extremeña. En parte tampoco es un invento: antaño se llamaba «oposición de Su Majestad». Es la doctrina heraclítica que busca la limpia emisión de las tensiones opuestas para lograr una armonía sustancial. Es la colaboración de alcalinos y ácidos en la perfecta alimentación vigorizante.

Pudiera ser el inicio de un sistema peculiar y paradójico que aliara y utilizara la libertad y la autoridad, individuo y colectividad, unidad y variedad... ¡y tantos dilemas u oposiciones, espirituales y físicos, que, consciente o subconscientemente, viven en el alma de España!

He aquí el gran tema de todos los pueblos hispánicos (y quizá de otros—pienso en los árabes de parecido paralelo geocultural al nuestro—): búsqueda y arraigo del sistema que nos dé la armonía creadora y sustancial, como fruto de las tensiones opuestas que viven en la discordia de etnia y geografía, así como entre etnias y geas diferentes.

PEDRO DE LORENZO, HIJO DE EXTREMADURA



«Cuatro de familia» es el título del libro que Pedro de Lorenzo hojea ante las atentas miradas de sus dos hijos y su mujer

“CUATRO DE FAMILIA”, SU ÚLTIMA NOVELA, EL DECIMO LIBRO DEL ESCRITOR

FOR LOS CAMINOS DE LA VOCACION Y EL DESCONTENTO EN EL QUEHACER LITERARIO

EMPEZAMOS, LECTOR...

-- JAVIER, hijo, ponle aquí a padre tanto así de coñac y tanto así de sifón.

Cuando lo hace, Pedro de Lorenzo acaricia al mozo en la mejilla. Altos los dos, casi ya de la misma medida. Frente alta y testaruda la de Javier; más tranquila la del padre. Durante unos instantes me gusta verles así: juntos, parecidos y distintos. Como ha de ser.

Mientras se cierran las puertas de esta pequeña sala donde todo está usado y gastado por la vida íntima, el escritor comienza el tema de sus hijos. Del hijo bachiller y de la hija, bella, que estudia filosofía. Hay algo de coquetería. El más joven de la casa es Pedro de Lorenzo, misteriosa-

mente aññado y sobre el que se vislumbran, en esta tarde de San Pedro, las débiles arrugas que podrían cruzar un blanco papel de fumar. Esta vivaz juventud del autor de «Cuatro de familia», que juega a parecerse al muchacho que fué, parece un quijotismo, un luchar contra los molinos del tiempo.

He dicho que le visito en su casa el día de San Pedro. Le felicitan por teléfono. Le llega un telegrama de Matías Prats desde lejos. Y uno piensa que necesariamente Matías Prats estará radiando un partido de fútbol, pero puede que no sea así y esté sentado en el huerto de una casa de campo, sin ruidos, en las mangas de camisa del ocio.

Pedro de Lorenzo abre con un puñalito la piel de celofán de



La biblioteca es el refugio del escritor. A ella dedica sus horas libres



Pedro de Lorenzo, sorprendido en plena creación. La instantánea refleja, hasta en los mínimos detalles del rostro, una profunda concentración

«Cuatro de familia») y me dedica el libro; pero tengo que hacerle un reproche: escribe las mismas palabras que en otra novela que me entregó hace dos años.

—¿Qué número hace?

—Es el número diez de mis libros.

Vacila un instante. Después, como si sólo él pudiera calibrar el esfuerzo, añade suavemente:

—Escritos palabra a palabra.

SOBRE LA CLASIFICACION AZORINIANA

Estamos sentados. Pedro de Lorenzo tiene treinta y ocho años, redonda la cara, alegre...

—No olvides que soy hijo único. Unos ojos grandes, despiertos. Ojos de globo ocular fuerte, pesado, que en otro hombre serían ojos de pez. El pelo integro muy sobre la frente, pero ya jugando a aclararse con manchas grisáceas.

Literariamente, Pedro de Lorenzo es el estilo, la persecución y el cuidado de las formas de expresión. Por eso quizá se le ha clasificado como prosista azoriniano, como sucesor. Por encima de lo que pueda haber de justo o de injusto en ello, ofrezco una metáfora: Azorín y Pedro de Lorenzo son dos máscaras. El primero, la máscara de sí mismo, entregada, ofrecida, sugerida en el tiempo. Pedro de Lorenzo, paralizado en su juventud. Y los dos, Azorín y De Lorenzo, en decantación interior, en búsqueda, trabajo, armonía.

—Desde luego, entre los maestros que he tenido, que me he dado, Azorín me entusiasmaba precisamente como antídoto de mi temperamento: yo soy un barroco. Quizá la propensión al estilo ha motivado la clasificación que han hecho de mi obra, pero somos distintos. Lo mío es el río. Azorín, sin embargo, busca la economía en la expresión.

—¿Entonces?

—Creo que hay mucho de pereza mental en ello.

—Me decías que eras hijo único.

SOBRE LA VIDA FAMILIAR EN UN PUEBLO EXTREMEÑO

—Si, yo soy el único hijo de un matrimonio que no tuvo esperanzas de tenerlos.

Pedro de Lorenzo es abogado. Ha ejercido la profesión; pero, sin embargo, recuerda mucho más al profesor. Explica, define las cosas. Las toca con las yemas de los dedos, heridas levemente por la mancha amarillenta del cigarrillo.

—Mi padre tenía cuarenta y seis años y mi madre diez menos cuando nací. Vivíamos en un pueblecito extremeño de mil habitantes.

—¿Qué es todo eso para ti?

—Mucho. Se trata de un pueblo palúdico. Un pueblo hecho para la emigración, pero le quiero.

Extremadura es el pulso más hondo del escritor. Hay la Extremadura de los mapas, la Extremadura de los conquistadores. Pero existe también esta Extremadura de Pedro de Lorenzo solícita, rica, siempre cercana. Hace unos días, cuando fui a Mérida, me insistió: «No dejes de pasar por Cáceres» Y allí fui.

—¿Qué hacía tu familia en Casas de Don Antonio?

—Verás. Mi padre, como toda la línea paterna, era militar. Los desastres coloniales le cogieron en Cuba y regresó a España con el Ejército repatriado. ¡Imagínate Madrid en aquel tiempo! El caso es que en un estado psicológico de renuncia total se enteró que en Casas de Don Antonio tenía unos familiares y se marchó allí...

No sé por qué razón este hombre que busca el lejano pueblo para retirarse de todo después del «98» impresiona. Se lo digo a Pedro de Lorenzo.

—Hice de él un refugio en «Una conciencia de alquiler». Es don Pedro Mora—me contesta.

—¿Cómo era?

—Colérico, duro y solitario. No tenía cuentas con nadie. Se caso en el pueblo y prácticamente no salió de casa, viviendo en perpetua soledad.

Y, como siempre, el hijo entre dos polos. La madre era fina, delicada, a ratos pintora.

—Sufrió mucho, fué desgraciada; pero yo estuve al lado de mi padre. Hasta muchos años después no he meditado, dolorosamente, sobre ello.

—¿Tu padre siguió así, genio y figura...?

—Desde luego. Tenta yo veintitrés años cuando murió, pero me dejó una enorme sensación de soledad.

Ahora llega el Pedro de Lorenzo amigo de las claves (herencia, según él, de Juan Aparicio, del misterio de los números.

—Murió un 23 de agosto..., el mismo día que fray Luis de León.

SOBRE LA OBSTINADA VOCACION DE ESCRITOR

Pedro de Lorenzo, heredero de militares, inaugura la coyunda de las armas y las letras.

—La guerra la hice de corresponsal. Aquellos corresponsales con fusil; pero ya iba, ciertamente, de las armas a las letras.

Hablamos ahora del nacimiento del escritor.

—Yo era un niño solitario. Por reacción contra mi destino era travieso, pero no pasaba de ahí.

—¿Cuál es tu primer recuerdo de escritor?

Se ríe recordándolo. Su hija entra a ver de qué hablamos. Hay una pausa.

—¿Queréis tarta?

—¿Hay que comerla?—la digo.

—Hoy es San Pedro.

—Bueno, pues pastel.

Pedro de Lorenzo me cuenta sus primeros recuerdos de escritor. La infancia triscaba ya el apetito de las letras. Extremadura era ancha, silueta de encinas junto al pueblo. El Guadiana, desdibujado, junto a Mérida. Cáceres estaba a 27 kilómetros de Casas de Don Antonio y se iba y venía en una camioneta amarilla...

—Lo cuento en «Centenera»... pero, como te iba diciendo, mis primeros recuerdos están detenidos en el vuelo del «Plus Ultra». Sus aviadores eran los héroes de mi infancia.

—¿Cuántos años tenías?

Le cuesta hacer sumas y restas, pero al fin salen los nueve años. Claro que le he ayudado... porque a mí también me parecen difíciles.

—Entonces, imagínate, empece a escribir una especie de crónica del viaje del «Plus Ultra».

Después sigue la obsesión. A los once años se presenta un día

LEA TODOS LOS SABADOS

LA ESTAFETA LITERARIA

PRECIO 2 PESETAS

ante Narciso Maderal, un personaje fabuloso, director por entonces del «Nuevo Día», para iniciarse en periodismo. La cosa parece fantástica, pero aquel niño entregaba al director un reportaje de las fiestas del Pilar en Casas de Don Antonio. Era el año 1928. Pedro de Lorenzo ha nacido en 1917.

—Lo peor es que más tarde te daba la tabarra pidiéndole un carnet de Prensa.

—¿Y qué te decía?

—El hombre me quitaba de encima como podía diciéndome que sí.

—¿Has cumplido esa obsesión?

—Ser escritor no es una profesión, tampoco es una vocación, sino una maldición.

El destino del hombre es crecer. Se estiran los caminos, nace la Revolución, se cortan las espigas de muchos veranos.

—Hasta ejercí la abogacía en Valencia de Alcántara, cabeza de partido.

—¿Qué tal te fué?

—Creo que hubiera tenido fortuna, lo que se llama porvenir. En Valencia de Alcántara estábamos solamente otro abogado más viejo y yo.

—¿Qué piensas que hace un abogado.

—Defender lo legal, no lo justo.

De pronto, comienza a hablar del paisaje, del color, de la tierra de sus mayores: la tierra y los muertos. Valencia de Alcántara se cruza:

—¿Sabes? Es una pica de tierra extremeña que se mete en Portugal. Se trata, en efecto, de un paisaje gallego, dulce, que ha sido recogido muy bien en los cuadros del pintor Ortega.

—Esas experiencias, ¿las cuentas en algún libro?

—Sí, en «Gran Café», que será el tomo IV de «Los Descontentos».

El escritor lo trasiega todo en literatura. En el caso de Pedro de Lorenzo todo es motivación literaria, página del libro por hacer, página del libro recién terminado. Es un poco su retrato.

—El personaje que más me preocupa soy yo mismo...

SOBRE EL PERIODISMO: ESCUELA, TRABAJO Y BURIL

Pedro de Lorenzo ha hecho mucho periodismo. Es interesante siempre preguntar a un escritor lo que debe al periódico, al trabajo diario y fugitivo de un día.

—Sin el periodismo, posiblemente yo hubiera sido, únicamente, un virtuoso de la prosa; pero nunca hubiera conseguido, probablemente, la multiplicidad de los estilos...

Forma parte de la primera promoción de la Escuela Oficial de Periodismo. La abogacía se quedaba muy atrás; el dulce porvenir en una gran villa, con el Casino en las tardes frías, también...

—Yo he sido muy castnero; pero, naturalmente, mientras no tuve casa. Luego, todo cambió.

—¿Cuántos años tenías cuando te nombraron director del «Diario Vasco» de San Sebastián?

Ausculata la honda memoria. Ir hacia atrás no se sabe si es triste o alegre.



Una fotografía retrospectiva de Pedro de Lorenzo a los tres años, acompañado de su madre



Don Pedro de Lorenzo y García de Santiago, padre del escritor

—Tenía veinticuatro años y tuve suerte. Salí adelante allí; pero, sin embargo, tropecé otras veces en puestos de menos responsabilidad. La vida es así. Todavía era yo, entonces, el gran provinciano. El ímpetu, el temperamento, la salud provinciana... Todo me empujaba al choque.

—¿Es importante ese tiempo para ti?

—Desde luego. Acumulé experiencias, «hice dedos» en el oficio, pasé por muchas secciones, hice editoriales. Todo sirve.

—¿Cuándo aparece tu primer libro?

La respuesta es inmediata, sin una vacilación, redonda como la dicha:

—«La Quinta Soledad» la escribí a los diecinueve años, pero no se publicó hasta el verano de 1943. Mi mujer escribió el prólogo, abrió análisis, comprobaciones. Las «soledades» son muy españolas.

Su mujer trae ahora el café. Es menuda, aparentemente débil y tierna, pero recia por dentro, voluntad. Mira a Pedro de Lorenzo como a los niños.

SOBRE LA HONDA RAI2 MATRIMONIAL

Café en las tazas. Pausa segunda de la tarde. La familia está reunida nuevamente. Los recientes exámenes de los jóvenes de la casa se vuelcan en la conversación. Javier ha hecho ya, completamente solo, su primer viaje a Extremadura. El padre le dió instrucciones sobre lo fácilmente que se gasta un billete de Banco.

—Paga, por si acaso, antes que nada el hotel.

El chico debía reírse por dentro, pensando que uno sabe siempre desenvolverse. Su hermana, en el entretanto de la conversación, consigue fotografía en «exclusiva» de Aumente, que dispara la placa, feliz de congraciarse con ella, que anda parlara y riente por la casa.

Hablamos de esa honda raíz que es el matrimonio

—Yo me casé a los diecinueve años en Cáceres... Quince días después marchaba para el frente.

—En tu vida de escritor, ¿qué ha sido para ti el matrimonio?

—Lo ha sido todo. En una vida solitaria como la mía, mi mujer se convirtió en el interlocutor decisivo. Ha terminado por ser, además, el estímulo hacia lo noble. Mi mujer lo ha hecho todo, con sacrificio total de sí misma.

La veo ahora bien, como si, ciertamente, hubiera absorbido los vendavales de la casa, valerosa en el tiempo difícil, guardadora de niños y hombre. Recuerdo sus palabras: «A Pedro le tengo que dar café para trabajar... después, una pastilla para dormir y repentinamente, porque le asalta el deseo de escribir, una pastilla para despertarse...»

Recuerdo su sonrisa.

—Mira, Enrique, hay mujeres que retienen y otras que empujan. Mi matrimonio, por lo segundo, ha sido importantísimo en mi obra literaria.

—¿Ha pasado tu mujer a la obra?

—Interviniendo de una manera muy importante como protagonista y como personaje. También poenáticamente, como musa.

Se levanta y sirve en la copa, poemáticamente, como musa.

—Es curioso lo poco que habían los escritores de su mujer, cuando realmente, en el transcurso de la vida matrimonial terminan devorándola.



En el monasterio de Guadalupe, Pedro de Lorenzo y su cuñado, fray Pedro de Alcántara

SOBRE LA OBRA: DE LA VOCACION AL DESCONTENTO

Sobre la mesa están cuidadosamente colocados en carpetas los cuadernos de trabajo. Los libros que vendrán después de «Cuatro de familia» se agrupan ya en cuartillas. En una letra artesana y picuda, Pedro de Lorenzo va preparando sus guiones, haciendo anotaciones, apuntando el destino y alcance de los capítulos. Hay tal orden, tanta compostura que uno se queda un poco pasmado.

Pedro trabaja por la noche. Toda la noche.

—Se alcanza entonces el sobrecogimiento de la soledad.

—¿Qué es tu obra?

—Mi obra está todavía por hacer. No hago ningún libro sin necesidad absoluta de hacerlo, y si supiera que había hecho «esa obra» no escribiría nada más.

—¿Y qué te propones?

—Nada ajeno a la obra misma. No me propongo retratar o hacer un cuadro de mi época, sino hacer la Obra Bien Hecha.

—¿Cuál es la forma de expresión característica de nuestro tiempo?

—Parece que la novela.

Pedro de Lorenzo ha ordenado sus libros en ciclos o series que

responden a realidades interiores, íntimas, lógicas. El orden de los cuadernos, cuanto hay en Pedro de Lorenzo de pulcro y excesivo, de barroco y hondo se aquieta patéticamente en su prodigioso esfuerzo por lo bien hecho.

—He dividido mi obra en tres series: la Vocación y el Descuento...

—¿Cómo lo explicas?

—En la primera entran las obras de tanteo en busca de la mejor forma de expresión. En estos libros («Quinta Soledad», «Al Oeste, Portugal», «Tu dulce cuerpo pensado», «La sal perdida», «Fantasía en la plazuela», «Tiempos de España» y uno inédito) se cruzan todos los géneros: la prosa, el ensayo, el poema, la novela.

Es el hilo de fuego para buscar lo más próximo a sí mismo.

—¿De ahí a dónde se llega?

—Al Descontento, que es una serie de novelas reflejando una situación de la vida española, una situación mía y una repulsa de los mundos líricos. En los Descontentos comienzo, y se advierte, la lucha por la novela, pero por el camino del estilo, de lo bien escrito. Hay un riesgo: lo hibrado... que no se alcance el estudio las gracias de la novela.

—¿Cuántas novelas serán?

—Siete tomos. Más bien se trata de una familia de novelas, aunque no exista un orden cronológico. De unas a otras hay saltos hacia atrás o hacia adelante. Dos ya están publicadas, «Una conciencia de alquiler» y «Cuatro de familia», pero el resto las tengo perfectamente estructuradas.

En las siete novelas, Pedro de Lorenzo intenta todos sus aspectos: la novela biográfica, lineal, epistolar, poemática. Es un deseo de perfección grave, severo, casi endurecido de puro querer ser.

—Siete novelas es suficiente. La desaparición de Pedro de Lorenzo como novelista ocurrirá si no acierto a ello. No deberé insistir. Pero es la gran lucha por acertar.

—«Propósitos» será tu tercer ciclo. ¿no es así?

—Es la serie dedicada a recoger las conferencias, el diario íntimo, el poema...

He aquí al escritor. Se cierran sus cuadernos. Todo parece quieto, limpio de tragedia. Pero año tras año, en un desnudo afán de perfección, Pedro de Lorenzo comienza renunciando, aprendiendo, llegando su oficio. Maestro de la expresión, el escritor apura las metas a las que aspira, con lengua barroca, pero con detalles exactos. Bajo sus cejas, rubias, desdibujadas, sombra de cejas, miran los ojos quietos, paralizados y ávidos.

Están los cuatro a la puerta. Marido y mujer, dos hijos: cuatro de familia.

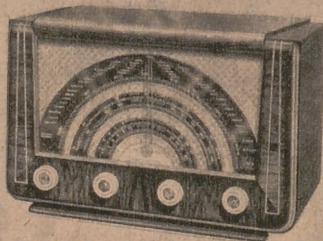
Pedro de Lorenzo vive en el paseo de Extremadura. En la calle, en esta noche, el puente sobre el Manzanares es atalaya y comienzo de viaje: Extremadura al fondo, el Guadiana ambiguo y bello corre por las tierras de Mérida, diana de ensoñación romántica del escritor. Ya es de noche.

Enrique DE LA MONTAÑA
(Fotografías de Aumente)

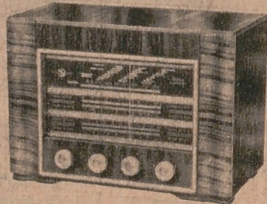
Tungsram

SIGUE TRIUNFANDO
CON SU
SERIE

Multi Band
CRYSTAL SOUND - SYSTEM (MANDO PANORAMICO)



IRIS



LUCERO

BARCELONA
CALLE CASPE, 12
Teléfono 210318



MADRID
AV. JOSE ANTONIO, 27
Teléfono 213734

ATENAS, UNA CIUDAD DE FIGONES Y TABERNAS JUNTO A LOS VIEJOS MARMOLES

TURISMO, TERTULIA Y NOVIAZGO A LA SOMBRA DEL PARTENON

(De nuestro enviado especial
L. ANTONIO DE VEGA)

EN el viaje de ida a El Cairo, el aparato hizo escala en Atenas, con el retraso que siempre hay que tener previsto para que no sirva de motivo de chistes la llegada y salida de los trenes españoles, bastante más formales en su horario. Debíamos llegar a Egipto a las ocho de la noche. A las once estábamos en Atenas.

El aeropuerto era como una plancha al fuego. Subía de la tierra un vaho caliente. La perspectiva de pasearme sobre una parrilla me hizo considerar con escaso entusiasmo la proposición de Ismael Herráiz de que, al regreso, nos quedáramos una semana en Grecia.

Parece que se trató de un día de calor excepcional, que ni los más viejos ni las más viejas de la localidad recordaban que un bochornazo como aquél, en el que no es que quemase el sol, sino que quemaba la luna, no se había conocido desde el Siglo de Pericles. Debe ser cierto, porque cuando aterrizamos, por segunda vez, en Atenas con ánimo de quedarnos unos días, nos estaba esperando una risueña primavera que no nos abandonó durante nuestra estancia en la capital griega.

Igual que todos los viajeros que se han presentado en esta ciudad desde que sobre su pavimento comenzaron a rodar los primeros taxis, apenas habíamos dejado las maletas en el hotel detuvimos un coche y dijimos lo que todos los que nos precedieron han dicho y lo que dirán los que nos sucedan:

—Al Partenón.

Antes de que rodaran los neumáticos, esa misma orden la dieron a los cocheros y en la misma



Atenas vista desde la columnata del Partenón



Muchachas griegas ataviadas con el traje nacional, muy semejante al albanés

dirección se lanzaron las ruedas enlantadas.

—Al Partenón.

¡Lo que es una buena propaganda! Gentes a las que no les importa un higo seco la arqueología, que en su vida han oído hablar de Pericles ni de Epaminondas, caballeros con mucha más afición a descubrir un figón donde se coma bien que una caríatide, ancianos arterioscleróticos que lo que ansían es que les de-

jen en paz en un rincón cómodo y con una botella de whisky al alcance de la mano para regar de vez en cuando su arteriosclerosis viejas que en su vida se interesaron por más artes que por el bordado y el zurcido de calcetines, todos, ganados por la propaganda que se le viene haciendo desde que lo concluyeron de edificar, se lanzan en la misma dirección:

—Al Partenón...

Bastantes se sienten defraudados al ver tantas ruinas, pero disimulan su contrariedad y aseguran que es muy mono, aunque no tanto como El Escorial, lo que da motivo para iniciar una polémica y desentenderse de la preocupación de si será tan fatigoso bajar los peldaños—más de ciento y de una altura propia de ciclopes— como ha sido subirlos.

El taxi os deja en una explanada y desde allí hay que lanzarse a escalar este Everest en miniatura. Por un momento estuve tentado a tirar la esponja y a decir que la Acrópolis ya la había visto en el cine, que es donde verdaderamente ganan los monumentos, porque los fotográficos desde todos los ángulos y no se perciben los deterioros ni las desconchaduras, pero por fin, me decidí a trepar hasta el Partenón, pensando que los griegos carecen de un sentido exacto del confort, y que los bilbainos, para subir a Begonia, desde Iturribide, que no tiene ni una millonésima parte de la fama y del prestigio

del Partenón, hemos puesto dos funiculares.

Un país turista que se envanece de poseer el Templo de los templos debía servir las raciones de arqueología con mayor confort. Llega uno a la cima con la capacidad de entusiasmo bastante disminuida, y lo primero que hace es aplazar la visita a los templos y ver si queda vacía alguna plaza en los bancos.

Todos los viajeros que han visitado la Acrópolis, a poco que supieran escribir se lanzaban a una descripción de los monumentos y a hablar de columnas, de estatuas, de capiteles y de arquitrabes. No sé de ninguno a quien llamara la atención la vida y no la piedra, la gente antes que el mármol.

EL EVZÓN DE LA ACRO- POLIS

La Acrópolis, una tarde de domingo, es como un merendero de Cuatro Caminos donde no merendara nadie, ni dejaran poner la radio. Por esto resulta un poco soso. Allí van de excursión las familias artesanas, el padre, la madre, los chicos la abuela. Claro que no les guía un afán cultural, porque a las cariátides las tutean y los edificios se los saben de memoria desde que subían y bajaban los peldaños a rastras. Van a tomar el aire, a hacer ejercicio y para que los niños vean al evzón, que es un señor altamente pintoresco que calza unas sandalias con unos pompones muy grandes, unos calzoncillos largos de los del doctor Rasurel, sólo que mucho más ajustados, sobre los que se coloca dos innecesarias ligas también con sus correspondientes pompones. Encima de los calzoncillos unas enaguillas muy rizadas y vaporosas mangas. De vez en cuando saca, de las citadas mangas, una corneta y hace tarari tarará.

Le quita un poco de gracia el que tras él vayan constantemente media docena de fotógrafos ambulantes, de los de cajón y pajarito, con sus máquinas de madera y sus trípodes al hombro, invitando a las inglesas de un turismo

de pan y sardina a que se retraten al minuto con el evzón y luego le manden la fotografía a su nieto, que está en Oxford de bedel de la Universidad o engrasándoles las botas a los del equipo universitario de rugby.

Todas las inglesas a quienes vi que abordaban los fotógrafos ambulantes se ruborizaron mucho, porque no les parecía correcto retratarse en compañía de un caballero que había dejado olvidados los pantalones en casa y que, por añadidura, estaba todo lleno de perifollos y de pompones... ¡Y con tantas puntillas...! ¡Y tocando la corneta! No les parecía serio, pero se animaban unas a otras y terminaban por retratarse como quien comete una travesura.

El evzón está muy acostumbrado a que le retraten, y mientras se encuentra en la Acrópolis es como si estuviera actuando en un escenario. Lo penoso es después. Cuando llega la hora de regresar a casa. Espera a que anochezca, porque vive en un arrabal lejano y no quiere que le vean por la calle, vestido de anuncio del doctor Rasurel, los chiquillos, amigos de sus hijos, ni con las puntillas y las mangas vaporosas.

A la sombra del Partenón florecen todos los idilios atenienses en los que el novio se encuentra desadinerado y no puede llevar a la novia al cine. Junto a los mármoles ilustres y con un viento que no deja en paz las faldas de las mujeres ni las enaguillas del evzón, se forjan, cada domingo, proyectos nupciales, un poco apresurados porque hay que bajar a la ciudad antes de que anochezca, para no descender rodando por los escalones, pinos y desiguales. El duro mármol del Atica ha llevado a las casas de socorro a muchas románticas muchachas impecuniosas que se retrataron en su romanticismo y bajaron de la Acrópolis dando tumbos.

La Acrópolis está llena de gente, pero allí nadie vende nada, ni refrescos, ni helados, ni cacahuetes. Es una erudición seca la que se adquiere. Debe ser el único lugar del mundo que no ha sido invadido por esa infecta bebida

norteamericana. En El Cairo, en la misma orilla de las Pirámides la vendían... Y también otras cosas más bestebibles.

Las familias se dan un largo paseo, se asoman a la atalaya, contemplan un ratito la Atenas moderna y lo que queda de la Atenas antigua y se vuelven todos a casa empujados por el viento el padre, la madre, los chicos, la abuela el abuelo y la vecinita de enfrente que les acompaña en la excursión a ver si pesca novio, aunque sea en los de la clase de los que van los domingos a la Acrópolis, que son de los más menesterosos de la ciudad.

En esta explanada se han oído gritos de admiración internacional proferidos en todos los idiomas. Justificados, naturalmente. Pero un reportaje no puede, o no debe ser una exposición de monumentos y de visitas a museos. Para eso están las guías turísticas y los pelmas que las estrujan como si en vez de guías fueran limones. En todo caso, el «Espasa» puede sofocar cualquier apatencia arqueológica.

La Acrópolis es una especie de puzzle magnífico al que le faltan bastantes piezas, unas porque las ha destruido el tiempo, otras los cañones y algunas porque se las han llevado. El caballero que con más feliz resultado se lanzó a llevarse cosas de la Acrópolis fué un embajador inglés, lord Elgin, de quien la Prensa se ha ocupado muy poco y las guías turísticas nada. Lo que considero una falta de curiosidad por las andanzas de Su Excelencia.

Lord Elgin pasó por Grecia en año 1801 como un vándalo por Europa o como un romano por Numancia.

En el templo de Minerva vio un friso y le gustó. Tampoco le desagradaron las estatuas que según le informaron, las había esculpido un muchacho llamado Fidias. Eran las más perfectas de los frontones. Como aquello no era de nadie se las llevó a su casa y luego las embarcó dirección Londres.

Un acto que no se atrevieron a cometer ni los jenizaros durante el tiempo que Grecia perteneció a Turquía.

Si lord Elgin prolonga algún tiempo más su estancia en la Embajada de la Gran Bretaña en Grecia, transforma la Acrópolis en una escombrera.

EL VESTIDO DE LAS MU- JERES

La Acrópolis tiene varias atalayas para la contemplación de Atenas. Puede ser vista desde los cuatro puntos cardinales. No tan bien como desde el avión, pero lo suficiente para hacerse una idea de su extensión y airear viejas historias.

La Acrópolis es una alcazaba de mármol, y sin cañones. Como todas las alcazabas, domina la ciudad, que es ciudad desde hace muy poco tiempo. No me refiero a la época en que solamente ocupaba la cumbre de un cerro del tamaño de un pañuelo y que todavía le quedaba una punta por edificar, sino a otra más reciente, en la que no podía competir en importancia demográfica con Navalcarnero.



Soldados griegos, con sus uniformes típicos, durante una parada militar

Cuando el Gobierno decidió trasladar la capital de Grecia de Nauplia a Atenas se encontró con que el número de casas no llegaba a trescientas, por añadidura todos en ruinas. El puerto de El Pireo no existía ni siquiera de nombre. Durante mucho tiempo la población se estancó en los trece mil habitantes. Era bastante para una aldea que no pasó de los mil doscientos.

No hay que desorbitar las cosas, pues no se trata de rodar una película de la independencia helénica, con la entrada del ejército por puertas ciclópeas en una ciudad ciclópea también... Una aldea miserable con mil doscientos habitantes alojados en casas en ruinas. Es preciso loar el desprendimiento de aquellos vecinos, puesto que, teniendo a mano tantas piedras y mármoles, no se les ocurrió llevárselas y echarles unos remiendos a sus moradas colocando a la puerta una cariátide.

Tal vez previeron que si lo hacían era tanto como si retorciéran el pescuezo a la gallina de oro del futuro turismo.

Lo que no se me alcanza es cómo adivinaron que, pasados unos lustros, existiría la industria turística.

No os fiéis de las guías. Por lo menos en lo que se refiere a la indumentaria. Yo leí lo siguiente:

«La infinidad de trajes distintos que se ve en las calles da a la ciudad carácter pintoresco, sumamente agradable. Las mujeres del pueblo llevan un birrete de lana encarnada y cierto tocado del país que sujetan con una presilla de oro. El traje nacional es el traje albanés, birrete de lana encarnada con gran borla azul, chaqueta azul o encarnada, de mangas abiertas bordadas ricamente, chaleco bordado también, camisa de largas mangas flotantes. Las mujeres de los campesinos albaneses, que podría decirse que son los griegos modernos, usan todavía su traje propio, que tiene el encanto de todo aquello que es característico de una raza: larga camisa bordada en las mangas y en la parte inferior; enagua corta de lana blanca, a guisa de basquiña; cinturón atado muy bajo; cadenas, formadas de monedas unidas entre sí, y que son el adorno de la cabellera y del cuello...»

El traje de las albanesas, a quien debe considerarse como griegas modernas, supongo que sin el beneplácito de las propias griegas, no lo he visto en ninguna parte. El otro, sí. En muchos sitios, en los escaparates de los comercios, en las vitrinas del aeropuerto donde venden «recuerdos de Grecia», a los que esperan a que reposte el avión... A la gente que va por las calles, no; solamente a los muñecos. En cuanto a la indumentaria, los hombres visten como usted, como yo y como nuestro amigo don Braulio, y las mujeres como nuestra tía Elena o nuestra prima Pepita.

Las del pueblo igual que las del Puente de Vallecas. Hasta se les dan un aire.

De los 13.000 habitantes, la población ateniense dió un salto a los 42.000. En la actualidad asciende a 700.000. Es un estirón terrible, más si se tiene en cuenta que desde entonces Grecia ape-



Un restaurante al aire libre. La tarifa con los precios aparece en lugar bien visible

nas ha hecho otra cosa que guerrear. Primero con los turcos, en la guerra turcocalcánica, aliada a los serbios, búlgaros y montenegrinos. Inmediatamente después contra los búlgaros llevando como asociados a los montenegrinos y serbios y, por añadidura, les echaron una manita los rumanos.

No habían pasado dos años y ya se veía mezclada, aunque contra su voluntad, en la primera guerra mundial al lado de las Naciones Aliadas. En cuanto acabó el conflicto se vió envuelta en otro con Kemal Pachá y los turcos que estaban dispuestos a no tolerar que ningún país extran-



El Partenón es una atalaya en el paisaje de Atenas, que desde la montaña descende al mar

jero tuviese colonias en Asia Menor.

En la segunda guerra mundial sostuvo primero la lucha contra Italia. Después contra todas las potencias del Eje, y al finalizar esta, contienda una guerra civil con los comunistas del Norte, apoyados por Albania, Bulgaria y Yugoslavia.

Pues aun así pasó la población de poco más de un millón de habitantes a cerca de ocho millones. Y hay que contar con que el griego emigra. A América, a Egipto, a los países de Arabia. Es una superproducción humana, un estajanovismo que le va a colocar por encima de las naciones que tienen mayor número de habitantes. Si a los griegos les dejan en paz, en unos pocos años su Reino tiene más pobladores que Rusia y Estados Unidos juntos.

Un viajero de 1856 escribió que desde la Acrópolis se divisaba una aldea un poco grande. Hoy lo que se divisa es una ciudad que parece que no termina hasta que se le ocurre meterse en el mar. Atenas no ha aceptado como El Cairo, la arquitectura del «building». Sus casas son de cuatro o cinco pisos.

FIGONES Y RESTAURANTES EN LAS CALLES DE ATENAS

Vista desde dentro, la ciudad es alegre. Con muchas fruterías que lanzan su mercancía a la conquista de las aceras, muchas tiendas de flores, unos quioscos bonitos y siempre mucha gente en la calle. Pero en lo referente a vestidos pintorescos no quedan más que el del ezvon de la corneta y los de los popes, provistos de las mejores barbas de rito oriental que se conocen.

Atenas es tan oriental como pueda serlo Valladolid, pero tiene muchos más figones y restaurantes. Una noche me lancé a su descubrimiento. Recorrimos un gran número de ellos y, por lo que me concierne, establecí contacto con diversos vinos del país, que no todos se los recomiendo a ustedes, principalmente uno que se llama resinoso. No me explico qué tiene que hacer el pino en el jugo de la vid. Más que aceptable el Samos.

En los restaurantes comence mi peregrinación por un barrio donde una puerta sí y otra también es un figón. Agradable perspectiva para un tripasai. Dominaba a todos los olores el del cordero asado. Habrá quien imagine que el cordero asado no huele a nada o huele tan poco que no se percibe su olor. Bien... Que en una calle entera, muy larga y poco ancha, cien cienenzudos figoneros se dediquen a la tarea de asar corderos y veréis cómo se perfuma el ambiente.

Comimos también en una «rotisserie», en la vía pública, donde asan pollos como pavos. Corderos también, naturalmente. Y en el Averof, un restaurante donde dicen que no comen más que los millonarios. Es enorme y tiene un jardín interior. Como yo tengo anclada la idea de que, de no ser en el Sahara, en ningún sitio hace tanto calor como debajo de los árboles, nos quedamos en el restaurante, donde tuvieron una gentileza que hará que no me olvide del Averof. El «maitre» es un ma-

go. Se me quedó mirando unos momentos y luego dijo en francés:

—Al señor le voy a servir un entremés que estoy seguro que va a ser de su agrado.

—Probemos.

Me sirvió una langosta entera. No muy grande, pero entera. La sacó de su cascarón y la colocó en un canapé de lechuga en la que había dos capas, una de salsa tártara (o algo semejante) salpicada de alcáparras y la otra de mantequilla.

Esta clase de entremeses sorpresa debía ser copiada por los restaurantes españoles en beneficio de su buen nombre y en perjuicio de los repugnantes gallos de mar disfrazados de lenguados y de la inocua y anémica ternera a lo doña Evarista.

No se puede dar una impresión exacta de si la vida resulta cara o barata. En los figones del barrio ese, que no sé cómo se llama, os parece que os han regalado la minuta. En el Averof sacáis la impresión de que allí no regalan nada y hasta se escurren un poco en el precio.

En algunos lugares elegantes veréis la palabra «salmonetes», en griego, que quiere decir que es como si no la vierais. Si lo pidierais, fijándoos únicamente en el precio y diciéndoos que un día es un día y que por gastar el equivalente a cincuenta duros en un plato no os vais a arruinar, quedaríais gravemente arrepentidos. Allí donde dice, en caracteres cirílicos, «barbunias» hay que traducirlo por salmonetes. Os sacan dos, en edad púrpura, y es por eso por lo que tenéis que pagar las doscientas cincuenta pesetas. Salmonetes se vienen a pescar siete u ocho al año en toda la costa griega. Esto, y no su calidad explica el astronómico precio que alcanzan los en otras partes modestos peces.

No os lancéis a hacer experiencias con la carta ni al juego de «vamos a ver qué es esto». En seguida os encontraréis con media docena de albóndigas de una carne fría y nada deleitosa, forrada con hojas de viña, cocidas alrededor. Se come la hoja de viña, pero yo no se lo aconsejo a nadie. Los «beurreks» son también hojas de viña guarnecidas con un batido de queso y carne de cordero. Las salchichas, las rellenas con cordero y si las asan a la manera de los pinchitos morunos las llaman «kokoretsi». Hay también, como platos típicos, la «musaka» y los «mezedesá», que son los entremeses, a base de riñoncitos de cordero, asadurita de cordero y corazoncitos de cordero.

Ya os habréis dado cuenta de que el plato nacional es el cordero.

En la misma embustera Guía dice que por cualquier parte que

vijáis dentro del mapa de Grecia encontraréis rebaños y más rebaños de corderos guiados por bucólicos pastores que tocan la flauta eólica.

En el viaje de sesenta kilómetros que hice hasta Poseidon no vi ni un solo corderito, ni un pastor, ni una flauta eólica por ningún sitio. Probablemente los importan.

Asombra la cantidad de dulcerías, de pastelerías, de quioscos con vendedores de dulces que hay en Atenas. Debe ser el postre que pone fin a la comida básica de cordero. Hay una confitura hecha a base de rosas, que yo creí que era un perfume; otras, a base de huevo, de verdad, no de cremadinas, que se llaman halva y baklava... Cientos de clases de pasteles. Excelentes si me gustaran, que no me gusta nada que esté dulce, y muy baratos. Las ciruelas con miel, en las que el hueso ha sido sustituido por una nuez y antes de enmellarlas las han dado un baño en té, despertaron mi entusiasmo poco más o menos como los pollos en almíbar de Marruecos, que me hacían declinar cualquier invitación de mis amigos árabes a que fuese a comer en sus casas.

Los sitios más divertidos de Atenas son las tabernas, que aquí no escriben taberna, sino taperna, donde sirven varios platos y entre ellos los pinchitos de cordero perfumado con hierbas de la montaña. En las más distinguidas están los buzukias, que son unos señores con mandolinas y guitarras. Allí no se prohíbe cantar. Por el contrario, os invitan a que cantéis algo por vuestra cuenta y bajo vuestra exclusiva responsabilidad.

En algunas incluso se han celebrado exhibiciones de vestidos. Cada país tiene sus costumbres y no hay por qué reprochar las de ninguna parte, lo que no es obstáculo para que no conciba un desfile de las chicas de Marbel o Balenciaga en la taberna que tiene en la travesía de la Comadre Paco el Tuerto.

Me enteré porque escuchando a su amiga y no importándole nada de la música de los buzukias, había una dama francesa que decía a su tabernaria compañera:

—Ma chere. C'est rudement épatante... En soie imprimée, d'an camaieu jaune, robe toute jolite, toute simple pour les bals déte.»

Supuse que no se podían decir más cursiladas en menos palabras, pero la colega se despachó así:

—«En tolle bleue, ma chere, en toile bleue, brodée de grosses roses blanches, jupe montée a plis pines sous la taille...»

¡Y para esto ha venido uno a Grecia!

Con tanto «toile bleue» y tanto «totute jolite» tomé una decisión bastante importante.

—Mañana me dije iré a descubrir el Mercado de las Pulgas. Necesitaba un baño de cochembre para quitarme de encima aque los repulsivos «plis pines sous la taille» y los no menos odiosos «robe toute jolite».

Hasta a la sombra del Partenón tienen que ser cursis

Luis Antonio DE VEGA

LEA TODOS
LOS MESES
POESIA
ESPAÑOLA



¿Es añejo? si señor
 y por ser GONZALEZ BYASS
 es algo más todavía
 ¿algo más?
 ¡¡¡Que es el mejor!!!
 Solero



BRANDY
SOBERANO

GONZALEZ

BYASS

"RASGO" PUBLICIDAD - FRANCISCO ROJAS, 5 - MADRID

MEJICO, ANTIGUO Y SEÑORIL



(Desde Méjico, por Enrique Ruiz García,
especial para EL ESPAÑOL)

Por cualquier parte que se salga de Méjico tiene uno que cruzar, lo quiera o no, por el ancho y dilatado mar de las colonias de chalets. Las hay de todos tipos y clases. Unas, las que fueron señoriales hace cincuenta años arrinconadas y encogidas ante la estructura ultramoderna de la colonia de Las Lomas o del Pedregal. Pero, en realidad, la enorme ciudad se extiende, de acuerdo con su vieja estructura colonial, con un hondo y misterioso sentido individualista. En el «mero» centro se levantan los rascacielos, las grandes edificaciones que aparecen también en los barrios antiguos; pero Méjico se alarga infinitamente buscando la cola de una ilimitada extensión territorial. El máximo placer parece ser vivir en las zonas residenciales, en las colonias lejanas, prolongándose así la ya larga y ciudadana armonía de las casas que tienen dos pisos como máximo. Y quizá en eso radica el misterioso encanto, la prodigiosa arquitectura de lo viejo y la nuevo reunido, en un contraste que alcanza a la vida toda, al compás de los palacios señoriales, de las fachadas del barroco colonial, que de pronto, oscurecidas por el tiempo se asoman a lo largo de la calle de Madero o de Isabel la Católica como la osamente de un mundo antiguo y remozado.

TAMBIEN AQUI HACE FRIO

Méjico tiene dos millones de kilómetros cuadrados y es una nación de verdaderos contrastes geográficos. El desierto y el bosque, la cordillera y el volcán. Los caminos, como tendidos a lo lar-

go del mundo, muestran todavía en muchos sitios las antiguas calzadas de los conquistadores y colonizadores españoles. Esto, en fin, que tanto calienta el corazón, que le da ese irrefrenado sentido del universo de la lengua española.

Pero lo que yo quería decirles es que esta geografía impone los contrastes. Méjico capital, dicen por aquí, es región de eterna primavera. Vivimos bien altos, a los 2.200 metros, y hay quien se ahoga. Ahora, como si estuviera previsto, todas las tardes llueve. Una lluvia honda, torrencial de gotas gruesas, enormes, cristalinas, que se evaporan una hora después y no parecen haber caído nunca. En la capital hace fresco. Al mediodía el sol es un leal amigo que hace olvidar que en la madrugada el termómetro puede bajar bajo cero. Así, en unas horas, se producen los grandes cambios. Pero el cuerpo lo aguanta, la vida es incitante y tira hacia arriba.

LA VIDA SE LLAMA TRAFICO AUTOMOVILISTICO

Sin embargo, no se ve apenas un abrigo. La gabardina tampoco es, a pesar de la lluvia, una prenda que destaque en la calle..., y todo porque la calle es el reino del automóvil. Del automóvil pantagruélico, del automóvil elevado al cubo. Claro que el americano el grande grande, aunque el «Volkswagen», el coche popular alemán, comience a planear una batalla interesante y se asome, como corcel pequeño, en todas las avenidas. Pero tendrá que reñir bastante, porque el coche grande se lleva todas las admiraciones. El otro día, y sirva

LAS RUTAS DE AMERICA CON NOMBRES LA MADRE PATRIA

EL QUERETARO, A LA SOMBRA DEL ACUEDUCTO CONSTRUIDO EN EL REINADO DE FELIPE V



Arriba, de izquierda a derecha: La capilla que recuerda el lugar donde fué fusilado el Emperador Maximiliano.—Una escena en el acueducto de Maximiliano junto a Mejía y Miramón, el 16 de junio de 1867.—Un rincón de Querétaro, en la esquina misma donde se encuentra el típico «mercería». Los indios, sentados en el bordillo de la calzada, ofrecen su mercancía, en una zona que, por su gran longitud, bajo la canícula de la ciudad

el ejemplo, después de visitar al maestro Vasconcelos en su cuartel general de la Biblioteca de Méjico, me invitó a regresar a mi casa en su coche. Es un «Fiat». El conductor lo guía displicente, como si no fuera con él.
—¿Qué tal va?
—le pregunté,
—Pues qué le digo, señor, corre poquito.
Yo, con mi pulso europeo, veía que corría de lo lindo, pero a él no le convenía.

—Piense que he llevado durante diecinueve años un carro americano, y pues no...

Los taxis son igualmente, coches último modelo, con el color que tuvieron al salir de las fábricas. Sólo la matrícula amarilla y la banderita de «libre» denuncian al coche de servicio público. Los taxistas los «ruleteros», como aquí les llaman, en atención a que giran como en una ruleta, sin poder estacionarse en ningún sitio, no llevan uniforme.

En la cabeza, el sombrero de fieltro, el sombrero de paja, ladeado y torcido a lo vaquero, o el pelo negro desnuda la frente, sorteando misteriosamente la cola roja, verde, violácea y multicolor del tráfico.

Estaba contándoles que salíamos de Méjico capital para bus-

car los Estados. Vamos camino de Querétaro, a 250 kilómetros. Por la colonia de Las Lomas los dulces gladiolos separan suavemente las dos calzadas. Desde los 2.000 metros de la capital vamos ascendiendo, casi insensiblemente, hacia los tres millares. En los oídos, al llegar al alto de Las Cruces (3.050), tintinea la nostalgia del avión. A lo largo de las montañas, hundido en los abismos, el bosque de los pinos parece empeñado en una oscura guerra con la niebla.



Retrato al óleo del Emperador Maximiliano

Bajando un poco está el primer «campo de turistas» con su estancaje de truchas, jardines, bancos y mesas esparcidas por el campo. No muy lejos está una Universidad norteamericana, bueno, una especie de «College» de verano, rodeado enteramente por los automóviles. Mientras tanto, en la carretera, a lo largo de ella, en los recónditos sitios de la muerte, se levantan muchas cruces. Sobre todo en las curvas: es la prisa. El acelerador es el gran señor de la ruta, el personaje automático que nos acompaña.

Una cosa simpática y personalista. Los camiones y los autobuses mejicanos llevan lemas alegóricos. Lemas profundos, sere-



En esta puerta, conservada a pesar de las modificaciones sufridas por el terreno, fué detenido el Emperador Maximiliano

nos, rebeldes, humoristas. Cada uno es cada uno. Pasa éste que dice: «El peligroso». Pasa otro, «Méjico el Bravo». Nos alcanza uno con el bello y fanfarrón de «El furioso».

Hacia Salazar una zona donde suele nevar alguna vez y que se convierte, por tanto, en punto de peregrinación de los pueblos que no saben de la Navidad helada. en el kilómetro 41 me señalan la maliciosa curva por donde se escapó el «Pegaso» que corría en la Panamericana. Muy cerca, con esa dulce cadencia del lenguaje mejicano, corre el río Hondito.

LA ZONA DE LAS VIÑAS DE PULQUE

La carretera es una aventura. Cada nombre quiebra dentro de uno montones de recuerdos. Ahí, al alcance de los ojos, está Lerma, donde los indios esperan tranquilos, sin prisa, la llegada de los autobuses de línea. Ellas con su eterno rebozo y sus negras gruesas y poderosas trenzas. Por el río Lerma, con su carga de leña, un indio navega al estribo de Xochimilco, tal como nos lo contó en ocasiones la cámara de Figueroa, sobre unas tablas, empujando la embarcación con un remo.

Lo fantástico es ahora el paisaje. Atravesamos una zona de

viñedos. Pero no las viñas clásicas de La Mancha, sarmentosas y alegres, sino las del maguey, el espio muy común en España y silvestre, que produce aquí el pulque, la bebida del pueblo. El maguey se extiende ceremoniosa y sistemáticamente sembrado en hileras perfectas bien trazadas. Viéndolo me prometo silenciosamente probarlo una vez al menos. Como el tequila y el mezcal..., aunque sea un poquito, claro; pero tengo que añadir que el otro día un amigo mío, austriaco, pidió su tequila doble y lo tomó sin hacer el menor caso del limón y la sal que acompañan normalmente a esta bebida para hacerla probablemente más llevadera. Total, que me hizo desear el miedo a la dulce y peligrosa afición. De todas formas quedamos en que algún día probaré. Ya les contaré mis experiencias.

Mientras tanto los ranchos van poniendo nombres sonoros, bellos y tesneros a la ruta. La hacienda Doña Rosa, Rancho Colorado y muchos otros más.

EN TOLUCA, LOS SOPORTALES RECUERDAN A ALCALÁ DE HENARES

Toluca es como una vieja ciudad española que tuviera, sin embargo, una gran vida interna.

Resplandece bajo el sol. Está limpia y las iglesias (siempre que se hable de Méjico hay que referirse necesariamente a ellas) aparecen en cada esquina. Damos vueltas por sus calles silenciosas y nos encontramos con una escuela-hogar que tiene por nombre este bien alto de «Isabel de Castilla».

Por entre los soportales, que ocupan toda una manzana, se levanta la cestería de mimbre, la graciosa y tradicional artesanía indígena. Las indias, con su lento y curioso andar, despacito y ligero al tiempo, llevan a la espalda, maravillosamente entrelazados en los rebozos, a sus hijos. No se ocupan de ellos; las manos están vacías para el trabajo o la marcha. Nadie llora.

En la plaza, frente al Ayuntamiento una familia india ofrece, sin hacer un gesto, su mercancía de flores. A la salida de la población una iglesia colonial, de cúpulas redondas, descolorida y bella aún, parece el primer centinela en el inmediato mundo de los maizales. Estamos en una región que recuerda en ocasiones, el norte de España. Abunda el ganado y el cielo tiene su tóxico grisáceo de nubes. Su sombrero.

Cerca de la carretera pasa la vía férrea. Un grupo de indios viaja de travesaño en travesaño con el feliz y pensativo aire que puede llevar el habitual del cochecama. Más lejos, sentado melancólicamente sobre la vía, un pastor parece olvidar completamente, en la pasmosa inmovilidad y fijeza indígena, que el ferrocarril suele pasar por esa dura cremallera de hierro. Los nopales y la tuna, esto es la chumbera y el higo chumbo, sueñan a ser bosque. Inundan las cañadas.

La tierra es bella, más suaves ahora las ondulaciones, aunque fragantes y verdes siempre por las lluvias de estos últimos días. Sin embargo, si se pudiera hablar de parecidos geográficos... ¿Y por qué no hacerlo, si los conquistadores bautizaron a este país con el de Nueva España?

Quizá ellos vieron cómo yo que avanzamos hacia una especie de Castilla hispánica. El maíz ocupa el lugar del trigo, pero la atmósfera (seguimos bajando paulatinamente del alto de Las Cruces) recobra su limpidez de meseta, su enorme transparencia inimitable.

CAMINO DEL RANCHO DE CARLOS ARRUIZA

Por Ixtlauaca, donde ha llovido mucho y se han formado pequeñas lagunas no muy lejos de la carretera, los indios buscan con unas redes redondas y cerradas los pececillos que pudieran haber en los charcos en los pozos formados durante la semana.

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTÍSTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS

De pronto, inesperadamente, nos encontramos con los toros. Con los negros toros de la fiesta. Se asoman al cercado que les veda, a un lado y al otro de la calzada, el acceso y la visita a los turistas. Este cercado doble, que se prolonga durante kilómetros, corresponde, según me dicen, al rancho Pastejé, propiedad de un torero: Carlos Arruza, hombre previsor.

Lo cierto es que los toros impresionan, vistos así de repente, quietos y silenciosos, recortados como una masa negra en el aire de la mañana.

EN SAN JUAN DEL RÍO, AL SON DE LA MARIMBA

San Juan del Río, pueblecito famoso en su tiempo, corte cerealista, mojón comercial en los caminos coloniales. A un lado y otro de la carretera hay soportales, grandes arcadas que guardan a las mercancías y a los hombres. Las cúpulas de las iglesias son maravillosas, alegres y pasmosamente vigias del pueblo. En la tienda de ultramarinos el dueño que creo es de Reinoso, destacan las recias letras rojas del título: «La Madrileña».

Por la ancha acera, casi paseo, en los bancos, los indios tienen montados sus pequeños puestecitos. Unos de las fritangas típicas, los famosos «taquitos» del país, pero también ofrecen fruta. Unas pocas manzanas que agrupan artísticamente, en simetría perfecta, en montoncitos de tres. El indio es artista por naturaleza, quizá por instinto; pero es evidente que existe, muy clarificada y concreta la tradición artesana creada y propagada por los misioneros.

Al otro lado de la calle, en los soportales de la izquierda, se amontona la mercancía más variada. Todo es barato: son las vistosas cestas de mimbre con adornos de flores, las maderas labradas. Justo por allí un músico toca vibrantemente la popular marimba. Le acompaña un niño que cuando termina se me acerca:

—Deme algo por la pieza, pa' troncito, aunque sea el «sentavito»...

San Juan del Río, tan señorial, tiene un sello claro, inimitable, español. Y todo ello confundido con lo indígena.

LA MUY NOBLE Y LEAL CIUDAD DE QUERÉTARO

La piel de la tierra es verde y aparentemente productiva, pero es una piel delgada, de unos centímetros escasos que deja ver, donde las lluvias la han roto, la arenosa tierra estéril del «tepeta». La carretera, camino de Querétaro, es colorada. Es el resultado de las canteras de la piedra rosada de Querétaro. El coche cruza, para entrar en la Muy Noble y Leal Ciudad de Querétaro, como la declaró Felipe V en 1712, bajo el enorme arco del acueducto que lleva a la ciudad, con sus arcos gemelos, el agua que nace varios kilómetros antes.

Llueve suavemente. En las cunetas el ganado que llevan los pastores indios olisquea la lluvia. Sus guardadores llevan sobre los hombros unas «gabardinas» con-



Un aspecto de los típicos y familiares soportales de San Juan del Río. Todas las mercancías indias, la famosa artesanía, se encuentra en ellos

feccionadas de hoja, quizá de maíz, perfectamente entrelazadas que les da un aire extraño y misterioso.

Todos los caminos llevan en las ciudades mejicanas al zócalo, esto es, a la plaza. Todas las fundaciones se hicieron así: iglesia y Ayuntamiento miraron siempre al zócalo en el que, con rara excepción, hay un pequeño jardín

y los bellos templetes donde las bandas tocan de paisano, al menos la que yo vi en Querétaro, con sus sombreros de fieltro o de paja con los pliegues característicos del «cow-boy».

ESOS PATIOS QUERETANOS

Querétaro, todos lo dicen, guarda el misterio del pasado mundo



Querétaro. En mitad de la calle, un «pela», lleno de gracia e ironía, comienza con su «compañerita» un corrido ranchero. La gente le rodea



San Juan del Río. Bajo los soportales coloniales, el músico. Un instrumento famoso: la marimba. Derecha: En la avenida principal de San Juan del Río, los indios instalan sus pequeños puestos de mercancías. Un comercio sin riesgo, bajo el cielo de Méjico

colonial. Ciudad provinciana, región agrícola, zona ranchera, Querétaro tiene una fisonomía sorprendente. Desde las afueras aparece rodeada de verdura, de altos árboles, sobre los que sobresalen sus famosas cúpulas, sus viejas iglesias. Hay horas del día, en la mañana y en la tarde, cuando el rosario que las campanas repiten una fantasía musical, casi de ór-

gano, mientras dentro de las casas, con grandes patios llenos de flores (muchos con sus fuentes centrales) recuerdan, entre el vocerío de las campanas, los rincones de los claustros conventuales. Este es el ambiente, un clima que permanece sólidamente atado en estas calles de casas de una sola planta, muy cerrada por fuera o dejando ver, entre las rendijas,

como en Andalucía y Extremadura el portentoso brillo, el olor poderoso y profundo de los jardines interiores.

Y, sin embargo, como contraste de este ambiente, las calles están ganadas por el indio que si conserva, muy a menudo, el atuendo típico, es decir, el calzón blanco y el patio, un pañuelo blanco atado sobre las piernas, tiene en Querétaro la nueva tradición del estrecho pantalón americano de vaquero, la estilización que ha inundado el mundo, las camisas de colores y el sombrero de paja con sus velos a lo Far-West.

Y por encima de todo esto, la nota de color. En Europa la nota dominante es el gris, la monotonía del gris. Los indios, ellos y ellas, buscan colores fuertes, sufridos, distintos y desiguales (aunque exista una tendencia hacia la estandarización) que convierte a sus gru-

pos en peregrinaciones multicolores.

El olor de las fritangas, de los puestos donde se preparan los «taquitos» (las famosas tortillas mejicanas sobre las que se ponen los más variados alimentos, desde el frijol negro al pollo, se arroja como un «taquito» para comerlo, después, sostenido entre los dedos) inunda algunos barrios. En las pulquerías, a cuya puerta, en ocasiones, hay una bandera que anuncia estas extrañas y pintorescas tabernas, las puertas suelen ser como las de algunos «salones» de las películas del Oeste.

En el zócalo se reúnen todos. Los indios y el pueblo pasea por sus aceras laterales mientras que, cosa curiosa, los propietarios de los coches suelen tener la costumbre de «ir» a este paseo montados en el coche. Es decir, estacionan los automóviles ante las aceras y ven desde el interior, el ondulante y multicolor desfile.

DOMINGO EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO

Para aprendizaje de humildad nada mejor que asistir a la iglesia. La iglesia de San Francisco es grande y bella. Pero las hay mejores como las hay peores. No se trata de eso, sino de la estampa fabulosa y extraordinaria de los indios en la iglesia. Donde no hay bancos, las indias están sentadas en el suelo, en una devoción y un recogimiento inauditos mientras los hombres, con el negro pelo despeinado, hirsuto y rebelde, parecen estatuas rígidas. Y sobre este espectáculo conmovedor, ingenuo e impresionante, siempre respetuoso (el indio levanta su sombrero al pasar frente a la iglesia y hace lo mismo cuando oye el nombre de Dios o de la Virgen) destaca más su pobreza y revela, en su profunda intensidad la formidable herencia recibida. Un impacto que no se ha borrado con nada.

Las iglesias en Méjico se cie- rran tarde. Dan las diez y grupos de indios desfilan por ellas, silenciosos, en su silencio inimitable, sin mirar a nadie.

RECETARIO DE COCINA

ENTRE MESES SOPAS HUEVOS ARROZ PESCADOS VERDURAS CARNES Y AVES SALSAS BEBIDAS POSTRES

Siga mi ejemplo, adquiera estos productos

PUDINES Royal

RIERA-MARSA S.A.

BARCELONA-MADRID-VALENCIA-SEVILLA

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**



Un detalle de la alberca que levantaron durante la colonización, que servía y sirve de reguladora del agua, y que más tarde llegará a Querétaro por el acueducto. Al fondo, la estatua del fundador.—Derecha: El indio encargado de la alberca vigila los «ojos» de los manantiales y los canales que morirán en el acueducto de Querétaro

AQUI FUE FUSILADO EL EMPERADOR MAXIMILIANO

¿Quién no recuerda la aventura que llevó a Méjico, en 1864, a un archiduque de Austria como Emperador? Era un hombre de bellas facciones, afable, pero que no se dió cuenta del paso que daba. El hecho cierto es que fué en Querétaro donde fué hecho prisionero por las tropas republicanas. Es a la entrada de la población, muy cerca de las últimas «tribunaciones» del enorme acueducto. Se ha conservado el punto justo donde fué detenido. Hay ahora una reja donde se cuelgan los niños esperando, bien sabihondos que lleguen los turistas...

Pero el lugar donde fué fusilado es famoso en Querétaro. Se llega a él por el camino forestal de un vivero y subiendo a la ligera loma, la ciudad y sus cúpulas aparecen en toda su intensidad. Más bien las cúpulas y las torres. Quizá por eso llaman a este cerro, el Cerro de las Campanas. El hecho cierto es que en él murió fusilado Maximiliano con dos de sus generales, Miramón y Mejía.

Ahora, sobre ese rincón de la Historia, desde hace poco más de una cincuentena de años, se ha levantado una capilla. Una capilla sobre el Cerro de las Campanas. Los niños de los colegios, como hoy, suelen llegar hasta allí con sus maestros.

POR EL CAMINO DEL ACUEDUCTO SE LLEGA A LA ALBERCA

No he querido marcharme de Querétaro sin llegar hasta La Cañada, pueblo abierto en la carretera edificado con la piedra rosada y pintado de colores fuertes, como aquí se acostumbra. Y no he querido marcharme hasta ver dónde comienza el acueducto, es decir, el lugar donde se recogen las primeras aguas que, por una red de tubos llevan al acueducto, una vez recobrado el nivel necesario, el agua, aún hoy, de Querétaro.

Por estos caminos, repentina-

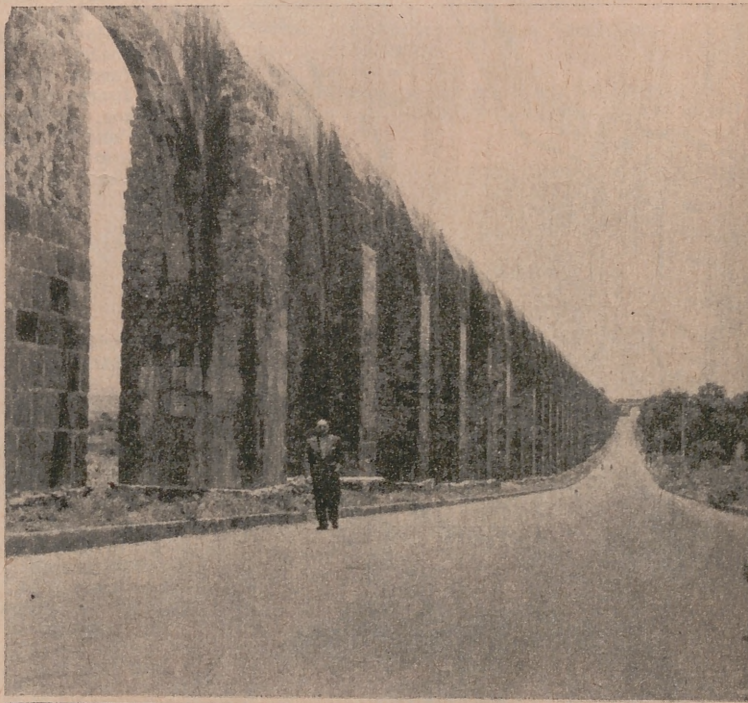
mente, en la falda del monte, es posible encontrar un muro sobre el que destacan, casi borradas por el tiempo, las letras de la fundación: «Año 1728; Rey Felipe V; Virrey, Juan Antonio Urrutia Arana, marqués de la Villa del Villar del Aguila...».

Detrás del muro está la alberca donde se recogen, en un ancho perímetro, las aguas que bajan del monte, y también las de aquellos manantiales, de agua clarísima, verdaderos «ojos» de agua, que nace entre sus piedras. Un indio, Apolinar Rodríguez, cuida la estrecha puerta de la entrada. En el sitio central, apollillada por el tiempo, una estatua de madera, con noble gesto, de Juan An-

tonio Urrutia Arana. En los manantiales se reflejan las nubes.

El Querétaro histórico ha continuado. La ciudad fué asiento de los Poderes constituyentes por decreto expreso del 5 de febrero de 1917 promulgándose, en ella la actual Constitución de la República.

En el aire claro la ciudad está tranquila, tibia, iluminada por un clima templado y benigno. La sombra de los arcos del acueducto parece una ola gigantesca sobre la tierra. Un indio pasa en su burrito montado hacia atrás y dejando caer perpendicularmente, en un gesto inverosímil, las largas piernas.



El enorme acueducto de Querétaro. Doscientos años después sigue llevando el agua a la ciudad. Esta obra audaz de la ingeniería española fué realizada bajo el reinado de Felipe V

JUAN era pescador. Hijo y nieto de pescadores. Conocía el mar de sobra. Le sabía arrullador, magnánimo... Pero también rabioso, odiando brutalmente al hombre, con ansias de tributo.

Sin embargo, Juan le quería a cegar. Se sentía orgulloso de galopar sobre su lomo, de notar el continuo balanceo bajo sus plantas, de que las brisas de «lebeche» o «ábrego» (1) enmarañaran sus cabellos.

Juan conoció a Rosa María una tarde. Cuando, a la vuelta de la lucha, saltara a las arenas de la playa.

Era lógico, natural, que las gentes, los que quedaban tierra adentro, esperaran con ansiedad el regreso de los que habían salido al mar.

—E n t r a n d o en la «bocana» está, chiquilla —le contestó

cuando le preguntara por el «Virgen del Carmen». No tardará en aparecer. Puedes estar tranquila. Viene sin novedad.

A pesar de que siempre contestaba con la sonrisa a flor de labios, tenía veces en que sentía un «no sé qué» muy raro que le subía de las entrañas y le arañaba el corazón. Envidia.

Era justificada, desde luego. El no tenía quien le esperara, quien rezara mientras bregaba, quien mojara su cara con la baba de las sonrisas y el amargor del llanto.

Saltaba... por saltar. Quizá por encontrar un vaso en la taberna, por distraerse un rato. Después, mientras que los demás se iban perdiendo con el brazo sobre los hombros de la sencilla compañera que fuera a recibirles, él, arrebujaado en el grosor de su pelliza, volvía de nuevo al mar.

Juan conoció a Rosa María... y el destino lo quiso.

La barca del patrón José Manuel «El Quico» no zarpó aquel amanecer. Uno más de sus hombres tendría en adelante quien le esperara en las arenas.

La mayor ambición de Juan era tener un hijo y barca propia.

El hijo llegó pronto; casi al año de estar casado. La barca tardó mucho más.

A fuerza de trabajo, de muchas privaciones, de una fuerza de voluntad incansable e ímprobos sacrificios, llegó a patrón.

Ya sólo le restaba, para ser como los demás, cambiar unos pocos años. Hacerse algo más viejo. Y su pequeño... algo más grande. Cinco o seis a lo sumo. Cumplir los doce. La edad para poder llevarlo al mar.

II

El coche de viajeros se detuvo un instante en San Patricio.

San Patricio es un pueblo muy pequeño. Pueblo de pescadores que apenas si podrá contar los cien vecinos.

De no ser por alguno de ellos, que tuviera necesidad de ir a la capital, no acostumbraba a hacerlo.

Incluso hasta para el correo—cuando lo había—tocaba el «claxon» antes de tiempo y al pasar por la plaza, desde la misma ventanilla lo entregaba y cogía la saca de repuesto. Todo casi sin detenerse, a media marcha.

Los chiquillos le rodearon, chillando al mismo tiempo. Retozones.

Fué tan sólo un momento. Al abrirse la portezuela se apagó como por ensalmo el griterío.

Con profundo silencio y a distancia, observaban al hombre que, al alejarse el coche, quedara frente a ellos con los ojos semientornados y el cigarrillo entre los labios.

(1) Vientos marineros del Sudeste y Sudoeste, respectivamente.



Vestía elegantemente. Daba la sensación, aunque en aquellas fechas no fuera tiempo de ello todavía, de ser «ave de pascua», como solían llamar a los veraneantes o a los que simplemente se acercaban al pueblo a pasar unas horas.

El viajero abarcó lentamente con la mirada las pocas y pequeñas casas que componían la «plaza», si es que se le podía llamar así. Después miró a la torre de la iglesia; luego... nuevamente a la plaza. Los pequeños seguían su actitud de silenciosa observación.

De pronto, dándose cuenta de ellos, tras de mirarlos fijamente sonrió.

Aquello pareció animarles. Guardando la distancia aún, se atrevieron a hablar, a opinar.

—Debe ser un «turista».
—No digas tonterías—atájó otro—. Eso se queda «pal» tiempo de verano.

—El juez no puede ser—advirtió un tercero—. No hubo ningún «ahogao».

—Será un indiano de esos?—insinuó uno de los mayores—. ¿Os acordáis de cuando vino el señor Pedro?... A lo mejor es uno como él.

—¿Queréis que le pregunte?—osó el más chiquitín.

—No eres capaz.
—¿Qué no?...—desafió—. ¿Qué te apuestas?
—Una estrella de mar... y siete cromos.
—Vale.

El pequeño se separó del grupo y avanzó lentamente.

A la mitad de su camino vió cómo el forastero, que hasta entonces se limitara a sonreír, salía a su encuentro.

No se supo quién fué. Cualquiera de ellos.
—Cuidado, Manolín! ¡No vaya a ser alguno de esos hombres que dicen buscan chicos pobres para llevarlos a la capital y meterlos en un colegio!

Al intentar huir tropicó y dió violentamente en tierra.

Sin atreverse a nada, quedó sentado sobre las puntiagudas piedras de la plaza, sangrando de una pierna.

¡No, no se lo llevaría! ¡Aquél señor tenía cara de bueno! Además, quizá que el pueblo supiera ya lo que pasaba. La llegada de un extraño nunca pasaba inadvertida. Y mucho menos si se trataba de un extraño de tal categoría.

Estaba junto a él. Poniéndose en cuclillas, tomó una de sus manos.

—¿Te hiciste daño?...
El pequeño apretó los labios.
—¿Por qué huiste, chiquillo?

—Es que... Verá... Me aposté... ¿Usted es indiano?

El forastero le miró a los ojos.

—No—sonrió—. No soy indiano.
—Entonces... ¿a qué vino?

Sin apartarlos de él, pasó algunos segundos.

—No lo comprenderías—dijo por fin—. Eres de-

masiado chico. Pero... ¡Diablo! ¡Te hiciste sangre! ¿Ves?

Extrayendo el pañuelo del bolsillo de la chaqueta, limpió la tierra de la pierna.

—¿Puedes andar?
El pequeño se levantó e intentó hacerlo.

—Me duele—se quejó con un gesto.
—Te llevaré hasta casa en brazos.

—¡No; no se moleste!
—Vamos.

—Si no es nada, señor—encogióse de hombros—. Ya me pasó.

—No seas atascado. Abrázate a mi cuello.
Acabó por obedecer.

—¿Dónde vives?
—Lejos. Al otro lado de la playa.

Vió que el hombre volvía a mirarle fijamente antes de echar a andar.

—Te llevaré. No importa.

Casi rozando con la espuma que iba a morir en las arenas, fué dejando sus huellas.

El pequeño, afianzado a su cuello, había enmudecido. ¡Pensaba tantas cosas!

Estaba convencido de que no podía ser «turista», ni juez, ni...

«Los indianos—había oído decir más de una vez en casa, en la playa, en el pueblo, en casi todas partes—son gente noble. Gente que, tras de hacer fortuna, vuelven con el afán de proteger y de ayudar a todos, amigos o enemigos, con los brazos abiertos, olvidando rencores, con la satisfacción de regresar a morir en el mismo rincón donde nacieron. Jamás hicieron daño a nadie. Siempre con la sonrisa entre los labios...»

Y muchas cosas más que ya ni recordaba.

Por eso tenía seguridad de que...

Aquel hombre le había sonreído varias veces, le había acariciado, le había tomado en brazos y ahora... Ahora estaban llegando, casi después de un cuarto de hora sin descanso.

Y, sobre todo, por su forma de hablar, de comportarse.

¿A qué si no le preguntaba por el pueblo?... ¿Que si acudían muchos veraneantes?... ¿Que si en la noche de San Pedro seguían celebrando la fiesta de la «barca»?... ¿Que si el molino del tío Blas?... ¿Que si los peñascales?... ¿Que cómo se llamaba?... ¿Que de quién era hijo?... ¿Que si vivían sus abuelos?...

No, no. Era demasiado para ser un «turista», para ser simplemente «ave de pascua».

—Aquí, señor. Esa es mi casa.

El hombre se detuvo.

—¿Cuál? Son todas casi iguales.
—Esa. La que tiene las redes en la puerta.

Dejándole en el suelo con cuidado sonrió nuevamente.



La brisa de la tarde traía olores de algas y corralinos.

Miró a la estrecha callejuela. Todas eran, no casi, sino iguales. Bajas, destartaladas...

No se veía un alma.

Las mujeres quizá andaran por el pueblo o atareadas en las faenas de la casa.

Los hombres... como siempre: en el mar.

¡El mar! Bien cerca le tenía. A sus espaldas. Batía con que...

Poco a poco fué dándole la cara.

¡Aquello era gloria bendita!

Tan embebido estaba que ni siquiera se dio cuenta que el pequeño le había llamado varias veces.

—Señor—volvió a insistir.

—¡Ah!... ¿Eres tú?

—Sí.

—Pero... Dijiste algo, ¿no?

—Sí—repitió—. Que si quería usted pasar.

—No, no, pequeño. Muchas gracias. No puedo entretenerme. Debo esperar el coche. Regresar a la capital. Recoger mi equipaje y... volver al pueblo.

Otro día nos veremos. Tal vez esté bastante tiempo entre vosotros.

El pequeño le vió alejarse, lenta, cansadamente, casi rozando con la espuma que iba a morir en las arenas.

III

La barca de Juan Mota regresó muy temprano. Alrededor del mediodía.

La noche antes lo dijo a su mujer.

«Mañana volveré en seguida. Iremos solamente a retirar la jábega que hemos echado en la «puntalla». Quiero hablarte del chico.»

Rosa María no contestó. Era inútil hacerlo. Sabía de lo que se trataba. En su casa habían sido siete hermanos y lo había visto cinco veces. Tantos como varones fueran.

Sabía que cuando un pescador perdía una «echada» era por algo grande, por algo muy importante. Algo que le reportaría mucho dinero o mucho orgullo. Y en este caso era lo último.

No había olvidado la satisfacción que acudía a los ojos de su padre cada vez que, conforme iba pasando el tiempo, cumpliéndose los años, iba llamando a sus hermanos y delante de todos, después de bendecir la mesa y antes de repartir el pan, les preguntaba si querían conocer el mar. Y ellos, sin poderlo evitar, nerviosamente, cogiendo el tenedor o la cuchara golpeaban sobre la mesa con el puño respondiéndole que sí, que claro y cuando.

No obstante, las mujeres del mar también sabían ser madres.

Ella había visto otras tantas a la suya defender con tesón la posesión de sus hermanos. A todos por igual. Siempre con las mismas palabras.

«¡Trabajaré, trabajaré de lo que sea y donde sea! Asistiré, lavaré por las casas, ayudaré a la «rastra» de la red si es necesario. Estudiaré un oficio. Un oficio decente. El que sea de tu agrado. Pero... no lo lleves al mar. ¡Es tan pequeño todavía!»

Así, sin esperanzas de ninguna clase; a sabiendas de que era inútil, de que a última hora acabaría por doblegarse.

Era como un idéntico reflejo, como una viva y fiel estampa que, en angustiada herencia, se fuera repitiendo una y otra vez.

Sólo con el menor de ellos resistió un poco más. Se atrevió a contestar, a levantar la voz, incluso a hacerle cara.

«¡No; de ninguna manera! ¡No lo consentiré! ¿Sabes?... ¡Este no me lo quitarás! ¡Para saciar tu orgullo creo que tienes ya bastante!»

¡Bah! Daba igual.

Lo más que se lograba era retener unos años, dos o tres, si acaso, la marcha.

Después no había otro remedio que resignarse a ello, añadir a los rezos una nueva oración y poner una lamparilla más ante la Virgen.

Ella, como lo había vivido, como lo conocía de sobra, comprendía la inutilidad de discutir, de enzarzarse.

Era mejor callar.

Y en el último de los casos intentarlo con súplicas, con lágrimas.

La chimenea sólo tenía rescoldos.

Rosa María, en una silla baja, con la barbilla en-

tre la palma de las manos y los codos en las rodillas, miraba silenciosamente a las cenizas.

El calor había muerto por completo. Al menos así le parecía a ella.

Juan la miró de nuevo.

Era la cuarta o quinta vez en que, sin que se percatara de ello, lo hacía.

En pie junto al pequeño ventanuco, fumaba sin cesar.

—Acuéstate, Rosa María.

Ni siquiera se molestó en volver el rostro.

—Debes estar cansada.

Ahora, encogiendo los hombros, lo hizo con lentitud.

—¡Qué más da!

—No, mujer. Eso, no.

—No te preocupes. Es lo mismo. No podría dormir.

Juan comprendía perfectamente su actitud.

—Mujer...—repitió—. Debes hacerte cargo. Más tarde o más temprano tenía que suceder.

—¿Tenía que suceder?... ¿Por qué?—desafió con la mirada—. ¿Porque tú lo querías?

—Date cuenta que el chico...—contestó sin saber cómo hacerlo en realidad.

—Sí; ya sé—interrumpió—. Que el chico tiene doce años; que pronto cumplirá los trece; que ya va siendo hora; que tu nombre, tu orgullo y tu amor propio andan en entredicho; que... ¡que no te importa el que me muera!...

Calló.

Juan estaba como atontado. Sin atreverse a nada. Jamás la había visto de aquella forma. Respirando como una fiera acorralada. Sin apartar la vista de él. Con los ojos enrojecidos, que casi daban miedo ver.

El silencio que siguió a sus palabras fué frío, profundo, grave.

Mirando nuevamente a los rescoldos, añadió sordamente:

—¡El mar es traicionero! Lo que ganas, lo que comes a costa de él, a veces sale caro, sabe a hiel, a vinagre...

No te lo lleves, Juan. Bastante sufro ya contigo. No doubles la agonía de mi espera.

No pudo más. Hundiendo el rostro entre las manos rompió a llorar amargamente.

Acercándose a ella intentó acariciarla.

—¡Déjame! ¡No me toques!

Juan se mordió los labios.

—Está bien, está bien. No llores más. Ganaste la partida. Esperaremos unos años. Pero... Vete haciendo la idea de que...

IV

Tenía que llegar. Ya se lo dijo.

Ni súplicas ni llanto podrían servir de nada. No había más remedio que aceptar la derrota.

Juan le dió un plazo. Plazo que había expirado hacía unos días; que había pasado igual que un sueño, vertiginosamente, como la ventolera o la borrasca que azotaba de vez en vez el litoral.

Ni una sola palabra, ni la más leve insinuación de ello le hizo durante el mismo.

El chico andaba ya muy cerca de los quince.

Una noche, cuando, acabada la cena, se disponía a retirar los platos de la mesa, sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—Rosa María...

Dejándolos de nuevo en ella atendió a su marido.

—Quisiera hablar contigo. Siéntate.

Tenía los ojos entornados, casi afilados. Eran más bien como dos cortes dados sobre los pómulos.

—Siéntate.

Una vez que lo hiciera volvió a hablar.

—Bueno... Creo que... Como verás—dijo con calma—yo cumplí mi palabra. He dejado pasar dos años sin recordarte para nada a lo que estabas obligada.

La voz de Juan sonaba en sus oídos como bronco trompetear de muerte.

—Sin reprocharte el continuo sufrir que me iba consumiendo, la vergüenza de no poder decir, igual que los demás, que casi todos, que mi «herencia» no se había roto, que tenía quien me sustituyera en caso de que el mar...

—¡Calla, por Dios!

No tuvo compasión.

—En caso de que el mar me llevara algún día. Puedes ir preparándole las cosas. Aún tienes tiempo por delante. Lo que queda de la semana y quizá parte de la otra.

Esto lleva sus trámites, no creas, su papeleo. No puede hacerse así, de cualquier forma, sin la autorización debida. No, no. Hay que dar parte en el Ayuntamiento, y éste, a su vez, lo solicita de la Comandancia. En fin, que aún tienes tiempo—repite—. Pero... tú ya lo sabes.

—Bueno, ¿y qué?

Transcurrieron algunos años más. Tantos como llevaba el chico ya en el mar. A pesar de ello, la vida en San Patricio no había sufrido alteración alguna.

Es decir..... Rosa María.

Rosa María no parecía la misma. Sus hombros habían ido estrechándose, curvándose. Era torpe su andar, incierto el movimiento de sus manos. El brillo de sus ojos había ido opaqueando, perdiéndose, huyendo paulatinamente bajo el peso de una vejez caduca y prematura.

Había quien aseguraba que lloraba más que dormía. Que estaba ya empeñada, con los santos, de tantos rezos y promesas. Que iba a volverse loca.

Otras, que por qué lo tomaba tan a pecho. Que ellas también tenían sus hijos en el mar. Que si no había nacido para ello, para ser pescador, para el oficio, que lo hubiesen dejado, que lo hubieran mandado al pueblo a trabajar como peón de campo, a arañar en la tierra.

Y las menos, las que por su esterilidad no supieran de ese cariño, no llegaban a concebir cómo podía sufrirse tanto por un hijo.

—Bueno, ¿y qué?—solía decir, cuando Juan o el muchacho intentaban aconsejarle—. No me importa lo que piensen ni lo que digan. No sé por qué tienen que preocuparse de mi vida si yo no lo hago de las suyas para nada. Un día van a saber quién soy. Un día...

—¡Un día te callarás!—interrumpióle Juan, clavando en ella la mirada.

—¿Por qué me he de callar...? ¡Que me dejen tranquila! Es lo único que quiero.

Juan se acercó a la silla donde, repasando unas redes, se encontraba.

Abandonando la faena le espero cara a cara, sosteniéndole la mirada.

Juan extendió ambos brazos y colocó las manos sobre sus débiles y enflaquecidos hombros.

—Eres igual que una chiquilla—dijo melosamente—. De vez en cuando merecías unos azotes.

Rosa María intentó sonreír sin conseguirlo.

El, sin embargo, tras un tremendo esfuerzo, logró hacerlo.

—Anímate, mujer. Tú misma estás quitándote la vida. Te vas matando poco a poco. ¡Cuánto daría por ver de nuevo el brillo en esos ojos! ¡Por ver una sonrisa en esos labios!

—No te molestes. Es inútil. El precio es caro para ti.

—¿Por qué, Rosa María?

—Porque sí. Porque el precio es mi hijo.

Juan encajó los dientes.

—Pero...—repuso, separando las manos de ella e hurgándose a lo natural.

—No te molestes—atajó—. Ya te lo he dicho. ¿Para qué vas a deshacer tu obra? ¿Por qué vas a romper tus ilusiones, el sueño que abrigaste durante tanto tiempo? ¿Por mí...?—sonrió con forzada y amarga indiferencia—. No. No merece la pena. Si a él le gusta y a ti te satisface, ¿qué importa lo demás?

—Yo no puedo ni debo cortar vuestra felicidad. No preocupaos. Dejar que viva a mi manera los pocos años que me queden...

—¡Calla, Rosa María, calla!

—No—movió de un lado a otro la cabeza—. Ahora soy yo la que te obliga a que me escuches. ¡Los pocos años, sí!

—¡Estás diciendo una barbaridad!

—¿Barbaridad?—sonrió nuevamente.

Juan no pudo evitar un ligero estremecimiento, al verla tan delgada.

—¡Debes cuidarte! ¿Oyes...? ¡Debes cuidarte!

—Ya es tarde, Juan. Demasiado tarde.

—¿Por qué, por qué demasiado tarde?

—No tengo humor ni fuerzas para nada.

—Pero te cuidarás, ¿verdad? ¿Verdad que sí, Rosa María?

Juan parecía más bien un niño. Casi lloraba cuando hablaba.

—¿No me ves que estoy rota, que ya no puedo con mi alma, que me sangra en la boca el corazón?



—¡Pero te cuidarás!—repitió bruscamente cambiando de actitud—. ¿Me oyes...? ¡Soy yo quien te lo ordena!

—¿Ves...? Ya salió tu soberbia a relucir.

—¡Es que tienes un hijo y debes procurar por él!

—¡Y tú!

—¿Quién...? ¿Yo?

—Sí, tú: Abre los ojos de una vez y cierra los oídos. Echate a las espaldas lo que digan o piensen y verás cómo vuelve la paz y la alegría a esta casa.

—Pero... ¿es que me crees de piedra? Bastante tuve que pasar, que soportar, durante el plazo que te di. ¡No me vengas de nuevo con monsergas!

—Puede ser que algún día te rasgues las entrañas con el filo de esas monsergas—subrayó—. El mar es traicionero. Te lo he dicho mil veces. Y tú no quieres darte cuenta.

V

Estaba amaneciendo cuando la borrasca se extendió por el litoral.

El viento, rasando en el acantilado, bajaba hasta la playa como queriendo buscar descanso en las arenas.

Allí se hacía más blando, más suave, más dócil. Había momentos en que, guarecido por la hondanada, casi no se notaba.

Sin embargo, por allá arriba era distinto.

Rosa María le sintió aullar desde un principio. Sabía que cuando hacía su aparición de aquella forma era porque en el mar había peligro.

Con el deseo vehemente de encontrar a quien fuera abrió la puerta varias veces.

No pudiendo resistir más, decidió golpear cual-

quier ventana. Daba lo mismo una que otra. Todas tenían a alguien en el mar.

Bastaron los primeros golpes.

—¿Quién va?—oyó decir.

—Soy yo—repuso acercando la cara a los cristales—, Rosa María.

A los pocos segundos apareció en la puerta una mujer desgredada y aun medio adormilada.

Ni siquiera se saludaron.

—¡Lo borrasca!

—Sí, Pilar, sí. ¡Otra vez la borrasca!

Dirigiendo la vista hacia la playa pasó una de sus manos por los cabellos despeinados.

—Y a la hora, precisamente, del regreso. ¡Maldita sea!

Luego, volviéndola a Rosa María, le ordenó que pasara.

—No te quedes ahí, mujer. Entra. Hace frío.

Esta lo hizo y cerró la puerta tras de sí.

Mientras se iba arreglando un poco, poniéndose los zuecos, el pañuelo de la cabeza y buscando el mantón, no cesaba de hablar.

—¡Esto no es vida, no señor! ¡Siempre lo mismo, siempre igual!

Por el contrario, Rosa María, mudamente seguía con la mirada todos sus movimientos.

—¡Ea!—acabó—. Cuando quieras.

La playa apenas si distaba unos cien metros.

A pesar de ello no fueron las primeras en llegar. Marta, Carmen la de Tomás con sus dos hijos, Guadalupe, Rosario...

Eran varias las que, con los ojos inmóviles, clavados en el mar, ansiaban la blancura de una vela.

En total, ocho barcas equivalían al pueblo.

Pasó bastante tiempo sin la menor señal.

De pronto...

—¡Ya están ahí!—se oyó gritar nerviosa, casi histéricamente.

En efecto. Las primeras, después de haber doblado la bocana, enfilaban sus fogos a la playa.

Conforme iban rozando sus quillas en la arena, las mujeres salían como locas a su encuentro, sin fijarse si el agua cubría o no hasta sus rodillas.

La de Juan fué la última en aparecer.

Rosa María creyó morir de angustia hasta no divisarla.

«¡Qué buena eres, Virgencica! ¡Mañana subiré a la ermita a darte gracias! ¡No me los desampares nunca, hermosa Virgencica de la Caridad!»

...

Juan saltó a tierra después que los demás.

Rosa María corrió hacia él.

—¡Juan!

Al verla se detuvo y esperó su llegada.

Echándole al cuello los brazos, le besó sin descanso.

—¡Qué susto, Juan, qué susto! Creí que...

Rosa María volvió a besarle.

El se dejaba hacer con los suyos caídos a lo largo del cuerpo. Sin movimiento alguno. Como si fuera un muerto.

—¿Y el chico, Juan...? ¿Qué hace...?—interrogó anhelosa—. ¿Por qué no bajó aún? Ya arreglaré mañana lo que sea. Tiempo tendrá de sobra.

Juan le miró en silencio.

Fué entonces cuando comprendió la agria verdad, que temiera durante tanto tiempo.

—¿Dónde está nuestro hijo?

Había de todo en sus palabras: dolor, súplica, exigencia...

—¡Contesta! ¡No te dé miedo hacerlo! ¡Dímelo cara a cara! ¿Dónde está nuestro hijo?

Juan, apretando los puños, sin importarle que le vieran, rompió a llorar como un chiquillo.

—¿Ves...?—sonrió amargamente Rosa María—. Te lo dije mil veces y...

—¡Y yo no te hice caso!—cortó, limpiándose los ojos con el dorso de la manga del chaquetón.

—Y no me hiciste caso, eso es. Y ahora...

—Ahora—volvió a cortar—maldigo mi testarudez, mi orgullo, mí...

Al mismo tiempo que rompía a llorar de nuevo comenzó a golpearse el rostro a mano abierta.

—¡Pégame...! ¡Pégame como a un perro!

Rosa María le sujetó por las muñecas.

—¿Te has vuelto loco, Juan...? ¿Qué culpa tienes tú, ni nadie, de que el mar sea así? ¡Anda, vamos a casa y tranquilízate! ¿No ves que yo no lloro y...?—tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder continuar—y sin embargo soy su madre!

Rosa María había sentido lástima de su marido.

Pálido, demacrado, vencido en pocas horas, temblando bajo el peso de la fiebre que producía en él la desesperación.

—Vamos, Juan, vamos.

Enlazados, él, con el brazo sobre los hombros de ella, y ella, rodeándole la cintura con el suyo, deshicieron el corro o grupo que los demás tomaran en torno a ellos.

Llevaban unos pasos solamente cuando alguien que volvía a gritar les obligó a girar precipitadamente el rostro.

—¡Allí, junto a los arrecifes! ¡Debe ser Andresillo! ¡Está luchando por llegar! ¡Aún tiene fuerzas! ¡Démonos prisa antes de que le fallen!

Juan fué el primero en reaccionar, separándose de su esposa y empujando uno de los botes que se hallaban varados.

Con él saltaron varios, cuatro o cinco.

En otros le siguieron casi todos.

A la vuelta lo hacía sentado a popa, acariciando los cabellos de su hijo, que, con la cabeza en sus rodillas, sonreía cansado.

VI

Andresillo no volvió al mar.

Una tarde le acompañó su padre al coche de viajeros y...

Rosa María no tuvo fuerzas para ir a despedirle.

...

Durante los primeros meses nadie se preocupó de nada.

Pero, conforme fué pasando el tiempo, la envidia removió las lenguas.

No faltó quien asegurara que Juan estaba dominado. Que sólo hacía lo que ella le decía. Que era más bien un calzonazo, un muñeco, un pelele. Que ya ni se atrevía a ir por la taberna.

Buscaron y tuvieron tema para charlar, para pasar a gusto la partida.

Rosa María lloró de rabia al enterarse.

Juan, encogiendo los hombros, sonrió indiferente.

—Si les distrae... que sigan. No me preocupa lo más mínimo. El vale más que todos ellos.

—Sí, pero...

—No seas tonta, mujer. Yo le conozco bien. Allí se habla, se dice, se comenta... La taberna es así. ¿comprendes? Luego, cuando sales, se olvida todo.

Alguien le aconsejó. Su compadre, José Manuel «El Quico», para ser más exacto.

—Pon tope a ello, Juan. Mira que ya es demasiado.

—¡Bah!

—Dicen que te ha vencido la mujer.

—La mujer, no! ¡La madre...! ¡Que es distinto!

—Está bien. Pero... Yo quiero al chico. Es mi ahijado y...

—¿Y qué...?—atajó bruscamente—. ¿Se atrevieron acaso...?

José Manuel afirmó lentamente con la cabeza.

—Ya sabes cómo son.

—¡Revienta de una vez!

—Bueno, pues...—le espetó cara a cara—. Tu hijo no es tu hijo... Ni el de Rosa María. Ni se llama Andresillo... Aquello ya pasó a la historia. Ahora es «El Señorito».

«El Señorito», sí. Así le llama todo el mundo. «Para algo está estudiando»—como dicen algunos, con una seriedad que quema el corazón.

...

Juan rompió su costumbre aquella noche.

En lugar de ir a casa tomó camino a la taberna.

Al empujar la puerta recibió una ancha bocanada de aire caliente y vaho a vino.

Fué directo hacia el mostrador.

—¡Tú! Ponme un vaso.

El tabernero le miró extrañado.

—¿Por qué me miras de ese modo? ¿Tengo cara de tonto...?

—¡Juan!

—Sí; Juan. Juan Mota. El padre de Andresillo.

De «El Señorito».

Como si fuera un eco llegaron hasta él algunas

frases sueltas de la conversación que, tras el recordo que formaba el mostrador, sostenían los que, sin verle, se encontraban en una de las mesas.

«Creo que José Manuel le dijo algo—oyó decir. «Ese se queda con «El Señorito» como yo me quedé sin bisabuela.»

«Ya se quedó, que no es lo mismo»—intervino un tercero.

Disimuladamente se acercó un poco más. Ahora oía con toda claridad lo que decían.

«...y le envió a la capital, no para que cursara estudios, sino para tener seguridad de que allí no llegaba el mar»—rió estrepitosamente.

Reconoció a Ramón.

Doblando el recordo se acercó como si no hubiera escuchado nada.

—¡Buenas noches, señores!

—¡Juan!

—¡Vaya, hombre!

—¡Ya era hora!

Exclamaron los tres a un tiempo.

Arrimando una silla tomó asiento con ellos.

—Tengo miedo, Ramón—dijo, sin más preámbulos y sin hacer el menor caso a los demás.

Este le miró fijamente.

—Miedo, sí. Miedo de que una ola pueda llegar hasta la capital. ¿comprendes?

Apretando los labios inmudeció un instante.

—Pero tú—volvió a decir mordiendo las palabras—cuida de que otra ola, una ola de sangre, no llegue a tu garganta. ¡Te lo dice Juan Mota!

¡El padre de Andresillo! ¿Te enteras...? ¡Que cada cual tenemos nuestro nombre y a mí no me interesa si te llamas Ramón o... o demonio de los infiernos! ¡Buenas noches señores!

Levantándose cruzó el local, y ante la atónita mirada de cuantos se encontraban en el mismo, salió tranquilamente

VII

Andresillo se agitó unos instantes en la cama.

Incorporándose prestó atención.

Llevaba varios días en el pueblo del mes que iba a pasar con ellos.

Después, otra vez a la capital, a reanudar, a seguir los estudios

—¡Madre!

El silencio que siguió a su llamada le hizo alzar más la voz

Tampoco recibió respuesta.

Tirándose de ella recorrió la casa.

—¡Madre...! ¿Por qué no me avisaste...? ¡Dí!

¡Ya no soy un chiquillo, madre!

Sólo el silbar de la berrasca llegaba a sus oídos. Casi a medio vestir salió a la calle. Por el camino terminó de hacerlo.

Cuando llegara a las arenas respiraría con alivio. La barca de su padre fué una de las primeras en llegar.

A pesar de ello notó que algo pasaba.

Pronto supo de lo que se trataba.

«La «Santa Catalina» se estaba hundiendo entre los arrecifes!

Únicamente atreviéndose a cruzar, tras de un tremendo y arriesgado esfuerzo, la bocana, podría intentarse algo. Pero, para ello, eran precisos varios hombres y... Un bote con tal peso no llegaría jamás.

Uno solo, por otra parte, no podría sostener la cuerda, suponiendo que consiguiera echarla a bordo, y...

«¡Dios bendito del cielo!»—se oyó gritar con verdadero espanto—. «¡Qué pretende ese loco!»

«¿Quién es ese suicida?»

Fueron unos momentos de verdadera angustia, durante los que nadie tuvo alientos ni para despegar los labios.

Pero... Una vez más Dios se puso de parte de ellos y ayudó a «El Señorito».

VIII

El coche de viajeros se detuvo un momento. Lo imprescindible para que se apeara uno de ellos, mientras el mozo descargaba dos maletas de regular tamaño.

«¿Necesita usted ayuda, señor?»

El viajero sonrió al darse cuenta del aspecto del hombre que había hablado.

—¿Usted...?

—Yo, señor—contestó, casi con tono de ofendido—. ¿Por qué no?

—Bien. Coja cualquiera de ellas. Yo llevaré la



otra. Las dos quizá sea mucho para usted.

—No importa.

—Haga lo que le digo. Pienso pagarle igual.

El viejo se encogió de hombros.

—Usted dirá, señor.

—A casa de don Rafael, el párroco.

Llegaron en seguida. Nada más cruzar la plaza y doblar la primera calle a la derecha.

Fué el propio don Rafael el que, al accionar la campanilla, apareció en la cancela.

Sus muchos años le habían dado también muchos achaques. Uno de ellos el fallo de la vista. Entornando los ojos le miró fijamente.

—¡Buenos días... don Rafael!

—¡Alabado sea Dios!—exclamó boquiabierto, señalándose con rapidez pasmosa—. ¡Cómo tan pronto!

¡No te esperábamos hasta la próxima semana! ¡Andresillo! ¡Pasa, pasa! Si a mí me hubieran dicho—continuó, moviendo la cabeza—que tú, hijo de Juan y de Rosa María, que por buenos y santos en la gloria se encuentren, volverías al pueblo, ¡y nada menos que de médico!, no lo hubiese creído nunca. Que no, de ninguna manera...

—Por favor. Un momento—interrumpió, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón y sacando unos duros—. Debo pagar al hombre que...

—El hombre ya no estaba.

—Pero... ¡No lo comprendo, padre!

—¡Yo sí, yo sí!—sonrió cariñosamente—. La última vez que estuviste aquí fué por... Bueno, más vale no acordarse Pero... no te preocupes. Le pagarás, le pagarás, no cabe duda. No tardará en volver. Y quizá no solo. La gente marinera tiene su corazón, sus sentimientos, su nobleza. Y no se olvida de que tú, tú solo, ¿te acuerdas...? salvaste a seis de ellos.

—Aquello ya pasó, padre.

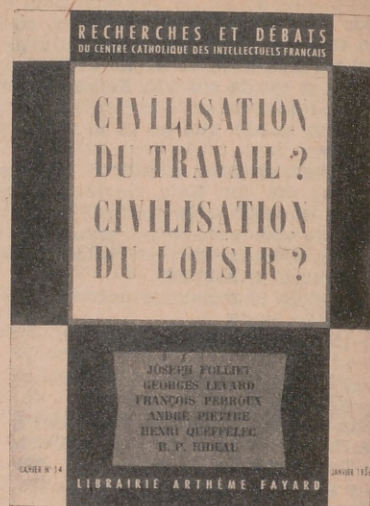
—Para tí, para tí tal vez. Pero... para ellos, no. Te aseguro que no. Esta noche no se hablará en el pueblo de otra cosa. ¡Ah!, y... no esperes descansar. ¿comprendes? Los mozos estarán de vela, recorrerán las calles con guitarras, bandurrias y panderos en honor tuyo, en honor del que fué hijo de Juan y de Rosa María, en honor de «Andresillo»... de «El Señorito».

EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

¿CIVILIZACIÓN DEL TRABAJO?

¿CIVILIZACIÓN DEL OCIO?

Por Georges LEVARD y otros autores



UN grupo de escritores y sociólogos franceses—Alfred Frisch, Georges Levard, E. Delachenal, Philippe Laurent, J. Baboulene, H. Quejfelec, M. de Reboul, F. Perroux, A. Pietre, A. de Perretti, J. de Folliet y Emile Rideau—se han reunido para redactar una obra colectiva de interés tan apasionante como el que refleja el título del libro que hoy presentamos en nuestra sección «Civilisation du travail? Civilisation du loisir?». Católicos todos ellos, se plantean de un modo actual la serie de problemas que el trabajo ofrece ante las masas humanas y, descartando las soluciones más o menos materialistas, dadas hasta ahora por el capitalismo y el comunismo, se esfuerzan por descubrir una auténtica tecnología del trabajo donde tengan una justa y adecuada cabida la actividad y la ociosidad.

FOLLIET y otros: «Civilisation du Travail? Civilisation du loisir?» Recherches et débats du Centre des Intellectuels français. Librairie Arthème Fayard, París, 1956.

LA técnica nos facilita una coartada extremadamente tentadora. Nuestra cultura general, comprendida en un sentido clásico digno del siglo XVIII, no tolera ninguna ignorancia. Los que no saben lo que es necesario saber son condenados por los que les rodean y clasificados en las categorías inferiores. Es totalmente inconcebible que un hombre cultivado e instruido no conozca las nociones elementales de la lógica y de la psicología, pero es completamente normal que este mismo hombre no tenga la más mínima idea del funcionamiento de un motor o de un aparato de radio. Para enmascarar nuestra ignorancia, para escapar de la obligación, lógicamente necesaria, de reformar la formación de las generaciones futuras y hacer entrar las premisas elementales de la técnica en la cultura general, una sociedad seducida por la facilidad ha inventado, de una manera bastante ingeniosa, el mito de la técnica y sus hechiceros.

EL TECNICO, NOVEDAD SOCIOLOGICA

Para el hombre corriente, el técnico es el único capaz de comprender las cosas, destacándose de la restante masa de los mortales, rodeado de la impenetrable nube de su competencia. El hombre político ha descubierto a los tecnócratas, relacionados más o menos directamente con el técnico, y que comienzan a dirigir los bastidores de toda la sociedad gracias, fundamentalmente, a una competencia ampliamente mixtificada por los que no quieren tomarse el trabajo de llegar hasta el fondo del problema.

Estas reflexiones preliminares no quieren ni mucho menos negar la existencia de una situación nueva y particular, provocada por la automatización progresiva de nuestra existencia, sino, según nuestra opinión, señalar que no basta buscar la explicación exclusivamente en el progreso de la téc-

nica, porque sería peligroso hacer depender nuestra futura suerte de una coartada perezosa.

Entre el técnico y el tecnócrata no hay casi relación de tipo orgánico, lo que quiere decir que no hay ninguna necesidad interna para que los técnicos se transformen en tecnócratas. Ni la omnipotencia de la técnica ni su complejidad justifican el nacimiento de la tecnocracia, que tiene orígenes estrictamente políticos. El técnico propiamente dicho tiene sólo en contadas ocasiones una vocación política. La dominación de la sociedad por técnicos, valiéndose la potencia de la máquina y constituyendo una oligarquía autoritaria, nos aparece, en el momento actual, como algo muy poco probable. Los que habitualmente designamos, con razón o sin ella, como tecnócratas, son, en muy escasa proporción, gentes de auténtica formación técnica.

En gran parte, el tecnócrata aparece como consecuencia de la inadaptación de nuestras estructuras políticas a las exigencias técnicas de nuestra época. Si no tenemos el valor ni la capacidad de transformar profundamente nuestras estructuras políticas e institucionales, tendremos, probablemente, que resignarnos a abandonar el poder a la tecnocracia, que más por necesidad que por voluntad de poder se encargará de administrar nuestro aparato social en un período de interregno de duración indeterminada. El porvenir de la tecnocracia, que se encuentra todavía en sus orígenes, depende exclusivamente de nuestra determinación política. No podremos encontrar soluciones si no nos decidimos a replantearnos todos los problemas que nos obsesionan, liberándonos así de concepciones ideológicas y definiciones superadas por los acontecimientos. En este orden de ideas, y por citar sólo un ejemplo, el sindicalismo no encontrará acogida entre las masas con su política reivindicadora de aumento de salarios, sino cuando comprenda que su fase de este tipo ha terminado definitivamente y de que es necesario presentar rápidamente a los trabajadores nuevas funciones sindicales, susceptibles de interesarles en su existencia individualizada actual.

EL TECNICO, NUEVA CONTRADICCIÓN DEL MARXISMO

El técnico, como novedad sociológica está en contradicción con la teoría clasista de Marx. Su condición jurídica de asalariado no es más que una simple coincidencia sin repercusiones sobre su comportamiento. En ciertos aspectos, está más alejado del obrero que un patrono medio moderno, y además existe en él la tendencia a ser autoritario por el interés mismo de su tarea, exigiendo una sumisión bastante pronunciada de sus colaboradores. Se olvida fácilmente que la disciplina laboral aumenta con la evolución industrial de la sociedad y constituye en cierto modo un corolario del progreso social. En los Estados Unidos, las sanciones por faltas profesionales son mucho más severas y también mucho más aceptadas por los trabajadores que en Francia.

Pero el técnico no se encuentra tampoco en el campo de los patronos. En cierto modo, él les reemplaza sin asimilarse a ellos psicológicamente, porque no tiene ya el sentido de la propiedad. Hora es ya de liberarnos de una terminología liberal mar-

xista que no sirve ya para nada. En lugar de tratar por todos los medios de integrar esta o aquella categoría en tal o cual clase y de justificar las teorías periclitadas del siglo XIX, ¿no sería más útil estudiar la realidad sin prejuicios ideológicos y construir sobre ella una nueva teoría sociológica adaptada a nuestro tiempo?

En este sentido, es necesario comprobar la presencia de técnicos como elementos nuevos, como asalariados dirigentes, susceptibles de relevar a la «élite» capitalista de los últimos cien años. Estos técnicos rechazan toda solidaridad de clase con los obreros y no se consideran en modo alguno como elementos patronales, es decir, como los defensores de un «statu quo» económico y social. Hasta nueva orden, su vocación es dinámica, concentrando toda su preocupación en la producción y en la economía. Sería erróneo suponerles, sin embargo, conciencia social. Para ellos, lo social no es más que algo accesorio de lo económico o de lo técnico.

En el futuro inmediato, la ascensión de los técnicos reforzará las posiciones antiproletarias, vistas desde el punto de vista de la doctrina marxista. El obrero no puede permanecer indiferente ante el descubrimiento de una nueva categoría social intermedia entre el proletariado y el burgués. Comprende, al mismo tiempo, que la aparición del técnico asienta las estructuras de una sociedad no comunista. Para el proletariado, comprendido en el sentido marxista, la sucesión del capitalismo era mucho más clara y más accesible hace treinta o cincuenta años que en el momento actual, donde el puesto de heredero parece haber sido ocupado por alguien todavía no bien definido, surgido de la familia capitalista, pero totalment distinto de su antecesor.

El técnico opone, finalmente, una barrera natural e inconsciente a cualquier socialización de las empresas. Aceptará sin dificultad la socialización de los beneficios, pero se opondrá energicamente a la gestión comunitaria, porque estima que la competencia no obedece más que a leyes politicosociales y que esta competencia es su principal razón de ser. Sociológicamente, el técnico es un fenómeno reciente. Su evolución y su desarrollo no se pueden todavía determinar con exactitud. La última respuesta a la cuestión sobre el papel del técnico será, pues, política. El mantenimiento de nuestro sistema actual desembocará, según todas las probabilidades, a una tecnocracia en la que mantendrán una alianza abierta o tácita los tecnócratas políticos y los técnicos. Únicamente si lográsemos ser capaces de replantearnos todos nuestros problemas y crear una política enteramente nueva, adecuada al siglo atómico, el técnico continuaria siendo un elemento más de la sociedad y no formaría más que una de las categorías que componen el edificio sociológico del mañana.

CRISIS DE LA IDOLATRIA DEL TRABAJO

Civilización del trabajo es un «slogan» de una época fecunda en clichés mitológicos, ahora bien, ¿qué entendemos nosotros por estas palabras? En cierto modo, todas las civilizaciones son civilizaciones del trabajo: pero sobre estas tres palabras muchos de nuestros contemporáneos buscan algo así como la negación de los valores burgueses, la negación del capitalismo, el impulso hacia un «socialismo» ya semirrealizado. Pero no olvidemos que el orden capitalista y burgués forjó una civilización que casi hizo del trabajo una religión.

Idólatra del trabajo, el burgués se señala, decía León Bloy, por el odio conjugado hacia el imperfecto de subjuntivo y la contemplación. La moral burguesa hizo del trabajo la virtud primera. La ciudad burguesa lucha contra la ociosidad, contra el vagabundeo y la mendicidad. En el burgués, el trabajo llega a convertirse en una manía. Se trabaja por trabajar.

Heredero ingrato del liberalismo y del capitalismo, el pensamiento socialista se vuelve contra el pensamiento burgués, aunque desde los primeros momentos se dibujan en él dos tendencias. Una lleva el pensamiento burgués hasta su lógica más extrema. La producción, el trabajo, son objeto de un culto, en el cual cada ser humano puede convertirse en su sacerdote. El mundo comunista es hoy el principal templo de esta devoción. La segunda corriente reacciona contra el pensamiento burgués. Paul Lafargue, el yerno de Karl Marx, proclama el derecho a la pereza. Los sindicatos reivindican la jornada de ocho horas, la semana de cuarenta horas, las vacaciones pagadas. He aquí cómo el socialismo presenta aspectos equívocos.



TRAJES

de línea moderna y elegante

... y de la más acabada hechura en magníficas telas de verano: muselinas, alpácas, «frescos», «jumel», gabardinas de algodón y el tejido «Perlón», exclusivo de GALERIAS. Colores del mejor gusto. Patronaje especial para

todas las configuraciones.

Caballeros, 2.ª planta.

Galerías Preciados

¿En el terreno de los hechos, la Historia lleva hacia una civilización del trabajo? A esto hay que responder que sí y que no. Sí, se piensa, que el trabajo se generaliza y se universaliza, como lo demuestra el progreso del trabajo entre las jóvenes de la burguesía y la sustitución de los servicios personales —la servidumbre— por servicios colectivos. La evolución de las actividades femeninas en los Estados Unidos después de la guerra es, a este respecto, significativa. Además, las categorías sociales, que hasta hace poco vivían en la ociosidad, tienden a desaparecer: el rentista, el propietario, la dama de sociedad, el hijo de papá, etc. Ahora bien, la evolución no es constante y no deja de presentar sus retrocesos. Persisten categorías de ociosos e incluso aumentan las más equívocas, el «gángster», el «gligolo», la prostituta, el proxeneta, el joven existencialista más o menos consagrado a la causa. Se manifiestan hasta en la U. R. S. S., «patria de los trabajadores», como lo prueban las campañas de Prensa contra los «zazous» indígenas. La complejidad de la organización técnica económica y administrativa multiplica los empleos inútiles e incluso parasitarios.

Es cierto que el derecho al trabajo está teóricamente reconocido, pero en el mundo llamado libre, aun con una economía de pleno empleo, este reconocimiento es sólo formal. Y en las «democracias populares», donde el derecho al trabajo es más efectivo, se acompaña siempre de una obligación que reviste frecuentemente la forma de un «trabajo forzado».

El examen de las situaciones actuales no permite hacer pronósticos claros y rotundos sobre las posibilidades de la civilización del trabajo. Además, la consideración de dos fenómenos importantes y dinámicos tienden a poner en duda todo lo que podría asegurarse sobre el porvenir de esta civilización.

CRECIENTE PAPEL DEL OCIO

El primero de estos fenómenos es la sustitución progresiva de la energía muscular por la energía mecánica. El trabajo exclusivamente muscular o de simple atención parece condenado a desaparecer más tarde o más temprano. El ojo electrónico expulsa a los porteros; el control automático elimina de los Metros a los revisores de tickets. El movi-

miento de la pluma apenas si tiene posibilidades de sobrevivir con la invasión de la mecanografía y la cibernética. Que nadie se engañe en la era atómica, que ahora entramos, en el tiempo de los proyectiles teledirigidos y de la tortura electrónica; estas perspectivas están relativamente cercanas. Repitamos una vez más que una civilización de la técnica no se confunde necesariamente con una civilización del trabajo, por lo menos en el sentido que la mayor parte de nuestros contemporáneos entienden aun por esta última palabra.

El segundo fenómeno pertenece a la psicología, y se refiere a la importancia creciente del ocio en la conciencia popular. Este aparece como algo normal en el mundo del cine, de la radio, de la televisión, del deporte. Tanto como el derecho del trabajo, las masas reivindican el derecho del ocio. ¿Ola de pereza?... La explicación sería pereza. Efecto más bien de un género de trabajo psicológicamente insoportable, parcelario, fastidioso, desprovisto de interés, capaz aparentemente de ser suavizado por medios extrínsecos, pero no de reformarse esencialmente. Esta es, por lo menos, la conclusión a la cual llega Friedmann después de sus largos y concienzudos estudios. Cuando el trabajo no libera ni cultiva, el hombre busca su libertad y su cultura en el ocio. Ahora bien, una civilización puede ser una civilización del ocio en la medida que reduce el tiempo del trabajo.

¿Civilización del trabajo o civilización del ocio?

Pasando de los hechos a los principios —que son para nosotros los principios cristianos, los del Evangelio—, ¿qué juicio podemos dar a la civilización del trabajo? La enseñanza social de la Iglesia reconoce altamente la importancia social y moral del trabajo, proclama igualmente el derecho y la obligación al trabajo. Ve en él elementos de áscesis —dominio de sí mismo, disciplina, desprendimiento— y de mística, unión con Dios a través de la caridad. Pero planteemos una pregunta: ¿El Cristo ha venido a predicar el trabajo?... Abramos el Evangelio: se nos ofrece un ejemplo en los lirios del campo y en los pájaros del cielo. Y ello es porque para el pensamiento cristiano, el trabajo no es un fin, ni siquiera un fin intermedio, como la justicia o la paz, sino un simple medio, una obra útil que no tiene otra razón de ser que su utilidad. Un medio de elevarnos, de servir a nuestros hermanos, de servir a Dios, por lo que resulta que los valores del trabajo no son más que valores relativos, orientados hacia un absoluto, por lo que la religión del trabajo, desde el momento que rinde culto a un medio, es una herejía, como lo había dicho justamente Emmanuel Mounier, o más exactamente una idolatría, la idolatría de la actividad.

Una civilización cristiana no puede ser más que relativamente una civilización del trabajo. Esencialmente no es más que una civilización del servicio y de la contemplación. Es posible que la caravana humana pase por la etapa de la civilización del trabajo, lo que representaría un progreso en relación con la civilización del dinero, en la medida en que el actuar está por encima del tener. Pero ni desde el punto de vista de los hechos ni desde el punto de vista de los principios, el cristiano podría considerar esta etapa como definitiva. El objetivo último es una civilización del servicio y de la contemplación, una civilización del amor, una civilización del ser. ¿Una civilización del ocio podría ser esta civilización? La respuesta depende del hombre... con la gracia de Dios.

TRABAJO Y REDENCION

El hombre ha sido cogido de improviso por la introducción reciente en la historia, por la irrupción revolucionaria del hecho moderno del trabajo, no disponiendo a término de comparación con algo semejante en siglos pasados. He aquí por lo que nos encontramos en el umbral de una nueva etapa, de un mundo nuevo. La revolución capitalista e industrial ha hecho aparecer el trabajo como un elemento indispensable de la creación de riquezas y de la expansión económica.

Todo el mundo moderno, con sus filosofías y sus corrientes de ideas, sus sabios y sus investigadores, se ha colocado tras una consigna que puede reconocerse por esta adaptación del «Cogito» cartesiano: «Trabajo, luego soy». Pero esta posición es en realidad una afirmación y una reivindicación de autonomía absoluta y en esta divinización del trabajo, el ateísmo está en germen con todas sus consecuencias.

En convivencia con el calvinismo puritano, el capitalismo surgirá muy pronto, movilizándolo todas las codicias y todas las pasiones al servicio del pro-



En sus gafas... cristales

ZEISS

PUNKTAL 

vecho individual ilimitado, pero logrando indiscutiblemente una de las mayores epopeyas hacia la conquista del mundo.

Por lo que se refiere al comunismo no se puede hablar de una actitud, sino de una doctrina: la autocreación del hombre en la historia se opera por el trabajo, que lucha contra las enajenaciones materiales, mientras que por la revolución política, combate las enajenaciones sociales, segunda naturaleza artificial.

Al margen y en el corazón mismo de estas tendencias, una auténtica mística profana, una espiritualidad laica, anima sordamente a la muchedumbre de trabajadores y de investigadores y de una manera más clara a las «élites», donde existe un auténtico entusiasmo por el trabajo, como medio de realizar el fin del hombre sobre la tierra. Esta mística del trabajo coexiste y coincide frecuentemente con el ateísmo moderno, que excluye toda esperanza de otra vida, ya que es sobre la tierra donde el hombre debe lograr sus fines, dominando y colocando bajo sus pies a la tierra, pues aquí es donde debe desenvolverse dentro de la libertad reconquistada.

Desgraciadamente, y a pesar del éxito práctico e incluso del progreso que hayan podido dar al hombre, capitalismo, comunismo y mística del trabajo o de la investigación, están contaminados por su ateísmo implícito o explícito. Falta e incluso contradicen el humanismo de que se jactan, pues, es necesario destacarlos. La actividad del conocimiento o del trabajo, no consiguen por ellos mismos, más que perder al yo en su objeto, dispersándole de sí mismo.

Capitalismo y comunismo se muestran de acuerdo en su desprecio y en su aplastamiento del trabajador, tan sometido a los imperativos de la economía como a las exigencias de la revolución: el stajanovismo se emparenta con las leyes de bronce de la producción liberal. Una mística, puramente humanista de la investigación o del trabajo se expone siempre a llevar al mismo resultado, al desconocimiento del hombre.

Ahora bien, ante la novedad de estos hechos sociológicos, como ante la llama de este impulso místico del progreso, es necesario decir que el cristiano se ha encontrado como desconectado y sin apoyo. Instalado en un moralismo seco y sin contactos profundos con la riqueza de su misterio, ha intentado salir del paso por dos actitudes contrarias —una la de cerrar el paso a la nueva mística y la otra la de retractarse de una manera desconfiada—sin lograr escapar a la confusión panteísta y naturalista que espía a la primera opción, y cayendo siempre en un fariseísmo estéril, que rechaza prácticamente la encarnación.

UNA TEOLOGIA DEL TRABAJO

Una doble tarea le está encomendada al intelectual cristiano, la de inventar o más bien la de descubrir, una teología del trabajo, que discierna la parte de verdad y de mentira de la nueva fe, pero que sobre todo elabore una doctrina viviente.

La empresa es posible y sería sorprendente que nuestros misterios tan ricos, no nos aportasen sobre este punto, la luz y la vida y que la Revelación no estuviese interesada en la consagración de una actividad tan capital. En verdad es imposible construir una teología del trabajo, sistemática como una filosofía, coherente como un teorema, armoniosa como un templo. Y es que aquí nos encontramos en pleno misterio.

Todos los temas, sacados de nuestros misterios, que facilitan un sentido religioso y místico al trabajo, se resumen en un ideal de caridad. Modelo del trabajo, Dios trabaja siempre, pero este trabajo está animado por una caridad infinita para el hombre. Para tomar todo su sentido, el trabajo humano debe también operar dentro del amor, que es lo que le falta a una moral pura. Ahora bien, este amor es sobrenatural y viene de Dios que es quien nos lo ha creado en nosotros y quien nos ha inspirado su propia caridad. La espiritualidad del trabajo no es, pues, otra cosa que el estado de gracia, pero en su dinamismo, en su intensidad y convertido en una oración permanente, en la prez de Dios en nosotros, que nos suscita el retorno hacia El de nuestros gestos y de nuestras acciones.

Para que este amor sea vivaz es necesario que sea mantenido y alimentado. Paradójicamente, el trabajo supone también el ocio, el ocio de la contemplación y del recogimiento. Ahí está el ejemplo magnífico que nos da Dios el séptimo día, descansando y mirando desinteresada y admirativamente la obra realizada. Por otra parte, el trabajo no tiene como fin el ocio; ¿no encuentra en el ocio

su redención? Ambos están íntimamente unidos. El más precioso es el ocio, con tal de que sea utilizado a consagrar el trabajo y a ofrecerle. María ha escogido la mejor parte, pero Marta, su hermana, es también sumamente útil, y si se la censura es por su apresuramiento y su excitación exclusiva y absorbente. Esta dualidad entre Marta y María nos indica que nuestro deseo de unificar enteramente nuestra existencia es a la vez legítimo y prematuro: ocio y trabajo están aún disociados e importa resistir a la invasión de la actividad, el preservar, cueste lo que cueste, la parte del silencio y la oración, para mejor animar nuestro trabajo de una caridad viviente.

Fácil es comprender que una teología del trabajo no es un asunto pequeño y de orden especulativo y tranquilo, pues la luz que proyecta sobre el trabajo va acompañada por el soplo del espíritu. Nuestras vidas están agitadas, inquietas, movilizadas al servicio de Dios y de nuestros hermanos. El drama del mundo entra en el campo de nuestra visión, con la injusticia, la servidumbre y la muerte, pero Dios se nos presenta en el trabajador y en el pobre: «Ecce Homo». El hombre en sus miserias individuales, pero también en la historia: el hombre del trabajo que trata de salir adelante, para que de lejos la ciudad de la tierra se convierta en umbral de la eterna.

Este carácter doloroso y sacrificial de nuestra acción podía ser previsto por el examen de los grandes misterios a los cuales recurrimos, sin contradecirse, sino más bien completándose e imponiéndonos una dialéctica, que no se resuelve aquí abajo en armonía. Porque es necesario, a la vez, aceptar y negar, encarnarse en el tiempo y superarlo, entrar en juego y retirarse. La Redención debe intervenir para purificar la actividad creadora y devolver el trabajo a su propia esencia, y al hombre más allá de cualquier enajenación psicológica o social: la consagración del mundo no se les puede permitir más que a los que consagran la muerte.

Pero si la condición del trabajo es trágica—colocado entre la vida y la muerte, entre el ser y la nada—, este carácter es nuestra gloria, pues señala nuestra libertad, ya que depende de nosotros, en unión con Dios, que el trabajo humano libere al hombre y le ayude a convertirse en hijo de Dios. La esperanza, por lo tanto, está permitida y el porvenir abierto, pues éste desemboca no sólo en el tiempo, sino también en la eternidad.



...y en sus vacaciones también

Lleve siempre consigo un M-10 BIC y se sentirá en la mejor disposición para escribir a sus amistades y anotar las impresiones de los días felices

Sólo cuesta 8 pts., y en realidad vale un imperio! Montado sobre amortiguadores su flexibilidad le permitirá perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

¡DE UNA SOLA PIEZA! Sin recambio. ¿Para que recargarlo si por el mismo precio puede comprar otro M-10 BIC?

PUNTA
BIC

FABRICA LAFOREST S.L. MAESTRO PALLA 19 BARCELONA



LAS CONSECUENCIAS DEL 6 DE AGOSTO DE 1945

EFFECTOS DE LAS RADIACIONES IONIZANTES EN LA HERENCIA

LAS FOTOGRAFIAS DEL "SOL DE LA MUERTE"



Mujeres japonesas en el momento de llegar a Nueva York para sufrir operaciones de cirugía contra los efectos de las radiaciones atómicas; a la derecha, dos japoneses afectados por radiaciones atómicas

AL cabo de once años de las explosiones atómicas de Nagasaki e Hiroshima se han reunido en Copenhague veinte científicos de nueve países (Brasil, Gran Bretaña, Canadá, Dinamarca, Francia, Alemania, India, Suecia y Estados Unidos) para celebrar un Seminario Internacional sobre los efectos de las radiaciones ionizantes en el hombre y en sus herederos. El fin principal de esta reunión es el de llegar a conocer los «perjuicios genéticos» producidos en los animales por la radiactividad. Estos perjuicios serán considerables en el futuro,

según la opinión de diversos investigadores. Entre ellos, Müller piensa que en el siglo próximo ocurrirán en el Japón tantas muertes como las ocasionadas por las dos explosiones atómicas.

LA MAYOR HECATOMBE DE LA HISTORIA

En 1945, las ciudades japonesas de Nagasaki e Hiroshima tenían entre las dos 505.000 habitantes. El 6 de agosto de ese año fue lanzada la primera bomba atómica sobre Hiroshima, a las 8.15 de la mañana, y tres días después,

el día 9, fue arrojada la segunda sobre Nagasaki, a las 11.02. La explosión de cada una de estas bombas duró una fracción de segundo y hubo 120.000 muertos y 120.000 heridos.

Las causas de muerte fueron clasificadas por herida, por quemadura o por radiactividad. Más de la mitad fue causada por heridas, un tercio por quemaduras y una quinta parte por el efecto de los rayos Gamma y de los neutrones y acaso por partículas Alfa y Beta. Al producirse la desintegración en cadena son transformados en isótopos radiactivos

múltiples elementos químicos que abundan en las ciudades modernas que son atractivas para los neutrones y, por tanto, capaces de hacerse radiactiva. La duración de tal radiactividad varía de unas a otras. Así, tenemos que el cobalto originaría una radiactividad de cinco años por término medio; el calcio, una de seis meses; los sulfuros, de tres meses; el hierro, de cuarenta y siete días; el arsénico, de dieciséis días; el sodio, de catorce horas, etc. Por lo demás, la extensión de la radiactividad residual depende de varios factores. Influye la composición del terreno, ya que si en ésta intervienen o no partículas susceptibles de radiactividad, el resultado variará. Si el estallido se verifica en las alturas, los efectos mortales actúan sobre una mayor extensión en el primer momento y, en cambio, el efecto residual es menor, si se exceptúa el centro de la explosión. Lo contrario ocurriría si explotase a nivel del suelo. También participan diversas condiciones climatológicas, pues el viento favorece la extensión del efecto radiactivo.

Por lo demás, la bomba atómica es un arma de enorme onda explosiva, de calor colosal, unos 20.000.000 de grados (en los laboratorios sólo se consiguen 5.000 ó 6.000 grados), una luz deslumbradora y quemante por sus rayos ultravioletas e infrarrojos, aparte de la referida cascada de sustancias radiactivas, que es la única que interesa a los biólogos, genetistas y médicos, por su posible influencia sobre las células reproductoras y hereditarias de los seres vivientes, en general, y del hombre, en particular.

ESTUDIOS SOBRE LOS IRRADIADOS

Poco después de que explotasen las dos bombas, los médicos japoneses y americanos iniciaron una serie de estudios entre los supervivientes de la catástrofe para investigar las consecuencias de la explosión atómica.

El National Research Council creó un organismo derivado de la Atomic Energy Commission y le designó con el nombre de Atomic Bomb Casualty Commission, in-

tegrado por 900 personas, de las que 150 son americanas. Designó como sede principal a la ciudad de Hiroshima, con dos filiales en Nagasaki y en Tokio. Los trabajos y sus resultados son comunicados a la Atomic Energy Commission, la cual los publica semestralmente.

La Atomic Bomb Casualty Commission se ha dedicado todos estos años al estudio de los trastornos ocasionados por la desintegración nuclear, no sólo en los supervivientes de la catástrofe, sino en sus descendientes. Con este motivo ha estudiado todos los casos de japoneses irradiados y los ha comparado con un número igual de personas procedentes de otras ciudades, como Kure, que tuvo tantas víctimas, destrucciones y calamidades como Hiroshima, pero no debidas a la bomba atómica, sino a bombardeos explosivos e incendiarios.

Las investigaciones biológicas y médicas han recaído sobre la gran masa de japoneses que se encontraban más próximos al vórtice de las explosiones.

Los efectos de una bomba atómica no difieren de los de una explosión ordinaria más que en un solo punto: la liberación de la energía nuclear. La explosión atómica se acompaña de la emisión de rayos constituidos por radiaciones Gamma y de neutrones procedentes de la explosión nuclear. Ambas radiaciones son nocivas para el cuerpo humano y para los animales, pero la acción de los neutrones es proporcionalmente mucho más intensa que la de las radiaciones Gamma. Estas son emitidas durante el primer minuto que sigue a la explosión, mientras que la emisión de los neutrones es instantánea. La influencia de las radiaciones Gamma alcanza a un área de dos kilómetros, mientras que la de los neutrones sólo es de un kilómetro. Por tanto, sólo los seres comprendidos dentro de esta extensión en torno al vórtice de la explosión sufren la secuela de la irradiación en Hiroshima y Nagasaki o, al menos, estuvieron en condiciones de sufrirla. Los japoneses que se encontraban dentro de esa superficie son los únicos que han sido

Para poder sentar un criterio más concreto y fijo sobre varios aspectos, tales como la cancerización, repercusión sobre la longevidad e influencia sobre la genética se precisan varios años más de observación, especialmente en lo que se refiere a la herencia.

Está comprobado que la energía nuclear lesiona la masa cromática de las células reproductoras. Pero las radiovariaciones que origina tienen un carácter recesivo. Esto quiere decir, que las alteraciones o secuelas producidas por las explosiones atómicas no se manifestarán sobre las descendencias de las víctimas japonesas, más que al cabo de varias generaciones. Esto es, en las dos últimas decenas de esta centuria y en el siglo venidero, que es, en definitiva, lo que sostiene Müller.

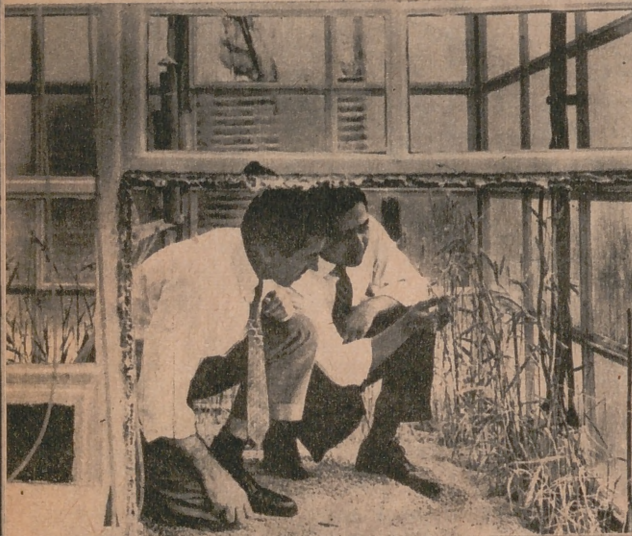
UN AGUSTINO DESCUBRIÓ LAS LEYES DE LA HERENCIA

La ciencia moderna, y en especial la norteamericana, caracterizada por un extraordinario activismo, no puede permanecer impasible. La espera es demasiado larga y las consecuencias inciertas y temibles. Para enfrentarse cuanto antes con las consecuencias sobre la herencia de las explosiones atómicas, los investigadores norteamericanos pronto empezaron una serie de experimentos sobre seres de reproducción más rápida y de gran fecundidad.

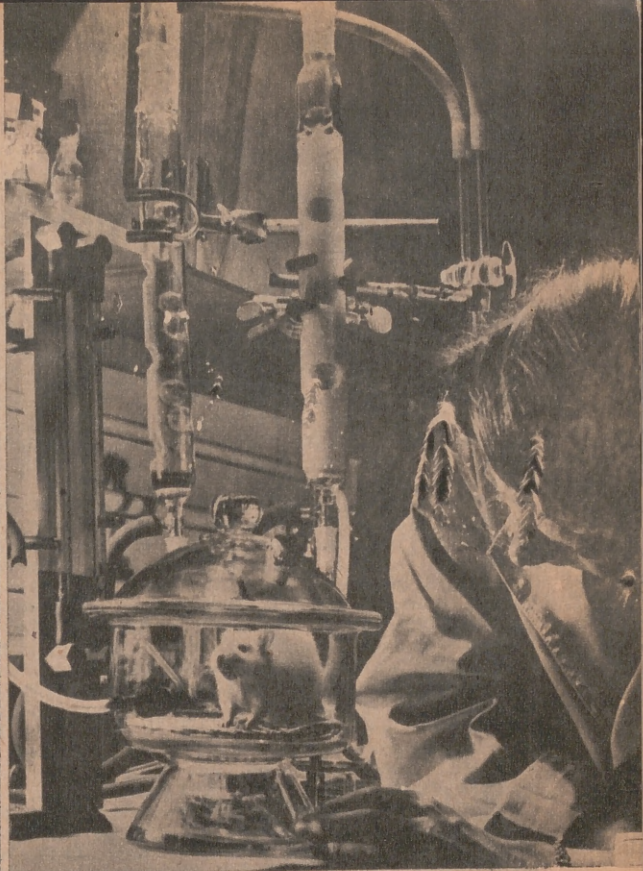
Esto es lo que hizo hace cien años el descubridor de las leyes de la herencia, Juan Gregorio Mendel, religioso agustino y abad del Königskloster de Brunn. Dotado de una intuición genial y siguiendo un método regularmente científico, Mendel llevó a cabo una serie de notables experimentos de cruzamiento de diversas variedades de una misma especie, observando los resultados durante varias generaciones y proponiendo una explicación cuya universalidad han demostrado las investigaciones más recientes.

El carácter recesivo sólo se manifestará mediante matrimonio con híbridos de la misma constitución genética. Por esta causa se conocen pocos caracteres mendelianos recesivos en la especie humana. Esto quiere decir que por recesivas las radiovariaciones producidas por la bomba atómica, son de muy difícil estudio, tanto más cuanto los nombres se reproducen muy lentamente, y los estudios genéticos entre la especie humana encuentran múltiples obstáculos sociales y religiosos.

Pero aun hay más. Los factores hereditarios, llamados por Johannsen *genes*, son muy numerosos en la especie humana. Según Tague Kemp hay más de 80.000, quizá unos 44.000 pares, entre los 48 cromosomas de las células reproductoras del hombre y de la mujer. Su conjunto es lo que se llama genotipo, representando éste, dentro de cada especie, el substratum material encargado de transmitir y conservar la herencia localizada en el núcleo de la célula sexual. Además, hay otra herencia específica, cuyo aparato de transmisión se cree hoy que está localizado en el proto-



La germinación de las plantas se acelera mediante el influjo de la energía atómica, dando lugar a nuevas variedades



En los laboratorios se efectúan constantemente ensayos y observaciones tendentes a averiguar los efectos de las radiaciones atómicas en la herencia

plasma. El tamaño que se asigna a cada *gen* está calculado entre 20 a 60 milimicrones, calculándose que su volumen debe ser de 10^{-6} de centímetro cúbico.

NUEVAS ESPECIES DE ANIMALES

Resultando, pues, muy difíciles las investigaciones sobre herencia, en los japoneses atacados, los americanos se decidieron a lanzarse por el camino más corto. Si para estudiar las consecuencias de la explosión atómica en los nietos de los habitantes de Hiroshima, habría que esperar hasta el año 2000, los experimentos en animales podrían acortar y facilitar estos trabajos. Por eso, cuando en el verano de 1946 se realizaron nuevas explosiones atómicas en el atolón de Bikini, junto con cinco acorazados, cuatro cruceros, dos portaaviones, quince destructores y ocho submarinos, y otros barcos hasta sumar veinticinco de guerra y sesenta y dos mercantes, había también numerosas cabras, cerdos, caballos, ratas e ingentes cantidades de bacterias.

La primera explosión se realizó el día 1 de julio de 1946. Era una bomba a base de plutonio que explotó en el aire a 400 metros. La segunda se lanzó el día 25 de julio, por debajo del agua, produciendo un ruido terrorífico y dando lugar a una tromba de agua verdosa de 600 metros de diámetro, que subió hasta 1.700 metros de altura, para caer luego en descomunal catarata sobre los barcos más próximos. Una nube de vapor y espuma se elevó hasta 5.000 metros. Cinco horas después de la explosión, una zona de radiactividad se expandía en las aguas hasta cinco kilómetros de distancia, comprobándose que

los daños eran mucho mayores que los de la primera explosión, ya que hundía fácilmente a los acorazados, y que las cubiertas, los cascos, etc., estaban tan contaminados, que era imposible permanecer en ellos.

En la explosión de Bikini, 176 cabras, 147 cerdos, 57 caballos y 3.130 ratas, murieron en el acto o antes de un mes, quedando hundidos los barcos en una totalidad de 200.000 toneladas y el resto resultó inhabitable por más de tres semanas. Hundió a todos los buques en un radio de acción de 1.000 metros (acorazados «Arkansas» y «Nagato», y portaaviones «Saratoga»), y averió gravemente a los situados de 1.000 a 5.000 metros del centro de explosión.

Por los experimentos realizados en todos estos animales, se sabe que la energía nuclear produce en los seres vivos lesiones irreparables al cabo de mucho tiempo. La célula reproductiva femenina puede morir precozmente durante su crecimiento. Si sobrevive es frecuentemente infecundable. Si es fecundada, aparecen mutaciones letales o subletales. Estas mutaciones son de carácter recesivo, como ya se ha dicho, y no pueden hacer su aparición nada más que en la segunda o tercera generación. Hugo de Vries, después de realizar experimentos en unas 50.000 plantas durante trece años (1886-1899), observó que habían aparecido bruscamente siete variedades nuevas, hasta entonces desconocidas, cuyos caracteres se transmitían por herencia. Desde entonces, se llaman mutaciones a esta clase de variaciones discontinuas, que pueden ser producidas por diversos factores: naturales, y por la explosión atómica, como se acaba de ver.

Los resultados de la irradiación

con elementos radiactivos en los ratones, han confirmado los obtenidos experimentalmente por otros investigadores en pájaros, mamíferos, peces e invertebrados, según los cuales se demuestra que el embrión es muy susceptible de anomalías y si se le somete a la irradiación. En los animales aparecen cambios en el pelo, en el crecimiento y hasta en la manera de comportarse. Recientemente, en los peces del atolón de Bikini se han descubierto «nuevas especies», que probablemente no sean más que las mismas, pero que por mutaciones tienen algunos rasgos diferentes de los animales tipo.

EFFECTOS DE LA BOMBA DE HIDROGENO

Los investigadores y médicos, aparte de las innumerables víctimas de Hiroshima y Nagasaki, cuentan con otros seres humanos afectados por las radiaciones atómicas. Hace varios años, en el Laboratorio Científico de Los Alamos, se produjeron dos reacciones nucleares occidentales, que alcanzaron a diez personas: a consecuencia de dicho accidente, dos murieron como resultado de la exposición a las radiaciones; las ocho restantes recibieron dosis menores, pero en algunos, sin embargo, suficientes para producir alteraciones clínicas. Uno de los supervivientes presentó las manifestaciones típicas del cuadro de radiación aguda.

El 1 de marzo de 1954, a las tres de la mañana, un pequeño pesquero japonés, de 100 toneladas, el «Fukuryu Maru», pescaba a 145 kilómetros del atolón de Bikini. Algunos de los tripulantes que se encontraban en aquel momento sobre cubierta, percibieron una luminosidad roja, lejana, que

fue seguida, minutos después, de un ruido sordo. Instantáneamente, grandes nubes invadieron el cielo, hasta entonces despejado. Después, cenizas blancas cayeron abundantemente sobre la superficie del mar y la superficie del barco. Este parecía cubierto de hielo blanco. Algunas horas más tarde, terminada la pesca, la pequeña nave se dirigió hacia su puerto de amarre, al que por encontrarse muy lejos tardaron dos semanas en llegar. Al cabo de tres días, la cara, el cuello y las manos de algunos de los tripulantes se volvieron rojas y tumefactas. Un prurito intenso y múltiples vesículas cutáneas aparecieron por las partes descubiertas. Otros de los tripulantes presentaron náuseas. Más tarde, todos los rostros tomaron un tinte rojo oscuro. El día 15 de marzo, a su llegada a puerto, dos hombres de la tripulación tuvieron que ser hospitalizados. Días más tarde, le ocurrió lo mismo a la mayoría de la tripulación. Todos presentaban el mismo aspecto: la cara y el cuello de un rojo moteado de oscuro, estaban cubiertos de vesículas, algunas de ellas ulceradas. Las chadas, y por las narices segregaban un líquido fétido. La radiactividad de todos los enfermos, comprobada con el contador de Geiger, se demostró que era muy fuerte. Según el doctor Tzuzuki, profesor de la Clínica Quirúrgica de la Universidad de Tokio, y presidente de la Sección Médica de la Comisión Japonesa de la Atómico Bomb Casualty Commission, los pescadores del «Fukuryu Maru», padecían la llamada «enfermedad aguda de irradiación». Esta nueva dolencia es debida a tres causas:

- 1.ª Exposición de los tegumentos a la radiactividad de las cenizas que se adhieren a la piel.
- 2.ª Exposición externa a la ra-

diactividad de las cenizas situadas sobre los vestidos, y

3.ª El ataque interno por radiactividad de los productos de fisión susceptibles de pasar a través de la piel, los pulmones y el tubo digestivo

EFFECTOS DE LA IRRADIACION SOBRE LAS CELULAS REPRODUCTIVAS

El estudio detenido de todos los casos humanos de irradiación atómica, ha permitido a los investigadores recopilar una serie de datos. A continuación resumimos aquellos que son objeto de discusión en la Conferencia que se celebra estos días en Copenhague, sobre los efectos en el hombre y en sus herederos de las radiaciones atómicas.

Por el efecto de estas radiaciones desaparecen las células reproductivas. En el hombre la esterilidad es definitiva a menudo, por destrucción de las células madres de epitelio seminal. La esterilidad efectiva apareció a los treinta días. Examinados cientos de japoneses, se comprobó que un tercio era estéril. Aun cuando haya que separar de esta cifra las esterilidades naturales, el porcentaje es bastante elevado. Otras veces la esterilidad se manifestó transitoriamente, durante algunos meses. Por lo demás se conservó la función endocrina, ya que las células de estas glándulas de secreción interna no fueron atacadas.

En las mujeres japonesas aparecieron también signos de esterilidad, menopausia artificial, con obesidad, palpitaciones y calores en la cara. Pero al cabo de unos meses volvieron a la normalidad.

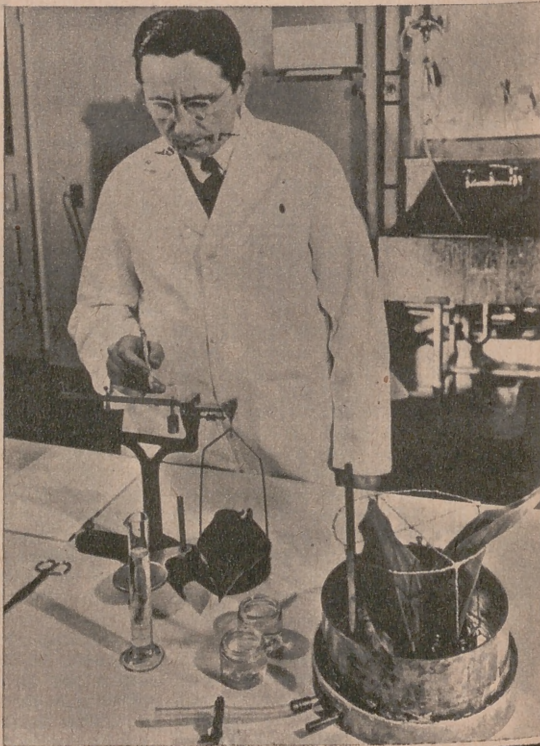
ABORTOS Y MALFORMACIONES

En el hombre es casi imposible transplantar por ahora las expe-

riencias señaladas en los animales, en donde los genetistas también han puesto de manifiesto la acción particular de las radiaciones iónicas sobre el cromosoma, en el que se hallan los ya citados genes, que están integrados por un mosaico de moléculas nucleoproteicas, en los que radican los caracteres hereditarios. Actuando sobre los cromosomas del conejo, los sabios han descubierto que es suficiente una dosis aproximada de 30 r, para doblar en este roedor irradiado la frecuencia de las mutaciones observadas, en comparación con conejos no irradiados.

Por ahora, en los hombres, mujeres y niños japoneses, sólo se pueden encontrar pequeñas alteraciones, comparando la observación de los anormales con la de los niños japoneses nacidos de supervivientes de los efectos de la bomba atómica. A este respecto han sido examinados hasta ahora cincuenta mil niños, y los resultados obtenidos son los siguientes: las anomalías de carácter genético se elevan a 1,40 por 100 en los hijos de padres irradiados, mientras que alcanza el 1,18 por 100 en la descendencia de los que no han sufrido la irradiación. Russell y Russell han demostrado que la irradiación puede originar espina bífida, microftalmia, coloboma, hernia cerebral, imperfección del ano, odonofrosis, oligodactilia y polidactilia. Parece, además, que hay períodos críticos en el transcurso de la gestación, en los que las radiaciones atómicas producen con mayor facilidad malformaciones en el embrión.

También se ha comprobado el curioso fenómeno de que la proporción de los varones nacidos de mujeres afectadas, ha disminuido notablemente, lo que está de acuerdo con el hecho de antemano conocido de que los sujetos de



Científicos especialistas realizan estudios sobre la influencia radiactiva en las plantas de caña de azúcar, almendras, cacao y diversos alimentos

sexo masculino son más sensibles y hábiles que los de sexo femenino.

Las malformaciones descritas y los porcentajes citados no son muy contundentes para poder extraer de su estudio resultados y consecuencias claras. En lo que se refiere al hombre, no creo que la Conferencia de Copenhague aporte hechos muy decisivos. Habrá que esperar a varias generaciones descendientes de los japoneses de Hiroshima y Nagasaki. Hay que tener en cuenta, además, que, por lo común, excepto las monstruosidades muy llamativas, las radiomutaciones ordinarias son muy difíciles de poner de manifiesto, como ya indiqué anteriormente.

Sin embargo, estas malformaciones existen y se han comprobado en el campo de los rayos X y de la radioterapia. Es conocida la ley de Bergonié, respecto a la sensibilidad de las células a los rayos X. Esta sensibilidad está en proporción directa con la capacidad reproductiva e inversa con el grado de diferenciación. Se comprende, pues, que la acción lesiva de las radiaciones sea tanto mayor cuanto más precozmente actúen estas. Son muy conocidos algunos casos de esterilidad causada en individuos (radiólogos, físicos, etc.), por estar sometidos involuntariamente a radiaciones constantes durante bastante tiempo no estando protegidos.

EL PANICO CREA MONSTRUOS

A pesar de que hay muchos hechos que demuestran la acción nociva de las radiaciones atómicas sobre las células germinales y los embriones humanos no se puede achacar toda la culpa a los neutrones ni a las radiaciones Gamma. En Alemania no se lanzó durante la última guerra ninguna bomba atómica, y, sin embargo, se produjeron un número mayor de monstruosidades que en los años de paz. El estudio estadístico de los partos acaecidos en Berlín y sus alrededores durante los años de la posguerra demuestra un notable aumento en lo que se refiere a malformaciones fetales. De un 4.6 por 1.000 global, en 1938, se eleva a un 10, en 1950. Las estadísticas elaboradas en otras ciudades acusan parecidos hechos. Las mismas mujeres achacaban este fenómeno a las tendencias vicisitudes pasadas. Muy pocas admitieron como única causa imputable la escasez y deficiencia de alimentos.

Se conocen casos muy recientes y concretos sobre los perniciosos efectos del pánico sobre la descendencia de la gestante aterrizada. Gubern Salisachs cita el de una mujer que sufrió una descarga eléctrica de varios minutos de duración al sacar una bombilla de un portalámparas. Mientras que duró la descarga, debido a la acción de la corriente eléctrica, quedó adherido al portalámparas su dedo índice derecho resultando varar todos los esfuerzos para retirarlo. De terror, la mujer acabó desmayándose. Llegado al término del embarazo, dió a luz una niña que carecía de meñique y del índice derechos. La ausencia de este último llamó aún más la



Científicos japoneses utilizan contadores Geiger para comprobar la radiactividad de este atún, afectado por polvo radiactivo

atención, ya que el pulgar y el medio eran completamente normales. La nieta de la que sufrió el trauma psíquico presentó al nacer un mielomeningocele y una hidrocefalia, lo que demuestra la veracidad de la ley de la mutación hereditaria de las malformaciones congénitas de Marañón. Por mi parte, yo he observado un caso de espina bífida, tal vez ocasionado por un impresionante trauma psíquico en la madre.

Ahora bien, ¿qué mayor trauma psíquico que la explosión de bomba atómica? El pánico que produjo entre sus víctimas lo describe minuciosamente el padre Arrupe en su libro «Yo viví la bomba atómica», y ha sido comentado científicamente por el psiquiatra Vallejo Nágera.

EL SOL DE LA MUERTE

Muchos supervivientes padecieron trastornos psíquicos después de la explosión de las bombas. Vallejo afirma que no se trataba de psicosis atómicas en el sentido de sobrevivir a la acción de las partículas radiactivas sobre el cerebro. Las reacciones de estos infortunados son perfectamente conocidas y pertenecen al grupo de las «psicosis de espanto». Pánico justificadísimo ante una hecatombe sin precedentes.

Todo sucede voraginosa y rápidamente, en menos de un abrir y cerrar de ojos. Una luz fulgurante, «el sol de la muerte» de los japoneses, que produce una ceguera transitoria y deja grabado en el rostro, por la fuerza de sus rayos ultravioleta y X, la marca de los cinco dedos con los que, instintivamente, las víctimas se han querido proteger la vista. Esta bola de fuego de 800 metros de diámetro se quiebra en llamas rugientes y en nubes rojas arremolinadas, de las que surgen gigantescos anillos concéntricos de niebla blanca, que se abren para dejar paso a una colosal columna, demoníaca y fállica, de humo gris blanco. Su ascensión culmina vertiginosamente a los 3.000 metros en un cúmulo ciclópeo abigarrado y ardiente, que se dilata en forma de pirámide de 15 kilómetros de al-

tura y cinco de base. A la vez, en tres segundos se desarrolla un calentamiento de 20 millones de grados en la proximidad de la explosión, que volatiliza todo instantáneamente.

Indudablemente, los investigadores que se reúnen en Copenhague para estudiar los efectos sobre la herencia biológica de los hijos, nietos y biznietos de los supervivientes de Hiroshima y Nagasaki, antes de decidir nada han de valorar objetivamente esos minutos de terror padecidos por los 250.000 japoneses, víctimas de la más trágica y pavorosa hecatombe bélica colectiva.

Doctor Octavio APARICIO



La radiactividad puede alterar totalmente propiedades de los seres vivos. A la izquierda la fotografía se ven ejemplares de patata, y cebollas tratados radiactivamente; a la cha, sin tratar; pero la leche cambia de



CLAUSURA Y APOSTOLADO ACTIVO

NUEVAS NORMAS PARA NUEVOS TIEMPOS

UNA INSTITUCION NECESARIA EN LA IGLESIA

NO ha sido un hecho aislado; la escena se ha repetido varias veces en estos últimos días.

Una joven, decidida a ingresar en un convento después de haber vencido la oposición de sus familiares, se presenta, angustiada, ante su director espiritual con un periódico en la mano.

—¿Lo ve, Padre? Ya me temía yo que a última hora iban a surgir nuevas complicaciones. Mi papá ha vuelto a confirmarse en su idea. «Mira—me ha dicho—, hasta en Roma creen que esto de las monjas de clausura es cosa anticuada. No me chocaría nada que llegaran a desaparecer.»

El religioso la tranquiliza. Y saca a relucir sus conocimientos de Derecho Canónico. E incluso también su poquito de indignación.

—No hagas caso, hija; son ganas de sacar las cosas de quicio. La Iglesia no sólo no pretende suprimir la clausura de las monjas sino que trata de asegurar su primitiva acepción. Y en cierto modo la hace más rigurosa, aunque prevea casos de excepción habida cuenta de algunas circunstancias especiales que imponen el correr de los tiempos. Por otra parte, la instrucción de que se ha hecho eco la Prensa no representa novedad alguna. No hace

otra cosa que aclarar y detallar algunos puntos concretos de la Constitución Apostólica «Sponsa Christi», promulgada hace ya cerca de seis años.

UN POCO DE HISTORIA

Me ha contado la anécdota un ilustre canonista, especializado precisamente en estas cuestiones: el Padre Gerardo Escudero, C. M. F., consultor de la Sagrada Congregación de Religiosos.

—No es la primera vez — me

aclara—que ha cundido la alarma. Ya a raíz de la promulgación de la «Sponsa Christi»—21 de noviembre de 1950—hubo muchos que llegaron a pensar en una posible supresión o, al menos, en una reforma sustancial de las monjas de clausura. Nada más absurdo; los seis años transcurridos han demostrado todo lo contrario a medida que se ha ido aplicando en las diversas Ordenes femeninas la nueva disciplina canónica de las monjas.

El Padre Escudero habla con



Ingreso de una novicia; al fondo, la Comunidad



A la izquierda, se escucha la misa de familiares a través de la reja de la Comunidad, en el ingreso de una novicia; arriba, monjas de clausura en plena labor; abajo, la última visita de los familiares

conocimiento de causa. Y centra claramente la cuestión.

—En las últimas informaciones ha habido exceso de ruido. Lo cual probablemente tiene una explicación en lo largo y detallado del documento que acaba de aparecer en el «Acta Apostolicae Sedis», que, dicho sea de paso, aún no se conoce íntegro en España.

Sin embargo, el simple enunciado de sus capítulos es más que suficiente para que quien ha estudiado a fondo todas las cuestiones relacionadas con las Ordenes Monásticas femeninas — incluso antes de que apareciera la «Sponsa Christi» — pueda puntualizar ideas.

Por de pronto, hay que recordar que la citada Constitución Apostólica y sus Instrucciones suplementarias—entre las que figura esta última referida exclusivamente a la clausura—afectan únicamente a las monjas propiamente tales—o «Moniales», como dice el Código de Derecho Canónico—

y no a las Congregaciones, Sociedades o Institutos femeninos cuyos miembros reciben el apelativo genérico de religiosas. Las monjas estrictamente dichas son aquellas que pertenecen a auténticas Ordenes—en perfecto paralelismo con la organización de religiosos varones—y su nota característica son los votos solemnes y la vida contemplativa.

Precisamente para salvaguardar estos extremos surgió, desde los mismos orígenes de las Ordenes Monásticas la clausura rigurosa, también denominada clausura papal, por cuanto su transgresión está sancionada con la excomunión simplemente reservada a la Santa Sede.

—Tanto la «Sponsa Christi» —aclara mi interlocutor— como las Instrucciones subsiguientes, lejos de quitar, disminuir o acortar la clausura papal, en cierto modo la extienden, en cuanto que la aplican a conventos que antes no la tenían. No se ad-

miten ya monasterios con simple clausura episcopal, la cual se limita a las casas de Congregaciones religiosas.

DOS CLASES DE CLAUSURA

Pero los tiempos cambian y la observancia de la clausura forzosamente ha de hacerse compatible con las necesidades que imponen las circunstancias. Y admitir las excepciones que aconsejan la evolución de las costumbres o el avance del progreso.

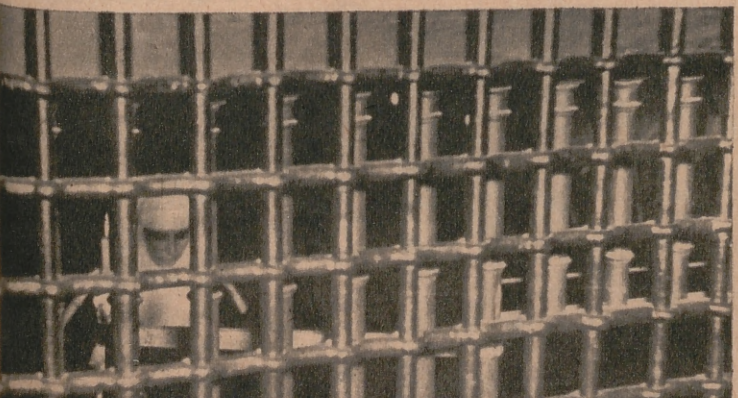
Ejemplo de necesidades. La dedicación a obras de apostolado, siempre que no contradiga el espíritu de las Reglas de la Orden. De aquí ha surgido la principal modificación: el establecimiento de dos clases de clausura papal, mayor y menor. La primera sigue rigiendo en los Monasterios—muy numerosos aún, en verdad—que se dedican exclusivamente a la vida contemplativa pura. La menor se aplica a los de vida contemplativa activa.

Aquí se impone una pregunta: —¿Es necesario que todas las monjas de un monasterio ejerzan obras concretas de apostolado para que se establezca la clausura menor?

—No todas precisamente; pero sí una gran parte. Si son pocas las dedicadas a esas tareas (que, entre paréntesis, suelen ser principalmente de enseñanza) seguirá rigiendo la clausura mayor y ha de pedirse la dispensa necesaria para las monjas que las ejerzan.

La respuesta es concreta, pero hay otros matices que exigen aclaración. Y el canonista la ofrece gustoso.

—No todas las monjas que habitan en el convento donde hay



Tras la reja, la novicia que va a probar espera la visita de los padres

clausura menor pueden acogerse a sus privilegios, sino únicamente aquellas que ejercen el apostolado. Por otra parte, el lugar reservado y destinado a la Comunidad Monástica debe ser netamente distinto y separado de los lugares y locales destinados a las obras apostólicas. Para el primero sigue rigiendo clausura rigurosa.

La mitigación de la clausura no es, pues, tan acusada como podía parecer, a primera vista, ante el enunciado de clausura menor. La cual, por otra parte, no es una innovación tan sustancial como cabría pensar. Viene sólo a convertir en una ley común y a dar estado de derecho a lo que ya antes se conseguía mediante rescriptos, solicitados como casos excepcionales.

Precisamente para no multiplicar en adelante la concesión escalonada de posibles excepciones y para concretar de una vez todos los casos que hayan de surgir, o aclarar puntos que aparecían algo oscuros en la primera Instrucción general publicada a raíz de la promulgación de la «Sponsa Christi», se ha elaborado probablemente esta nueva y amplísima Instrucción que acaba de publicar el «Acta Apostolicae Sedis».

La curiosidad del lector querrá, sin duda, enterarse de alguno de esos casos concretos. El periodista se ha adelantado y así se lo expone a su interlocutor.

—Aunque repito — contesta el Padre Escudero— que aun no ha llegado aquí el texto íntegro, puede afirmarse que las modificaciones se acomodarán a las necesidades de los tiempos. Tanto en la salida de las monjas como en la entrada de extraños.

Y surgen los ejemplos.

El Derecho Canónico permite la salida de las monjas en casos de extrema necesidad: inundaciones, peligro de muerte, etc. Ahora se detalla más: peligro de bombardeo aéreo, requisas del convento por fuerzas militares...

Hay necesidad de una operación quirúrgica, aunque no sea de carácter grave; por ejemplo, la extracción de una muela. Antes, la pobre monjita tenía que esperar le llegara la licencia correspondiente; ahora bastará con que ella o la Abadesa comuniquen el hecho después de realizada la salida.

La Instrucción detallando hasta el mínimo casos particulares, evitará, por otra parte, consultas más o menos ingenuas realizadas por monjas, como aquella que, te-

niendo permiso para visitar al médico especialista, pretendía aprovechar la ocasión para acercarse un ratillo a ver una exposición de arte.

Y se disiparán escrúpulos. Otra monja tiene también que ir a la consulta médica. En el camino recuerda haber oído a la Abadesa que hay que realizar una importante gestión en beneficio del convento, intenta hacerla; pero, presa de dudas, se vuelve al monasterio sin visitar al médico siquiera.

La entrada de extraños al convento también queda perfectamente regulada. Pero en esto apenas si se han modificado las instrucciones del Código. Siguen en vigor las mismas excepciones. Y también idénticas prohibiciones que se extienden a extraños de toda edad y sexo.

MORIR EN RELIGIÓN, COMO EL SOLDADO EN LA GUERRA

Está, pues, bien clara la mente de la Santa Sede. Tiene mucho arraigo en la historia de la Iglesia la Institución monástica femenina, y sus modificaciones no afectarán más que a los elementos accidentales. Los esenciales —votos solemnes y vida contemplativa— quedan siempre intactos e incluso se exigirá su permanencia fortificando su garantía. En cuanto a los elementos complementarios —tal la clausura— podrán ser más o menos restringidos, pero nunca serán sacrificados.

A los tiempos más antiguos se remonta su origen. Hay quien ha visto su primer germen en el velo de las vírgenes; en realidad la clausura se estableció primordialmente para garantizar el cumplimiento del voto de castidad. A principio del siglo VI escribe San Cesáreo de Arlés:

«Si alguna, dejando sus parientes, quisiera renunciar al siglo y entrar en santo recinto donde poder librarse, con la ayuda de Dios, de las fauces de los lobos espirituales, no salga hasta la muerte del monasterio ni de la basilica donde parece hallarse la puerta... Ante todo, para salvaguardar vuestra fama, ningún hombre entre en la parte interna secreta o en los oratorios...»

En toda la Edad Media, el cenobitismo monástico femenino se afirmó como un estado público reconocido y fundamental, y como tal fué definiéndose con más precisión por legislación eclesiástica en sus caracteres generales

y comunes, que se mantuvieron con absoluta fidelidad hasta comienzos del siglo XVI. Y aunque entonces surgieron las Congregaciones e Institutos de votos simples, las Ordenes Monásticas femeninas continuaron fieles a sus Reglas. Y la Iglesia las mantenía en su espíritu con firmeza que el rodar de los tiempos nos hace juzgar increíble.

Año 1578. La Abadesa de un convento italiano pide a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares permiso para que una monja, sobrina suya, pueda ir a casa de sus padres a curarse de un ojo que estaba a punto de perder, después de haber perdido el otro. La respuesta no puede ser más tajante: «Si bien el mal es grave y digno de compasión, no es tal que los Sagrados Cánones y la Bula de Pío V le autorice a salir del monasterio; y por tanto, aquítese la abadesa y consuélese en el Señor, porque es grande honor para la religiosa morir en Religión, como el soldado en la guerra.»

VITALIZACION DE LAS ORDENES MONASTICAS

Forzosamente los tiempos cambian. Y la manera de enlazar las cosas, también. Sin embargo, todavía no hace mucho tiempo, en no pocos monasterios fallecían las monjas, no ya de enfermedad, sino de necesidades y penuria. Ha sido éste otro de los motivos por los que la «Sponsa Christi» ha modificado algunas cosas más o menos accidentales.

Entre ellas, la autonomía y aislamiento de los monasterios. Hasta hace media docena de años, la joven que profesaba en un convento de clausura no podía salir de allí hasta su muerte, como no fuera para ir a fundar otro monasterio. Ahora, la creación de Federaciones permite el traslado de las monjas de uno a otro convento de su misma Orden. Es éste otro de los aspectos en que se ha atenuado el rigor de la clausura. La mayor parte de las Ordenes femeninas han llevado ya a cabo la creación de Confederaciones. Con la ayuda de unos conventos a otros ha ido desapareciendo el fantasma, más o menos exagerado, de las escaseces económicas y deficiencias sanitarias que los acontecimientos de los últimos tiempos hicieron cernirse sobre bastantes cenobios femeninos. La Santa Sede quiere que sigan dedicándose a la oración que se afiance la vida contemplativa y que florezcan en el espíritu de sus respectivas reglas las Ordenes Monásticas femeninas. La implantación del trabajo monástico y la autorización para dedicarse a obras de apostolado no hacen sino reforzar y vitalizar la vida monacal. Las esposas de Cristo, dedicadas primordialmente a su servicio, son necesarias en la Iglesia de Dios. Aisladas del mundo, aunque vivan en él y se acomoden de algún modo a sus exigencias.

Pero siempre velando por el exacto cumplimiento de sus votos solemnes. Y ninguna ayuda mejor que evitar lo más posible el roce con el resto de los humanos. Las celosías y rejas de los conventos seguirán siendo el más rico joyel de las virtudes de sus moradoras.

Gerardo RODRIGUEZ



Visita colectiva de antiguas compañeras de colegio

CUARENTA AÑOS MIRANDO AL MAR

ANTONIO DOMINGO PARRA, VIGIA DE LA TORRE DE MONTJUICH



EN LA SOLEDAD DE SU ATALAYA LEYO CATORCE VECES EL <QUIJOTE>

BARCELONA, ciudad entre montañas, la caracterizan, sin embargo, sólo el Tibidabo y Montjuich. Frente por frente una montaña de otra, la populosa urbe se tiende entre las dos. Si se mira desde abajo, en el Tibidabo se advierten, lejanas y esbeltas, las torres del templo del Sagrado Corazón. Más cercano, en Montjuich, cara al mar y como adelantado de la defensa de la ciudad, el castillo militar. Sobre esta fortaleza hay una torreta cuadrada. Es la torre del vigía conocida popularmente como «la atalaya». Desde dentro del castillo a la torre hay una escalera en espiral que tiene ciento tres escalones. Desde la falda de la montaña hasta esta torreta hay exactamente doscientos doce metros. Cuatro metros cuadrados tiene el interior de la atalaya y cuatro ventanas.

Desde ellas se domina un mar ancho y abierto. Setenta kilómetros de agua. Al Oeste se divisa el cabo de Tossa. Al frente, en los días de visibilidad, surge como un espejismo la dorada Mallorca. Al Norte, tierra adentro, se puede distinguir hasta el llano de Vich, en las estribaciones del Montseny. A los pies mismos del castillo, Barcelona asemeja una inmensa sábana blanca festoneada del verde.

En los días de tormenta el viento se estrella contra los muros del angosto recinto y el cielo, abierto en relámpagos, parece estar muy cerca de la torre. El huracán la zarandea entonces, la lastima mucho más que a las naves abajo en el mar. Dentro de la torre hay varias sillas, una mesa con su teléfono, libros, pa-



Antonio Domingo Parra, vigía de Montjuich, ha cumplido ochenta años. Toda una vida dedicada a la observación del mar

peles náuticos, manuales de Meteorología y un antejo de veinticuatro aumentos. Hasta hace poco también hubo debajo de la escalera un anafe en el que un puchero borboteaba el condumio del hombre que vivía aquí de sol a sol. Este hombre no es un torrero. Es un vigía. Un oficio milenario que ya parece anacrónico. El faro está en otro parte de Montjuich y tiene otra misión. Pero el vigía de Montjuich es una romántica tradición que le queda a la ciudad, como una más de las muchas que Barcelo-

na celosamente conserva. Este vigía es el único que queda en España. Durante cuarenta y dos años este hombre ha atalayado el horizonte incansablemente.

**UNA PROFESION QUE
NO DEPENDE DE
NADIE**

Con su intensa vida marinera, Barcelona contó desde hace muchos siglos con la atalaya del vigía, cuya misión era anunciar los barcos enemigos que se acercaban. Los vigías fueron muchas veces los que libraron a la ciu-

dad de invasiones, pues daban la alarma con tiempo para organizar la defensa contra las naves corsarias. Una hoguera era la señal de peligro. En 1466, el vigía de Barcelona dependía del «Concell del Cent». En tiempos menos inseguros, el vigía limitó su función a avisar a las casas armadoras de la proximidad de sus buques, para que prepararan con antelación las faenas de la carga y descarga. Así, cuando el buque arribaba, ya se encontraba en el muelle todo dispuesto y los trabajadores a punto. No se sabe con certeza en qué año los vigías dejaron de pertenecer a todo organismo oficial. Era una profesión libre y que se heredaba de padres a hijos. Recibían sólo una remuneración de las casas consignatarias por cada buque que entraba y había sido anunciado por el vigía. Y así ha llegado hasta nuestros días. Tenían los vigías sus refugios mal instalados y en el punto más elevado de Montjuich; pero en el siglo pasado se les edificó la actual torreta sobre el castillo, con lo que la altura era mayor y mayor la resistencia de sus atalayas. Las autoridades militares cedieron la torreta a perpetuidad para los vigías. Ellos, en recompensa, les avisaban también de los buques de guerra extranjeros que se aproximaban, para que las baterías del castillo dispongan las salvas de ordenanza. También el vigía está encargado de dar todos los días el parte meteorológico. Y, sin embargo, es un hombre libre. Un hombre que no pertenece ni a la Comandancia de Marina, ni a las autoridades del castillo, ni a Obras Públicas. Es sólo un sujeto, una misión casi ilusoria ya en nuestros días y un hombre. El que había antes se llamaba Domingo Brugués, catalán. El actual, amigo íntimo del vigía Brugués que a la muerte de éste heredó el puesto hace cuarenta y dos años, es un granadino, que está ahora de actualidad porque la Ciudad Condal con hidalgo afecto ha celebrado los ochenta años de su vigía, el popular Antonio Domingo Parra, a quien unas veces le llaman el señor Antonio y otras don Antonio.

CIENTO CINCO ESCALONES EN LA CALLE DEL ROSAL Y CIENTO TRES EN LA TORRETA

Pero el señor Antonio, el vigía, ha cumplido estos ochenta años convaliente de una bronconeumonía que cogió en la torreta. Por esto el periodista tiene que ir a encontrarlo a su domicilio. En la calle del Rosal, número 4, en el modesto y trabajador barrio de Pueblo Seco, en un cuarto piso, naturalmente sin ascensor, vive el vigía de Montjuich.

A las doce en punto de la mañana el anciano vigía está haciendo la comida del mediodía. La habitación es reducida y de sencillo ajuar. En ella se abre una terracita que da a un patio de vecindad. Sobre la mesa camilla, platos colmados de arroz con guisantes; en medio,

una fuente de buquerones fritos. A un lado, otra con ensalada, y a otro lado, un frutero con peras y melocotones. Zquetes de pan prodigados a cada comensal y una sana y alegre cordialidad en todos los ocupantes de la mesa. Sin éstos una mujer anciana, una muchacha como de veinticinco años, con un niño en brazos, su hijo, y un nombre joven con trazas de obrero. Presidiendo la mesa, con un guardapolvo amarillo, un hombre de poblados bigotes blancos. Y es imposible evadirse de la emoción de la sencilla escena. Sin embargo, para no interrumpir a la familia, me excuso y prometo volver más tarde. Pero don Antonio, el vigía, ya se ha levantado y viene hacia mí. Es un hombre de mediana estatura que anda derecho y ágilmente. Nadie diría que tiene ochenta años. Y que con voz firme me dice, casi abriendo los brazos:

—¡Pero qué se va usted a ir! Si le he conocido por el acanto que somos paisanos. ¡Qué alegría! Siéntese. Muchos periodistas han venido. Ayer mismo, los de la radio; pero con usted, con más confianza. Como si fuera de la familia. ¡Qué casualidad! Yo soy de La Mamola. Un anej de Polopos. Sí, entre Adra y Motril...

—¿Y está usted ya mejor?

—Ya lo creo. Más flamenco que un garrotín. ¡Bah! Eso ha sido por culpa de las grietas que tiene ya la atalaya. Se cuela el aire por ella que es un primor. Yo le hago todas las reparaciones de cristales y pequeñas cosas, pero esto ya es mucho para mí. He avisado a unos y otros organismos. Veremos quién la arregla. Creo que tendrán que examinarla también los ingenieros militares. Como está encima del castillo, ¿sabe? Si no la arreglan pronto nos moriremos todos allí este invierno. Ahora yo ya salgo, doy un paseito de una hora al sol, por aquí al lado, por el Paralelo, en la acera de Apolo, ¿sabe usted? Después me vengo y ceno a las seis, y a las siete me acuesto. Por eso comemos tan pronto, al mediodía, porque yo no estoy aún fuerte.

—¿Estos escalones no le cansan? A mí me han cansado un poco...

Y este anciano de gracejo, y que ríe por cualquier cosa vuelve a reír ahora de muy buena gana:

—¡Pero qué juventud ésta! Yo me subo estas escaleras tan tranquilo. Y las de la torreta. Aquéllas son 103, como usted ha visto, y éstas, 105. Y además subir toda la montaña de Montjuich a pie.

—¿Y por qué a pie?

—Pues porque el funicular empieza a las nueve y yo tengo que estar allí a las cinco de la mañana. La misión es de sol a sol.

—¿Quién es el que está ahora allá arriba?

—Tengo dos ayudantes. Juan y Diego. Cuñados los dos, y los dos están en la fábrica del gas. En los ratos libres venían a ayudarme. Ahora se parten el turno entre los dos. Este es uno de ellos—y señala

la al hombre que come su arroz con apetito.

—¡Ah! ¿Pero no es su hijo?

El señor Antonio vuelve a reír con la estallante hilaridad de un muchacho contento. Por él contesta con timidez el obrero:

—Don Antonio siempre quiso ser libre. Es célibe.

Ahora soy yo la que río.

—Crei...

El simpático y risueño anciano ya me explica:

—Esa es la abuela de éste. Y ésa, su mujer, y ése, el pequeño. Lo quiero como si fuera nieto. Verá usted las cosas que pasan. Estos demoraban casarse por la casa. Y como hay que tener corazón y generosidad en la vida, yo les dije: «Nada, os venís a mi casa y no hay más que hablar.» Este trabajaba en un bar en la falda de Montjuich, y en los días malos, cuando me veía pasar, venía a ayudarme a subir un poco. De eso lo conocí. Ya ve usted lo que son las cosas. Luego, él y su cuñado empezaron a venir a visitarme a la torreta. Justo como yo hacía hace cincuenta años con mi amigo Domingo Brugués. ¿Y es que el mar, ¿sabe usted?, es un hechicero. Atrae a algunas personas sin que se pueda uno librar de esto. Yo, como desde pequeño me había criado allí, en la orilla de él, en la playa de La Mamola, lo quería mucho. Y, al fin, empecé a hacerle el turno a Brugués. Estos también empezaron así y convinimos en que ellos dos serían mis ayudantes. Yo los impuse en todo, y ahora, entre los dos, hacen so los el oficio a la perfección, hasta que yo ya me encuentre con fuerzas para volver a subir. Pero no se crea que aquí estoy sin hacer nada. Hago los recibos para cobrar las entradas a las casas consignatarias. Estos, ¿ve usted?

Y hay una lista: Vapor «Mar Caribe». Carga algodón. Procedente de Nueva Orleans. «Lucania», pasaje, de Génova... Así, diez nombres.

—¿Cuántos barcos entran diariamente?

—De los comerciales, que son los que nosotros avisamos, diez o doce.

—¿Cuánto le dan por cada uno?

Diez pesetas. Cuando empecé nos daban dos cincuenta. Yo, lo que saco, lo reparto con Juan y con Diego. Pago el teléfono, pongo los cristales rotos y hago de mí cuenta los pequeños arreglos. El teléfono lo tenemos desde después de la guerra, que, por fin, me lo pusieron. Hasta entonces había tenido un antiguo telégrafo de señales por medio de bolas, que, con vergas, se izaban en todo lo alto de la torreta. Lo malo de esto era que cuando había tormenta o hacía mucho viento nos tiraba éste. Tenía a veces que ponerme de rodillas para que así me combatiera menos, y de esta postura ir subiéndole las bolas. Por ejemplo: un barco inglés, se subía una bola en un aspa del aparato de señales; tres bolas arriba y una más en la otra aspa. Un barco francés tenía un mecanismo de una bola, tres y cinco. Un español, dos bolas solamente. Este telégrafo de señales lo inventó don Agustín Mauri. Las casas consignatarias que estaban esperando buque miraban desde Barcelona a la torreta, y, según las bolas, ya sabían de qué se trataba.

Ahora es más fácil y se pueden dar todos los detalles por teléfono. Yo miro con el antejo y dos horas antes de llegar ya los veo y les aviso, y hasta les digo el nombre del barco.

—¿Pero lo alcanza usted a distinguir con el antejo?

Don Antonio ríe francamente, como siempre:

—No; eso sería imposible a esa distancia. Lo que ocurre es que yo, de tantos años ya, los distingo y conozco por la silueta. Si no es barco que entra por primera vez; con los otros nunca me he equivocado.

«YO ERA VIAJANTE DE MAQUINAS DE COSER»

El obrero del gas y ayudante del vigía se ha levantado:

—Don Antonio, ¿le preparo también hoy su manzanilla?

Y se la carga bien de azúcar. Se ve que lo hace como si cuidara a un padre.

—¿Tiene usted mal el estomago? —le pregunto.

—No; es como un recreo después de las comidas. Yo como de todo y nada me hace daño. La manzanilla me gustó siempre y es muy buena para la salud. En cambio, nunca tomo vino.

—¿Y fumar?

—Eso, sí; pero no mucho. Yo domino al vicio y fumo lo que quiero. No se debe consentir que el vicio le domine a uno. Hay que ordenarse en la vida, si no la vida se encargará de ordenarle a uno. Fíjese yo lo bien conservado y ágil que estoy. He tenido siempre mucho cuidado en no desordenarme...

—Y hasta la ropa la cuida bien —interrumpe la madre del pequeño.

—Vaya que sí. Mire este guardapolvo que me pongo en la casa tiene cincuenta años. Lo llevaba cuando era viajante. Sí, yo viajaba por esta zona de Barcelona a Gerona las máquinas de coser «Berta». No era una marca muy acreditada, no, pero las vendía baratas y me compraban mucho. Yo me vine de Granada cuando me licencié y así trabajaba, y cuando llegaba a Barcelona paraba en casa de una hermana mía que estaba casada con un francés. Y una vez hice amistad con Brugués y empecé a subir a la atalaya. Cuando estaba viajando sólo pensaba en venir a Barcelona para subir allí. Era un espectáculo tan maravilloso que el alma se exaltaba... Se veía palpablemente la grandeza de Dios...

El vigía también se exalta hablando. Antonio Domingo Parra es un hombre de gran espíritu y acendrada religiosidad.

—Después—continúa el anciano—en 1909 hubo una de aquellas famosas huelgas en Barcelona. Me cogió a mí aquí de regreso de un viaje. La ciudad andaba desquiciada. Y yo me subí con mi amigo Brugués. Le dije: «Mira me quedo aquí hasta que todo pase. Allá abajo están como locos...» Y estuve diez días enteros sin bajar. Aquellos diez días me sirvieron ya del veneno de desear la paz de allí arriba. Cuando recordaba la torreta ya no tenía sosiego siendo viajante. Por eso estaba decidido y cuando mi amigo se puso enfermo no vacilé en sustituirlo. Tres años interino hasta que él murió



En 1910, con el vigía, don Domingo Brugés y su familia en la atalaya de Montjuich

Y este hombre que así ama la soledad no es un hombre triste, ciertamente, sino un hombre alegre, simpático y de carácter abierto y decidido. Como si adivinara él mis pensamientos me aclarara:

—Y no crea usted que me fui allá arriba cuando los tiros de la huelga por miedo. No, ni mucho menos. A mí no me asusta la lucha. Lo que me daba tristeza era el odio. Miedo no lo tuve nunca. Mire—y me enseña su muñeca con una enorme cicatriz—, es un machetazo de Filipinas. Y cuatro más que tengo en la espalda.

—Don Antonio, enséñele usted las cruces...

—Bueno, hijo. Trae el maletín.

EL CABO ANTONIO DOMINGO PARRA, EL ÚLTIMO QUE SE RINDIÓ EN LA ISLA DE LUZÓN

De un maletín viejo, don Antonio extrae unos amarillentos papeles y dos cruces. Una de ellas es la Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo.

—No sé ni cómo me la dieron, porque yo nunca conté a mis je-

fes lo que había sucedido. Y ellos, los que estaban en Manila, estuvieron por las circunstancias de que nos partieron las fuerzas contrarias, tan desconectados de nosotros que no creo que nunca pudieron enterarse. Esto creo que se lo voy a contar por primera vez a usted. Nunca quise hablar de ello. Me ponía angustiado. A un hoy, ve usted, me pongo nervioso al pensar que a pesar de que éramos como jabatos, nos vencieron por la Escuadra y la superioridad de material. Yo fui a Filipinas porque estaba haciendo el servicio en Cádiz en el regimiento de Pavía. Luego nos llevaron a Guadalajara donde se formó el batallón de Cazadores Expedicionario número 8. Y nos trajeron a embarcar aquí en Barcelona en el transporte «San Fernando». Nos llevaron de refuerzos. Y nada más llegar empecé el jaleo. Era el 11 de mayo de 1898. Fué al amanecer. Al ver aparecer la formidable Escuadra enemiga todos nos dimos por muertos. Pero nuestro entusiasmo fué inenarrable cuando vimos que frente a Cavite, nuestro barco de guerra, el «Isla de Cuba», que creo mandaba el co-



El octogenario vigía de Montjuich es un hombre que ha leído catorce veces el «Quijote», representa sesenta años, anda ágil y derecho y tiene excelente memoria

mandante Cadalso, se fué al abordaje. Pero fué un suicidio. Murieron todos como héroes. A nosotros, por razones de estrategia, nos desplegaron por la isla de Luzón. A mí, que ya era cabo, me mandaron con veinticinco soldados y seis carabineros indígenas a un paraje que se llamaba Nipa. Allí me mandaron que pusiera el puesto en la casa de un indígena. Nuestro capitán se quedó con las restantes fuerzas en la posición Maribeles. Yo siempre estaba alerta y gracias a eso pudimos salvarnos. Me acuerdo que muchos días me decían mis soldados que los dejara salir a ver cómo plantaban los indígenas el arroz. Porque era una cosa muy curiosa. Como aquella gente era muy floja para el trabajo, los capataces, para que dieran rendimiento, llevaban un tamborcito. Lo tocaban a buen son y a su compás ellos iban poniendo las matas. Los españoles, claro nos divertíamos mucho con aquello y yo dejaba muchas veces salir a los soldados e ir hasta los arrozales. Pero aquella mañana me escamó lo siguiente. Muchas veces venían mujeres a buscar las sobras de la comida. Aquella mañana también vinieron, pero se quedaban de lejos y parecían no se atrevían a acercarse y llegar a la casa. Entonces yo, que ya chaurreaba algo el tagalo, les dije: «Año dito babais». Que quería decir: «¿Por qué no entráis?». Ellas no contestaron, pero un muchacho que pasaba cerca dijo: «Mairon tabacog». Quería decir que tenían miedo. Y entonces yo pensé que se preparaba una emboscada. Y grité a mis hombres: «¡Todos a las armas!» Sin embargo, yo salí un momento a hacer una descubierta. Y vi venir al dueño de la casa. Como no desconfiaba de él le dejé acercarse, y cuando estaba a dos pasos se abalanzó contra mí y con un machete que llevaba escondido me arrancó casi la muñeca. Se conoce que era la señal convenida. El hombre era un traidor. Como moscas salieron los enemigos que estaban escondidos. Y yo, con el furor de los veintinueve años, le clavé al hombre que me había herido mi machete en la barriga. Pero ya estaban todos sobre mí y sentí en mi espalda cuatro tremendos golpes. Creyeron que estaba muerto y se fueron a atacar la casa. Mis soldados los recibieron a tiros y no pudieron tomar aquel día. Cuando se fueron los míos vinieron por mí. Al ponerme de pie, tenía las botas llenas de sangre por dentro, de tanta como me había caído de las heridas de la espalda. Al día siguiente empezaron a gritar desde los árboles del bosque que había enfrente: «Cabo Parra ríndete, que eres el único que queda en la isla de Luzón». Mis soldados vinieron a decirme al camastro donde estaba yo tan mal herido: «Cabo, piden parlamento». «Preguntadles —les dije— si se han rendido los de Maribeles». Y contestaron que sí. Pero yo no me fié. Y a la noche, amparado en la oscuridad mandé un emisario. Efectivamente, el enemigo estaba dentro de Maribeles. El teniente estaba herido y prisionero, pero el papel puño llegar a él, y me contestó con otro que decía: «De-

fiéndose hasta donde le dice la Ordenanza». Y yo sabía que la Ordenanza decía hasta derramar la sangre. La sangre ya la había derramado, pero tenía una duda. No recordaba bien si decía «hasta la última gota de sangre». Entonces teníamos que resistir más. Por la duda seguimos firmes. Cuando por fin consiguieron entrar éramos piltrafas sangrantes. Si no, no se hubieran atrevido. Eramos todos muy aguerridos. Allí había castelanos, catalanes, andaluces, extremeños, de todos los sitios. Esta es la isla de mis hombres. La pude salvar y ya no me he separado nunca de ella.

En amarillento papel y con tinta ya desvaída hay consignados muchos nombres. Mi mano tiembla de respetuosa emoción al coger el papel. La lista empieza así:

«Francisco Castro Bellver. Alonso Ruiz Moreno, Alejandro Solano, Juan Llanos Quesada...»

El antiguo cabo Parra dice ahora apagadamente:

—Quizá muchos de ellos estén muertos ya. Si no lo están llorarán al leer esto. Estoy seguro...

EN LA PUERTA DEL RIO PARIS EL ENEMIGO NOS PRESENTO ARMAS.

El anciano continúa:

—Manila, que aún resistía, cargó a los heridos y prisioneros. Me llevaron a un hospital de aquella ciudad. El general Jáudenes nos dirigió una arenga hermosísima.

Luego, al fin, se hicieron las capitulaciones. Cuando salimos por el Puerto del Río París para ser repatriados, el enemigo nos presentó armas. Dicen que era una de las condiciones para la entrega que había puesto el general Peña.

—¿Volvió usted a su pueblo?

—Sí.

—¿Tenía allí amores?

Por un momento la expresión de este buen anciano se ensombrece.

—Sí, yo quería mucho a una mujer y ella me quería a mí. Pero sus padres la casaron con otro. Por eso me vine de viajante a Cataluña. Muchos años después fui otra vez al pueblo. Unas primas mías me invitaron a su casa, y la habían llamado, sin decirle nada a ella ni a mí para que nos viéramos. Pero tan pronto estuve delante de ella se desmayó. Yo entonces le dije a mis primas: «¿Cómo habéis hecho esto?» Y ellas se disculparon diciendo que no podían suponer que aún me quería tanto. Tenía su casa, su marido, su hijo, ya mayorcito, pero aún era a mí a quien solo quería. ¡Hay que ver lo que son las cosas de la vida! Y tiene uno que hacerse fuerte apretarse el corazón y renunciar a todo. No quise volver más. Pero nunca la olvidé. ¿Cómo es posible que pueda haber en el corazón tanta ilusión por una persona!...

Se para sin poder hablar, venido por el recuerdo. A mí una intensa angustia me aprieta la garganta. Y estamos unos momentos en silencio emocionado.

—¿Qué le servía a usted de consuelo?

—Los libros y el horizonte. He leído mucho. El «Quijote» catorce veces. Cervantes nos enseñó la lengua. Antes de él, el castellano

era un «popurri». También uno de los libros que más me ha gustado fué la «Vida de Cristo», de Papini. Papini tenía una fuerza extraordinaria para escribir. Yo había momentos que me escalofriaba su verismo. También me gustaba mucho la dedicatoria: «Para los que no son católicos y para los que creen serlo.» Era verdad. Es un libro para todos. Yo lo dejaba muchas veces adrede encima de la mesa de la torreta. Esto tenía un porqué. Como usted sabe, el castillo de Montjuich es también prisión militar. A los soldados no los dejaban subir; pero a los jefes y oficiales, sí. Venían algunos ratos conmigo. Charlábamos. Sobre todo los recién llegados se desesperaban. Alguna cosa de indisciplina o mala cabeza. Nada grave. Pero no lo podían resistir. Entonces yo dejaba el libro. Y ellos se lo llevaban. Cuando lo habían terminado de leer estaban cambiados. Era mi propaganda de Dios, ¿sabe? Me gustaba hacer bien a sus almas.

La anciana dormitaba. La madre cantaba al niño. El obrero preparaba, no sé qué para llevarse. Cuando vuelve don Antonio, con precaución le dice:

—Anda, hijo, vete tú ya, que vas a llegar tarde a la torreta.

Y volviéndose a mí me explica:

—Este va por la mañana a la fábrica y por la tarde a la alabala. Y su cuñado, al revés. Por la mañana está allí arriba y por la tarde va a la fábrica. Ya le anda a los dos el amor al mar y a la paz rondándolos. Y es que desde allí todo es distinto. A mí me parecía que todo lo que se veía abajo era sano y limpio y que todos los hombres eran buenos. Es que allí sólo vive uno abismado en la Naturaleza. Miraba yo todo aquello y daba gracias a Dios por haber hecho para nosotros los hombres tales maravillas. Y no tenía nunca ganas de bajar. ¿Para qué? Y eso que me pasaba días enteros sin hablar con nadie. Cuando no iban los militares o el capellán a verme, pues solo. Me hacía yo allí la comida. En un anafito pequeño que tenía. A lo mejor me enteraba de un suceso notable cuando ya había pasado mucho tiempo. Ahora ya sí. Ahora tengo la compañía de Juan y Diego. Y aquí toda la familia.

—¿Vió usted alguna vez naufragar un barco?

—No; estas aguas son relativamente tranquilas. Lo que sí sucede aquí es que muchos barcos se despistan y embarrancan en la desembocadura del río Llobregat. Yo aviso en seguida que me doy cuenta. O cuando algún barco se prende fuego en alta mar y yo lo veo. Hasta que salen a prestarle auxilio, yo estoy nervioso.

Oyendo a este hombre sencillo, sin estudios, pero de tan gran sensibilidad hay que asombrarse.

Se asoma un momento a la azotea y mirando el cielo dice:

—Por la costumbre ya no me hacen falta aparatos. Le voy a hacer a usted el parte meteorológico de hoy: Cielo: 4/10 cubierto. Viento: fresquito S. Mar: rizada. Visibilidad: 20 k. Barómetro: 761 m/m. Termómetro: 22 grados. Cariz: bueno.

Carmen ROSELLO
(Fotografías de Valls)

CIUDADES VOLANTES EN ESPAÑA

50.000 CAMPISTAS DE TODOS LOS PAISES DE EUROPA

CATALUÑA, LA REGION MAS FRECUENTADA



Campistas alemanes en la Casa de Campo de Madrid

HACE siete días, el sábado 4 de agosto, cincuenta automóviles con sus correspondientes remolques, atravesaron las calles de Barcelona. Esta caravana constituía una auténtica ciudad sobre ruedas, con casas transportables, que iba a formar la última y más grande ciudad volante asentada en España: Cincuenta familias inglesas, que totalizan cerca de dos mil individuos, están acampadas en Montjuich y realizan parte de un programa de visita a Europa en la nueva y actual modalidad del camping.

Los medios propios de locomoción han hecho dividir el camping en grupos o agrupaciones de practicantes. Dejando aparte los visitantes que vienen en tren con su personal tienda de campaña, existe el ciclo-camping, el motocamping, el auto-camping e incluso el camping en piragua, en el que los campistas se trasladan en estas frágiles, pero rápidas, embarcaciones desde un lugar de salida de la costa hasta otro situado a muchos kilómetros de distancia, haciendo etapas en aquellos puntos que juzgan más apropiados o donde existan terrenos dedicados especialmente a la acampada.

Pues bien; los cincuenta carruajes ingleses forman parte de una especial modalidad del camping: el «caravanning». En ella, el practicante no vive en tienda de cam-

paña, sino en su propio coche o remolque—(roulottes) o «trailers»—, por lo que queda descartada toda idea de turismo modesto.

España, en este verano, ha visto y ve prosperar por sus cuatro puntos internacionales estas ciudades de lona, que crecen un día para menguar al otro y volver a crecer al siguiente, en terrenos dedicados especialmente para ello. Cincuenta mil campistas de todos los países de Europa han llegado en tren, automóvil, motocicleta o bicicleta, a los terrenos de camping españoles. Y ya en ellos, guardando las reglas de la buena armonía y de la moralidad, han descansado de su viaje, han reponido fuerzas y han disfrutado del sol y del paisaje vario y múltiple de los campos y las ciudades españolas.

ALEMANES Y AUSTRIACOS EN CATALUÑA

En Roca Grossa, entre Cal·la y San Pol de Mar, provincia de Barcelona, se alza «La Cabra», un terreno de camping donde cerca de un centenar de tiendas blancas, amarillas o verdeoscúras, perfilan entre los pinos su piramidal perspectiva; en el kilómetro 681 de la carretera general de Barcelona a Gerona en el Municipio de Malgrat, funciona «Masía Kurfert», terreno de camping de segunda categoría; en el litoral de

Pineda se levanta «Pineda», otro terreno acotado para el camping; en Mongat, litoral, doscientas personas disfrutari en plena armonía, renovándose en cada semana, de las excelencias de la brisa mediterránea; en el Municipio de Vendrell, en la provincia de Tarragona, tres campamentos de camping abren sus puertas: «Comarruga», «Brisamar» y «El Francàs»; en Lérida, en Seo de Urgel, en el mismo valle de Andorra, está «Envalira», terreno de camping de segunda categoría; en la playa de la Fosca, Gerona, a dos kilómetros de Palamós, otra ciudad de lona que crece y decrece se agrupa bajo el apelativo genérico de la playa; en San Antonio de Calonge, junto al hotel Caribe, a dos kilómetros de Palamós, sobre la carretera de San Feliu de Guixois, está «Colonge», el mejor terreno de camping de España, de primera categoría y uno de los más sugestivos de Europa; entre S'Agaró y Playa de Aro se vislumbran las tiendas de «El Pinell», y en el pinar de Bernalúa, a dos kilómetros de Caldas de Malavella, junto a la carretera, el blanco de las tiendas contrasta con el multicolor de los vehículos que junto a ellas reposan su kilometraje.

En total, quince magníficos terrenos de camping hacen de Cataluña la primera región española de la especialidad.



Los remolques son la mejor tienda de campaña

«Calonge», como hemos dicho, es un terreno de primera categoría. Dispone, para uso de los acampados, de accesos útiles para toda clase de vehículos, carretera interior en el terreno, luz eléctrica, lavabos, fregadero, duchas, inodoros, servicios de urgencia, piscina, cine al aire libre, pistas de deportes, embarcadero, restaurante en el propio terreno, estafeta enchufes y tomas de corriente eléctrica para usos domésticos; etcétera, etcétera...

Pues bien; para «Calonge» este año ha sido el año de los alemanes y de los austriacos. Por «Calonge» han pasado, en los cerca de tres meses que empezó la fuerte afluencia, dos mil alemanes y cerca de setecientos austriacos. Entre los campistas que llegaron a «Calonge» por medio del Steiermärkischer Campingclub, figuran doce jóvenes mineros que por vez primera han ejercido este año la modalidad. Guiaba el grupo—permanecieron durante el mes de julio—un capataz—Otto Bauer—, que ya estuvo anteriormente en España y que fué el que indujo a sus compañeros a la expedición. Una expedición que ha tenido como remate el feliz término de una boda: Ludwig Silehn, de veinticinco años, natural de un pueblito cercano a Viena, va a con-

traer matrimonio con una muchacha catalana de la Costa Brava, novia y prometida durante la estancia.

Cataluña, tierra del camping, es también tierra propicia para el amor. En este caso, por lo menos, cabe asegurarlo.

VIAJEROS DE LOS PAISES NORDICOS PARA LOS TERRENOS DEL SUR

En esto del camping, la ley del contraste desempeña un papel muy importante. Cuando un campista de los países nórdicos—de Noruega, de Finlandia, de Suecia o de Dinamarca—llega a Portbou, a La Junquera o al puente de Irún, su ruta en España es invariablemente la que lleva al Sur, a Andalucía, y de Andalucía, a dos lugares bien determinados: Málaga y Sevilla.

Por contraste o por compensación, los nórdicos buscan el Sur. No vienen en remolques, ni en autobuses, ni en «roulottes» o «trailers». Llegan hasta los Pirineos en tren, y en tren continúan su viaje por España. Las tiendas de campaña no se separan de ellos. Forman un bulto pequeñito y nada molesto, que entremeten en las redes de los vagones, y al llegar al punto de destino, a «Villa Adela», junto al pueblo sevillano de Espartinas, a unos 10 kilómetros de Sevilla, a los alrededores de Sanlúcar la Mayor o a las costas malagueñas de Marbella o de Fuengirola, no hay más que extender las lonas. La ciudad volante se levanta en media hora. Después, a descansar, a tomar el aire fresco de la marisma y a coger avariciosamente buenas raciones de sol.

Stig Fröninberg es un pintor noruego que este año ha venido a España por vez primera. Hace dos años se apuntó como socio de Nors Folke Ferie (Viajes Populares) de Oslo. El pasado año marchó a Italia, con su tienda de campaña a la espalda. Después de quince días en los terrenos de camping de Sevilla, hacía estas declaraciones:

—He venido a España para llevarme a mi tierra el sol de Andalucía. Mis cuadros serán la mejor y la más eficaz propaganda en favor del turismo español. Al principio me costaba mucho pin-

tar con la luz fuerte de este cielo andaluz. Ya me voy acostumbrando. Aquí, el que no pinta es porque no quiere. Todos los años, mis excursiones al extranjero no han pasado de un mes. Este verano pasaré en España hasta finales de septiembre, si la tienda resiste.

Stig Fröninberg ha pintado ya dos lienzos. Uno tiene como motivo las marismas del Guadalquivir; al fondo quedan recortadas las negras figuras de los toros de lidia. Otro lienzo es un pueblo andaluz, con sus casas blanquísimas y su paisaje de chumberas verdes.

En Marbella, el terreno de camping es un espacio acotado por el Touring Club de France. Allí son todos franceses. En su mayoría, familias de París que han cambiado la Costa Azul por las playas sedosas de la Costa del Sol. A dos pasos, la ciudad casi internacional de Torremolinos, una de las más favorecidas y famosas estaciones veraniegas de España. Después, Fuengirola, Estepona, San Roque, La Línea de la Concepción. Los franceses tampoco escasean de ojo clínico para elegir el escenario de sus vacaciones. Las «Conchas de Marbella», donde el camping del Touring se asienta, presenta una ventaja sobre los demás terrenos españoles. Una ventaja que el campista tiene bien en cuenta a la hora de la elección: el camping puede dejar atrás los meses de verano y las tiendas de lona seguir plantadas, como si echaran raíces, hasta finales de octubre. Por algo Málaga es también ciudad de invierno.

A LAS PUERTAS DE MADRID, PARA VER EL MUSEO DEL PRADO

A las siete de la mañana se levantan, se lavan, desayunan, arreglan sus tiendas y se visten de limpio; a las ocho y media suben la cuesta del madrileño Parque del Oeste; a las nueve de la mañana están en Rosales; a las diez en el Museo del Prado.

Este es, indefectiblemente, el programa matutino de los campistas extranjeros que moran en las tiendas de su propiedad levantadas en una parcela de la Casa de Campo, junto a la carretera de Castilla, por el puente de los Franceses, al final del Parque del Oeste, de la capital de España.

La zona centro del camping en España tiene en Madrid una representación si no muy numerosa, por lo menos escogida y disciplinada. Unas veinticinco tiendas vienen a albergar a sesenta campistas, principalmente italianos y holandeses.

Silvana Rossi es una preciosa muchacha de Aosta. Poetisa y crítico de arte, Silvana habla perfectamente castellano. Ha venido con su marido, el ingeniero agrónomo Enrico Fiulgio, practicando el camping porque, según ella, «esto de llevar la casa con uno, como el caracol, permite descansar en aquel lugar donde la belleza tenga su más exacta plasticidad».

Estos campistas madrileños suelen comer en la ciudad; a eso de las ocho de la noche ya se encuentran todos en sus tiendas cenando, y a las diez lo más tarde, enfundados en sus sacos



Cocina rural frente a las tiendas de campaña



Más de 50.000 campistas han venido este año a los terrenos de «camping» de España, siendo Cataluña la región más frecuentada

de dormir, esperando que amanezca.

El terreno de la Casa de Camano es de los llamados urbanos. Pero en Castilla hay un terreno de alta montaña: las tiendas situadas en la laguna del circo de Gredos, que este año llegan a casi dos docenas de lonas.

Mientras que las grandes ciudades campísticas de Cataluña cuentan sus tiendas por centenares, con todos los servicios de una urbe acabada, estas pequeñas palomas agrestes de Gredos están diseminadas, cada una en su roca, junto a los neveros, disfrutando el enorme silencio de las montañas.

El pantano de Entrepeñas, en Guadalajara, es el tercer lugar campístico de Castilla. Un lugar que apenas cuenta con un año de antigüedad, pero que aumenta día a día sus visitantes. Aquí los acampados son principalmente pescadores de caña. Campeones de la trucha o de la carpa, aficionados que llegaron de Bélgica, de Italia, de Francia, de Alemania, recomendados por amigos que ya el año pasado estuvieron allí.

Y luego, a su regreso, a contar los ejemplares que se pescaron y que luego se comieron fritos a la puerta de la tienda de campaña.

ORQUESTA DE ARMONICAS JUNTO AL ESTADIO DE RIAZOR

El día 6 de este mes de agosto, por los Cantones coruñeses pasó un enorme remolque precedido de un gigantesco autobús, en el remolque, perfectamente instaladas, viajaban cuarenta personas. De ellas veinte son miembros de la Orquesta Sinfónica de Acordeones Hönnner. Las restantes son turistas alemanes, que, aunque no pertenezcan a la Orquesta, han preferido pasar sus vacaciones al son de la música.

Cuando el «caravanning» llegó a la ciudad gallega ya sabía bien el lugar destinado para acampar: en el mismo estadio donde se entrenan los jugadores del Deportivo de La Coruña. Allí pararon, y allí, como la hora de llegada coincidía con la hora de comer, descendieron de la habitación volante, extendieron unas sillas y unas mesas plegables, y... la mesa estaba servida. Por un mes el estadio municipal de La Coruña se ha convertido en un pueblo de cuarenta vecinos alemanes, y cuando llegue el momento de volver a dar patadas al

balón, los músicos de Hönnner irán ya camino de la frontera.

El horario de esta colonia alemana está bien apretado. Por las mañanas, los campistas se dedican al baño. Baños largos y paseos por las playas de Riazor y de Santa Cristina. Al atardecer, el paseo de Méndez Núñez, las cristalerías del puerto o la calle Real cuentan los pasos de los cuarenta alemanes que no regresarán a su ciudad volante sin antes detenerse en la Torre de Hércules, o subir a los viejos cañones del monte de San Pedro, o asistir a las dulces canciones gallegas en la plaza de María Pita. Ahora La Coruña está en el apogeo de sus fiestas, y las notas de los acordeones de Hönnner ensayarán las melodías de una muñeira o un «alalá» de la ribera.

Por las rías de Arosa, de Pontevedra, de Vigo o de Muros, esparcidas a lejanas distancias, hay también una caravana interminable de tiendas blancas. En su mayoría son tiendas individuales, donde pasan su etapa veraniega varios centenares de estudiantes portugueses. Portugal está a un paso. Cuando llegue el momento de levar anclas, lonas a cuestras y en busca de la frontera, camino de Túz. Para los estudiantes portugueses, veranear en las orillas de las rías bajas o altas de Galicia tiene todas las ventajas y ningún inconveniente. Es como vernear a la puerta de casa. Pero en el campo.

ALICANTE. ASIENTO DE TODAS LAS NACIONES

En la playa de la Albufera alicantina, a cuatro kilómetros de la capital, está el terreno de Camping Internacional, y le viene bien el nombre, porque Alicante, con sus otros espacios de camping en Altea y en Benidorm, se caracteriza por ser asiento veraniego para campistas de todas las naciones. Alemanes, italianos, ingleses, algunos franceses, campistas de los países nórdicos, luxemburgueses y hasta egipcios acampan en estas playas levantinas. Alicante es el moderno Badem-Badem de Europa.

En la Albufera, ocupando una extensión de unos tres kilómetros, se asienta la colonia internacional. En el centro están los servicios comunes de los campis-

tas: bares, restaurantes, baños, duchas. Todo a la disposición y uso de todos. Después, bajo los árboles, buscando la sombra, se levantan las tiendas familiares. Los campistas de la Albufera son buenos madrugadores. Apenas amanece, las tiendas se abren, y sus moradores se dirigen a las clásicas canoas de goma. Un paseo ideal, y de camino, si hay suerte, escopeta a la cara y... pato al agua. Los patos de la Albufera alicantina son los únicos que no ven con buenos ojos esta diversión que a los campistas proporciona un placer inimaginable.

En Altea, el camping tiene una especialidad. Si Alicante es estación veraniega internacional, los españoles tampoco pueden faltar, y en Altea tienen su terreno los campistas del Club de Camping de Madrid.

De esta manera, las internacionales ciudades volantes se extienden en esta justa mitad del verano español por los campos y las cercanías urbanas de los cuatro puntos cardinales de España. Una modalidad de veraneo que, dentro de un orden y una vigilancia, crece más cada año y va haciendo de España, sobre todo de sus costas y de sus montañas, un primer país campístico europeo.



En muchos campamentos los niños se lavan la ropa

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

CIUDADES VOLANTES EN ESPAÑA



**50.000 CAMPISTAS
DE TODOS LOS
PAISES DE EUROPA**

En estos días los terrenos
de camping españoles se
han visto concurridos por
multitud de campistas ex-
tranjeros